

Revista de la CEPAL

Director

RAUL PREBISCH

Secretario Técnico

ADOLFO GURRIERI



NACIONES UNIDAS

COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA

SANTIAGO DE CHILE / SEGUNDO SEMESTRE DE 1976

SUMARIO

América Latina en los escenarios posibles de la distensión <i>José Medina Echavarría</i>	9
La revolución de los banqueros en la economía internacional: Un mundo sin sistema monetario <i>Carlos Massad</i>	89
Industrialización y empleo: Experiencia en Asia y estrategia para América Latina <i>Akio Hosono</i>	115
Estructura productiva y dinámica del desarrollo <i>Gérard Fichet y Norberto González</i>	161
Tipos de concentración del ingreso y estilos políticos en América Latina <i>Jorge Graciarena</i>	203
Algunas publicaciones de CEPAL	239
Notas y comentarios	251
Homenaje: Oscar Varsavsky	259

América Latina en los escenarios posibles de la distensión

*José Medina E.**

Múltiples indicios señalan la posibilidad de un aflojamiento en las relaciones de poder de las grandes potencias, que podría conducir hacia la superación definitiva de la guerra fría y el comienzo de una etapa de paz internacional estable y duradera. Si las relaciones internacionales se encaminaran hacia esa transformación: ¿cuáles serían las repercusiones económicas, políticas e ideológicas sobre América Latina? El autor de este ensayo de sociología proyectiva se propone esta interrogante y, después de presentar los rasgos más salientes de la guerra fría, dedica la parte central del artículo a analizar los efectos que tendría en América Latina la distensión de las relaciones internacionales. Presenta diversos tipos de distensión posibles —cooperativa, competitiva y conflictiva— y los escenarios que cada una configura, considerando en especial las consecuencias de la primera. Entre ellas destaca el predominio de actitudes cosmopolitas y universalistas en las relaciones internacionales, la “descentralización” ideológica, la ampliación de los mercados, la desatelerización y la prevalencia de regímenes no autoritarios. Finalmente, analiza las repercusiones de la distensión sobre tres cuestiones esenciales para el desarrollo de la región: la situación periférica, la contradicción entre la racionalidad política y la económica, y la integración latinoamericana.

*Consultor en la División de Desarrollo Social de la CEPAL.

I Presentimiento o conciencia de una mutación histórica

*Paralelismo de las inquietudes en
1945 y 1975*

Aunque su número disminuya con el paso de los años son todavía bastantes los que en estos días no pueden menos de tener la impresión desconcertante de un *déjà vu*. ¿Se pasa en realidad por idéntico trance? Los dirigentes políticos son distintos, y diferentes quizá en su talla y en las situaciones inmediatas con que se enfrentan. Pero los partícipes intelectuales, en los esfuerzos por acudir con sus reflexiones a las azarosas demandas de nuestra hora, se ven envueltos casi en los mismos planteamientos que dominaron los temas y las preocupaciones hacia 1945. Hubo un vuelco decidido y casi dominante en ese tiempo por el tema de la paz que se repite ahora con la misma angustia existencial. ¿Cómo hacer viable y efectiva la organización de la paz en este diferente momento histórico? Un examen comparativo de la literatura producida en torno a los años 1945 y 1975, fechas aproximadas de instantes decisivos, mostraría naturalmente diferencias importantes en algunos puntos, pero subyacente a ellos una misma preocupación fundamental: la convicción de que todos los problemas de nuestro tiempo vuelven a depender en última instancia de cómo se logre y perfeccione la organización de la paz mundial.

En medios de economistas —políticos o intelectuales— sale sin duda al primer plano la exigencia de conseguir una nueva organización de las relaciones económicas internacionales. Pero a nadie puede escapar cómo surgen de nuevo desde la perspectiva de este particular

punto algunas de las cuestiones más candentes —aunque luego fueran olvidadas— que se discutieron hace treinta años, si bien se analizan hoy en distintos términos. Toda la avalancha de disquisiciones —con frecuencia muy extravagantes— sobre las diferentes formas de federaciones y confederaciones no se muestra hoy de igual manera, aunque la idea discutida en aquel momento acerca de las federaciones funcionales limitadas a unos pocos propósitos reaparezca hoy con distinto ropaje en toda su fecundidad. Pero, en cambio, nadie puede en la actualidad dejar de insistir, aunque sea en forma alusiva cuando no elusiva, en el inveterado problema del concepto y vigencia de la soberanía nacional. Lo que vale la pena destacar por ser éste el ejemplo más claro de los indicados fenómenos de repetición, pues muestra claramente que cualesquiera que sean los caminos de la preocupación contemporánea, todos desembocan en un mismo núcleo fundamental: el de la paz misma. Sin la previa reafirmación de una paz, de una situación general de convivencia pacífica, toda suerte de proposición técnica sobre unos u otros problemas concretos queda vacilante sobre un absoluto vacío.

Como el esfuerzo creador en pro de la paz de las pasadas décadas puso en pie numerosas instituciones, nada tiene de extraño que muchos proyectos y propuestas frente al futuro se hagan hoy desde el seno de esas instituciones y referidos a ellas, dejando así en olvido los esfuerzos y bases originarias que las

hicieron posibles y que no fueron otras que las de la empresa de montar una paz duradera al término de una guerra devastadora. Ciertamente es que el contenido del nuevo repertorio de proyectos y propuestas de distintas o reorganizadas instituciones está justificado porque hasta las ahora en funciones tienen que hacer frente a problemas antes desconocidos o vagamente insinuados (contaminación, agotamiento de recursos, etc.). Pero no lo es menos que tales problemas, nuevos quizá en su apariencia, dependen en su solución de la existencia de una paz estable.

Por eso lo que vuelve a plantearse es el tema de la paz en toda su hondura. Y esto lo que presta a la meditación intelectual de nuestros días su marcado parentesco y afinidad con la desplegada en los finales de la década del cuarenta y en la que algunos con osadía juvenil fuimos arriesgados partícipes. La prueba de ese paralelismo no sería por otra parte difícil mediante un análisis del contenido de una simple estadística de títulos de libros, artículos y memoranda; pues en medio de lo que es ahora una más rica diversidad de cuestiones, reaparecen una y otra vez numerosos escritos que vuelven a recordar cual es la tarea fundamental que hace secundarias, aunque en modo alguno superfluas, todas las demás. Estas líneas se incluyen en ese tipo de recordatorio, y quisieran que ésa fuese su mayor significación, aunque están dedicadas a perfilar otro tipo de consideraciones más concretas.

Condiciones distintas en el planteamiento actual

¿Nos encontramos en los inicios de un viraje histórico cuya magnitud suponga un corte profundo en la experiencia de nuestro proceso histórico? ¿Una mudanza de tal naturaleza que deje en franquía

a unos y otros para ensayar posturas radicalmente originales en la construcción del futuro? El vuelo imaginativo de algunos que parten de ciertos datos realmente existentes y en modo alguno pro-

ducto de la fantasía, los inclina a afirmar la profundidad de ese corte y a contemplar —optimistas o pesimistas— un porvenir totalmente nuevo o inédito. Pero aparte de que todo porvenir arrastra consigo de modo necesario algo del pasado de que se nutre y continúa, una consideración más sobria del cambio que, sin duda, se vive y se percibe no permite ni aconseja posturas milenaristas. Es notorio que buena parte de los componentes de la experiencia histórica que hoy vivimos aparecen como nuevos o antes no percibidos en su forma actual, pero otra parte no menos importante y decisiva se configura en hechos conocidos de antiguo y que impiden por su peso adelantar en salto de ciencia ficción la visión del futuro.

Atenidos a lo empíricamente posible y determinable sería una ceguera desconocer que nos encontramos hoy en todos los campos —políticos, económicos y culturales— ante una situación muy diferente a la que prevalecía hace treinta años, y que la misma exige un esfuerzo por encontrar respuestas originales, distintas naturalmente de las que nos eran habituales. Pero quizá no sea oportuno ni viable marcar la novedad de esa situación como un hito histórico cuyo más allá escapa a nuestra capacidad de exacta previsión. La prospectiva de lo posible no puede confundirse con la adivinanza o la inspiración profética.

Cualesquiera que sean las semejanzas y paralelismos de nuestras preocupaciones de hoy con las dominantes allá por el año 1945, el punto de partida y los intereses de conocimiento y de acción son notoriamente distintos. De suerte que aunque el tema de la paz vuelva a presentarse como el campo esencial y fundamental de nuestros inmediatos afanes ante el futuro, es innegable que las condiciones de su planteamiento son hoy diferentes. Pero importa añadir que sin

duda lo más decisivo es lo que esta aseveración lleva necesariamente implícito, pues esas distintas condiciones en el planteamiento del problema son a su vez condiciones de posibilidad de las tendencias reales que deben tenerse presentes en el movimiento mismo de la historia.

¿Cuáles son esas condiciones diferentes o alteradas del nuevo planteamiento?

En la forma sumaria que va a mantenerse en este escrito podrían consignarse las siguientes, entre otras más. En primer lugar, la necesidad de estudiar de nuevo los fundamentos y las organizaciones instrumentales de una paz universal de la mayor duración posible no es ahora la consecuencia insoslayable de un arreglo entre vencedores y vencidos luego de una lucha productora de ruinas notoriamente visibles y cuya reconstrucción importaba a los bandos combatientes al precio de la pervivencia o acabamiento de todos; hoy, sin ese perceptible dramatismo, es la simple consecuencia de un empate. Los protagonistas de largas y sostenidas jugadas, penosas y agotadoras, se percatan de que a su término se encuentran sin salida frente a una situación de tablas en su complicado juego.

Pero ese empate no es tampoco una situación estática en que descansar, es algo por el contrario que se mueve y modifica en su propio mantenimiento sin tregua alguna con sus inevitables altibajos; de no ser así, si el empate se convirtiera por sí mismo en condición duradera, no habría problema alguno y no preocuparía a protagonistas y espectadores, en este caso los supuestos beneficiarios de un horizonte estable, placentero o penoso. Unos y otros se dan cuenta por el contrario de que es necesario, sin deshacerlo, ir más allá del empate para crear otras condiciones generales de seguridad. Lo que obliga a aspirar de nuevo, si no a la paz perpetua, sí al mínimo de organización que permita lograr las con-

diciones indispensables de previsión que sólo puede otorgar a todos una convivencia pacífica de relativa permanencia. Es muy posible que los resultados de un empate sean menos favorables al esfuerzo común que las consecuencias tangibles de una catástrofe. Exigen al parecer mayores dosis de razón, de una inteligencia que no se entrega a lo meramente visible y que apenas puede apoyarse en inmediatos impulsos emocionales, ni siquiera en la miope defensa de los precarios intereses conseguidos. Ponerse a la tarea de organizar una nueva paz luego de un empate es para muchos un riesgo, posiblemente el sacrificio en algún momento de esos mismos intereses adquiridos, por hábiles que sean en su actual condición. Pero no hay modo de ponerse a razonar sobre la construcción del porvenir, sin tener en cuenta como su primera y fundamental posibilidad objetiva todo lo que significa la salida de un empate que no puede perpetuarse indefinidamente en su situación actual y no sólo por injusta sino por pragmáticamente inestable.

La segunda condición se encuentra en el hecho de que en los años transcurridos en el logro de semejante empate se ha dado al mismo tiempo un auge y una crisis de los sistemas antagónicos, que ofrece argumentos contrapuestos y estimula sentimientos contradictorios a unos y otros. Pero para quien no quiera ver las cosas en blanco y negro, se debe aceptar tanto el auge como la crisis en toda su lógica complejidad. Entre los sostenedores y protagonistas de los dos sistemas contrapuestos no puede faltar entre los más alertas una percepción de ambas cosas más o menos clara o distinta. Para la mirada relativamente desapasionada del historiador los datos del auge y de la crisis hablan por sí mismos. Ambos sistemas han tenido sus triunfos innegables y viven también con la conciencia de sus

propios fracasos. Los países con economía de mercado, y más que ninguno su más alto exponente, exhibieron bazas de consideración no sólo en los campos socioeconómicos, sociales y culturales, sino en los resultados de su política internacional. Y asimismo las presentan los países antagónicos de economía centralmente planificada y en los mismos terrenos, pues tampoco faltan éxitos notables en sus jugadas de potencia internacional. Pero nadie mejor que sus propios dirigentes saben de los fracasos y de las fallas que les amenazan con su repetición. Fuera de esperar lógicamente que a la hora de la verdad de su inminente tarea tengan el respectivo sentido lo mismo del auge que de la crisis en sus razones profundas. Por el contrario, ya no es paradójicamente tan segura y lógica esa espera por parte de muchos espectadores que aún dentro del torbellino no han podido vivir desde sus vicisitudes internas las diferentes razones del triunfo y del peligro.

Otra de las modificadas condiciones dentro de las circunstancias que impelen ahora a la busca de una reorganización más estable de la paz mundial se encuentra a no dudarlo en el aparente resquebrajamiento de la "pax americana". Es cosa conocida que las formas históricas de una paz efectiva si no en el mundo —realidad por otra parte variable— al menos en grandes extensiones del mismo han sido de distinta naturaleza. Pero aquéllas que en este momento nos importan son las derivadas de definidas imposiciones de potencia. El ejemplo más ilustre y perdurable —mientras existió y en sus influencias como aspiración y recuerdo— es sin discusión el de la "pax romana" y no sería digresión inoportuna —de poderla realizar aquí— el examen de como fue posible y sobre todo de las causas que llevaron a su extinción, es decir, del conjunto de con-

dicionamientos políticos, militares y económicos que desembocaron en el panorama radicalmente alterado de la alta Edad Media. La explicación a través del debilitamiento militar y del tránsito de una economía comercial y costera a otra de asentamientos en el interior por causa del agotamiento de la mano de obra esclava en que se apoyaba es seguramente la más estimulante para la comprensión analítica de fenómenos posteriores, entre otros los más actuales.

La "pax británica" constituye la organización pacífica históricamente inmediata a nuestro tiempo y no es difícil juzgar desde esta perspectiva las facilidades con que contó en su instauración y mantenimiento. Resultado inmediato de la revolución industrial en un mundo abierto a las posibilidades de su expansión en inmensos territorios, pudo mantener por bastante tiempo la vigilancia estratégica requerida en virtud de mecanismos relativamente sencillos, el viejo instrumento del equilibrio de poder, el monopolio bancario y la posición marítima apoyada por un conjunto de puestos estratégicos dispersos pero bien situados.

Al término de la segunda guerra mundial cae sobre los Estados Unidos —la potencia vencedora más rica y poderosa en lo económico, militar y tecnológico, la más intacta además de los desastres del conflicto— la tarea de forjar por su propia cuenta una nueva experiencia de paz política universal: la "pax americana". Y como en el país parecía darse la voluntad política interna para llevarla a cabo, se inició en efecto la empresa que unos y otros en sus comienzos —fuera o no de su gusto— percibieron como posible. Junto a otras imposiciones —económicas y de organización— la poderosa república asumió también el papel de gendarme o policía mundial.

Como ahora no se trata de hacer la historia de lo sucedido, basta con señalar

que la empresa norteamericana se iniciaba en condiciones muy distintas, por su complejidad, a las que enfrentó Inglaterra en su época de dominio. Por consiguiente, la carga de los enormes costos de la "pax americana" —a veces como consecuencia de sus propios logros— empezó pronto a hacerse sentir. Y su duración más breve que la prevista y postulada es un proceso concretamente explicable, sobre todo cuando la agotadora experiencia en el campo externo comenzó a repercutir peligrosamente en el consenso social de la política interna. Más allá de la satisfacción de unos y de la inquietud apesadumbrada de los otros, el resquebrajamiento de la "pax americana" es un simple dato, un hecho que a todos interesa por igual. Una condición de las tareas inmediatas.

Cualquiera otra especulación a este respecto carece de sentido. Pero al menos caben dos sencillas afirmaciones muy lejos de toda sospecha de sapiencia futurológica. En primer lugar, el hecho de que no pudiera cuajar cabalmente la pretensión de una muy larga "pax americana", en modo alguno significa que los Estados Unidos como potencia haya perdido los atributos de su carácter hegemónico. Subsiste, claro es, la hegemonía que este país puede desplegar cuando así lo considere oportuno en sus distintos campos de influencia, aunque sea en forma más o menos atenuada, bien por decisión voluntaria o por conciencia prudente de los nuevos límites.

Pero así como el siglo americano no se cumplió tal como se prometía, tampoco parece que la proclamada centuria soviética (1917-2017) sea capaz de obtener una vigencia universal. Por eso, en segundo lugar, no es de presumir que la Unión Soviética pretenda encarnar de nuevo el arriesgado papel de gendarme mundial. El conocimiento muy exacto de los enormes costos económicos y de los graves

azares políticos y militares que tuvo que aceptar la espléndidamente dotada nación norteamericana, rica literalmente en toda clase de medios —incluidos los intelectuales, sin disputa exuberantes— hace improbable que los dirigentes soviéticos se apresten a llenar a fondo y en serio —repetiendo la experiencia estadounidense— el vacío dejado por la renuncia a tan difícil y penosa función. Y si tal ocurre con la Unión Soviética, potencia hegemónica a la altura de la que le es hasta ahora antagónica, no se vislumbra por el momento y por mucho tiempo, que otra potencia pretenda recoger el legado sin legatario de una eficaz vigilancia universal.

No puede omitirse en este rápido panorama de las alteradas condiciones que influyen en el renovado planteamiento del problema de la paz, las que han surgido al paso de los años en el tablero mismo del juego internacional. Dicho sin lenguaje metafórico, los distintos desplazamientos ocurridos en el sistema de las fuerzas internacionales. El detalle de su consideración no corresponde a este instante y habrá que volver más tarde sobre algunos de sus componentes. Por ejemplo, lo que ha significado la gran expansión de las denominadas relaciones transnacionales —a más de los organismos internacionales propiamente dichos— que en sus diversos tipos constituyen una red de poderes de distinta dimensión que es obligado reconocer en todo intento de enfrentar con originalidad la organización del futuro.

Pero en realidad a lo que ahora importa referirse es más bien a la aparición y robustecimiento de nuevos poderes políticos, que ausentes por mucho tiempo de políticas internacionales propias pudiera esperarse que aspirasen a manifestarlas insinuadas o precisas en los años venideros. Lo aparentemente paradójico es el hecho de que algunos de los nuevos

poderes —no todos en modo alguno— han sido el resultado de las políticas subsiguientes a la organización de la paz del cuarenta y cinco, que no buscaban la formación de esas potencias en cuanto centros de decisión internacional, sino como núcleos de expansión económica y en caso límite con el propósito de una estabilización del mismo carácter. El caso típico es el de la Comunidad Económica Europea, que algunos a la ligera tratan como potencia política efectiva, cuando todavía, cualquiera que sea su poder económico, carece de los órganos decisivos para definir y poner en práctica una política internacional propia. Caso distinto sería el del Japón. Mas un etcétera manifiesta la voluntad de eludir por el momento la casuística de otra suerte exigida.

Entre las condiciones distintas o agudamente modificadas que hoy presenta la realidad del mundo ante los nuevos planteamientos de paz nadie podrá negar por último lo que significa la ebullición activa del denominado tercer mundo, dicho en términos redundantes. Porque en efecto hace ya muchos años se empezó a equiparar por inteligencias previsoras la relación norte-sur con la más destacada por entonces entre el este y el oeste. Al cabo de los años, la relación norte-sur, equivalente a la distinción entre países ricos y países pobres, si no por sus aspectos militares y de potencia política, ha venido alcanzando el primer plano en méritos de sus dimensiones económicas, que aparte y más allá de principios de justicia, plantean cuestiones de competencia técnica y de concretas políticas de todo tipo, de cuyo éxito depende la posibilidad de una convivencia solidaria de alcances planetarios. No hace mucho un hombre como C.F. von Weizsacker, entre otros, insistía desde el centro conflictivo de las experiencias europeas que en la planeación de una paz

más estable era necesario considerar, junto a los problemas de la "paz militar" entre el primer mundo y el segundo, lo que designaba como la gran tarea de conseguir una "paz social" de naturaleza mundial. "Semejante paz ni existe hoy ni se da perspectiva alguna de que se convierta en realidad." Por eso una parte muy importante de los planes de paz debe centrarse en las realidades del tercer mundo y poner un mínimo de orden en

lo que son sus "intereses contradictorios" frente a los demás.

En efecto, la intensificación creciente de semejante conciencia intelectual y moral se ha debido a la participación activa de ese tercer mundo, que por sus demandas y distintas actuaciones, espontáneas o concertadas, ha puesto de manifiesto su abandono de una posición pasiva que sólo era capaz de atraer la atención de unos pocos videntes.

II

Las ilusiones perdidas

Razones y sinrazones

A partir sobre todo de los primeros años de esta década aparece un tono sentimental negativo entre los internacionalistas que se mantuvieron activos sea en el servicio o por el manejo de la pluma —ambas cosas a la vez en muchos casos— y que al mirar en juicio retrospectivo lo alcanzado en treinta años de esfuerzos declaran haber agotado el optimismo que en otro tiempo los sostuviera. Y como suele ocurrir en casos semejantes de desplome, se reabre la discusión sobre sus causas y el peloteo de las inculpaciones recíprocas desde las distintas posiciones. Realistas e idealistas andan de nuevo a la greña y viejos temas —a veces venerables— de la ciencia política salen otra vez al campo del enfrentamiento teórico. La amargura de la desilusión imputa a las debilidades del ser humano, a los egoísmos y miopías de los diversos actores de la política internacional y a sus dirigentes en particular, la causa principal de los continuados embrollos y dificultades, renovando la inacabada discusión en círculo vicioso de por donde debe comenzar la transformación, si por la reforma del

hombre o por el remodelamiento de la sociedad y sus instituciones.

El examen de las razones de la violencia ha sido un caso crítico estos últimos años. Otros han insistido en la falacia del orden, que concebido perfecto como sistema siempre se malogra en la realidad por la persistencia de conflictos, más de una vez imprevisibles, causados por el enfrentamiento de intereses y motivaciones. Algunos, razonando con el buen deseo, destacan como factor causal la supuesta perduración anacrónica de la primacía de las políticas de seguridad en torno al principio de soberanía en un mundo interdependiente por numerosas trabazones de hecho, más decisivas para los valores de la condición humana que aquellas políticas. La prioridad en este caso del bienestar y la "felicidad" frente a las ambiciones estériles del poderío. No faltan por último los que en plena desesperanza destacan como la verdadera causa el rezago de la capacidad política e intelectual del hombre contemporáneo para salir de su condición de aprendiz de brujo, dominando de alguna manera la

extrema complejidad aportada por sus propias creaciones científicas y tecnológicas. Este tono sentimental negativo cubre asimismo el examen de las diversas organizaciones internacionales y de los esquemas de relación creados en la postguerra como los "verdaderos" soportes de la paz. Y la crítica se extiende desde el sistema monetario hasta el más pequeño departamento en la organización de las Naciones Unidas.

Pero al contrario de lo que ocurre en el ámbito de los comportamientos filosóficos y científico-políticos, donde es difícil señalar una última posición decisoria, el reconocimiento de una verdad abstracta, las críticas movidas por la desilusión del sistema de instituciones en que todavía se vive salen muchas veces de lo justo y razonable. No es ocasión de dilatarse aquí sobre los logros y fracasos de todas ellas. No siendo perfectas en modo alguno —ni pueden serlo en forma acabada— muestran en los altibajos de su vida, según momentos y circunstancias, realizaciones parciales pero efectivas en beneficio de la humanidad. Caben reformas y complementos sin la menor duda. Pero las más aceradas críticas no debie-

ran olvidar —más allá de éstos o los otros logros limitados— lo que en conjunto han supuesto como centro de información. El éxito decisivo debe ponerse en el día de hoy en el valor —pedagógico en efecto— de esa información, porque sin ella no existiría la dilatación de conciencia del hombre contemporáneo que le permite comenzar con nuevos arrestos la extensión de lo conseguido en su tarea inconclusa respecto del establecimiento de una paz duradera y más justa.

Hay algo común entre aquellos que ondean sus ilusiones perdidas dejando aparte su distinta voluntad de reaccionar. Se trata de la convicción compartida por todos de que, decaídos o entusiastas, nos encontramos al final de una era, en la terminación problemática de la estructura de paz forjada en la postguerra, pasado inmediato y realidad todavía presente al mismo tiempo. Pero esa condición queda sin explicar las más de las veces de modo satisfactorio, aunque también se coincide —no siempre por razones claras de posibilidad objetiva— con que "todos los indicios actuales hacen suponer que la década de los años setenta será más tormentosa que la década anterior" (W. Laqueur).

Los extremos opuestos

No podrá por eso extrañarnos que situación semejante, dominada en definitiva por una conciencia de crisis, sea también un tiempo de extremos. Extremos, se entiende, en el continuo de las posiciones intelectuales, ya que no nos interesan ahora los "extremismos" efectivos de la acción. El extremo, por un lado, de una visión pesimista de ocaso y en su lado opuesto la construcción utópica de un futuro optimista: la oscilación pendular,

optimismo y pesimismo, típica de la "futurológica" contemporánea.

En un extremo tenemos ahora la renovación de una tonalidad spengleriana que no se limita a la decadencia de occidente sino que abarca la civilización del mundo entero y que si exhibe por un lado cultivadores de la interpretación histórica, comprende por otro representantes del más puro "ciencismo" positivista: desde el grupo predominantemente ita-

liano que contempla la perspectiva de una nueva Edad Media hasta el de los que predicen con los instrumentos de una "heurística global" los grandes peligros que nos amenazan.

No se trata naturalmente ahora de hacer aquí una larga exposición, sino de consignar un breve recordatorio, que interesa por sus resonancias en el desarrollo de estas páginas.

La posición de la inteligencia crítica, del tipo de intelectuales que tenía presente la conocida advertencia de la interpretación schumpeteriana, no necesita acogerse ahora en su visión negativa al legado de reiteradas doctrinas. Le basta atenerse a lo que está en germen o conato en la presente realidad político-económica, para sostener que la naturaleza de las grandes tecnoestructuras que se perfilan en el actual panorama, terminarán por conducir en razón de su reducido número y de la enorme potencia que despliegan a determinadas formas de enfeudamiento, a cuyo amparo —en ámbitos geográficos mayores o menores— buscarán los demás grupos sociales las posibilidades de su supervivencia. A semejanza de lo ocurrido en la disgregación del Imperio Romano, surgirá un nuevo tipo de feudalismo con sus peculiares relaciones de vasallaje y protección. La equiparación de ese punto de partida permite luego extender o buscar el paralelismo de los dos medievos en toda la gama de sus manifestaciones sociales y culturales. Quizá esté también en el horizonte un nuevo Renacimiento, imprecisable todavía. La comparación no es novedosa y se había hecho antes repetidamente. Lo nuevo está en llevar el análisis de las grandes tecnoestructuras político-económicas de nuestro tiempo —de la supuesta era tecnocrática— a semejantes perspectivas futuroológicas. Las relaciones de producción y consumo de unas pocas economías dominantes en el campo in-

ternacional —sean cuales fueren los modos de vida en la "condición neofeudal"— serán muy lejanas de las que puso en marcha el liberalismo europeo.

Pero no sólo la inteligencia crítica sino asimismo la más puramente funcional —la de los investigadores científicos— ha emprendido caminos no desemejantes por sus resultados en determinados puntos, aunque la empresa tenga por principal propósito señalar ciertos peligros "todavía" posibles de atajar. Por lo demás, es también claro que los componentes de este grupo muestran una gran diversidad de orientaciones que no cabe ordenar con facilidad, si bien se cuenta por otra parte con una síntesis bastante aceptable. Habría que incluir en su exposición relativamente completa —fuera del tema en este momento— desde los renovadores de polémicas clásicas como la de la economía estacionaria en Stuart Mill, pasando por los distintos críticos de la idea desarrollista, hasta llegar a través de los estudiosos de los problemas ecológicos, de la estructura de la población y de los recursos disponibles, a los sostenedores de la amenaza global del desarrollo económico, sean o no partidarios explícitos del crecimiento cero. Baste por el momento con esta corta alusión. La consecuencia es, poniendo la elección preferida en cuestión de gustos, la inquietante contemporaneidad de emparentadas visiones de deterioro de la misma civilización. ¿Cuál preferir? ¿El gran fresco de pintura histórica estremecido por el intenso patetismo hebbeliano de un ocaso de los dioses, o la fría partida de defunción con que amenaza la inteligencia tecnocrática apoyada en sus complicados computadores y las imponentes curvas de la matemática exponencial? Cualquiera sea la preferencia, una epidemia de pánico haría muy difícil, si no imposible, el decidido en-

frentamiento del porvenir. Por fortuna no parece mostrarse así la situación.

Frente a los augurios de siniestros más o menos graves, próximos o lejanos, circulan también hoy entre nosotros como su extremo opuesto todos los que son portadores de un aliento utópico. En paralelismo asimismo con los años de entreguerra se manifiestan por diversos lados esos hombres de buena voluntad que inspiraron en aquel tiempo el título general de los muchos tomos de un famoso novelista francés. Son también estudiosos o investigadores, tecnócratas y personas de alguna experiencia en asuntos políticos y administrativos; reunidos en grupos las más de las veces, en comités elegidos o formados por cooptación, aportan su buena voluntad en la elaboración de proyectos con sugerencias para resolver los más diversos problemas, desde la reforma del sistema monetario o la nueva orientación sin duda necesaria de la investigación científica o tecnológica, hasta la proposición de renovados organismos internacionales o la instauración de "autoridades mundiales" en diversos campos, sea en la alimentación o en la explotación equitativa de los recursos marítimos. A menudo la puntería utópica se revela en los mismos títulos elegidos —hacia otro desarrollo, por ejemplo. Las más de las veces es el resultado de un conjunto ambicioso y casi completo ofrecido como el armazón indispensable del futuro mejor. Los comités con sus distintos expertos no dejan escapar aspecto alguno del "nuevo orden deseado", lo que hace la lectura del "proyecto" atractiva y estimulante. Y no dejan de inspirarse unos a otros y de enriquecerse mutuamente. No debe aceptarse sin embargo el apelativo de utopismo como un juicio peyorativo sin apelaciones de esta rica floración de proyectos, informes y memoranda de que gozamos —sin ironía— en estos momentos.

Primero, porque los hombres de buena voluntad antes y después de la palabra evangélica merecen nuestro mayor respeto y gratitud. Siguen siendo, como creyentes en la Razón, la sal de la tierra. En segundo lugar, porque el talante utópico es cuestión del conjunto o "sistema" de la propuesta, sin afectar en modo alguno la validez de muchos de sus componentes, proposiciones concretas sobre éste o el otro punto que merecen la consideración más atenta y que pueden ser, en su día, el punto de partida de elaboraciones detenidas. Y en tercer lugar, porque no es impugnabile en principio la posición utópica; la utopía es siempre una visión del futuro, sin la que las sociedades andan mal, como advierten distintos pensadores, porque la carencia de ella delata quizá una grave pobreza en la interpretación del presente. En el nuestro tan indeciso no sobran como esperanza algunos soplos del aliento utópico.

A veces no todo es utopismo en esta floración de proyectos, pues cuando fijan fechas y precisan plazos dan origen por el contrario a problemas psicológicos de otro tipo ante la dilatación de expectativas. ¿Qué pasa por ejemplo cuando en un severo informe a mitad de camino entre lo inmediato y la utopía se ofrece un plazo de treinta a cuarenta años para rebajar el desnivel entre los países ricos y los pobres a la proporción 3:1, que es precisamente la que rige en la relación interna entre las regiones de uno de los ámbitos más opulentos de la tierra? Se está en efecto muy lejos de la utopía, pero ¿cómo evitar el desaliento de los impacientes o la cínica declaración de los satisfechos de que por esas fechas todos calvos? Sin embargo, pudiera ser que la proposición sea por sí misma técnicamente correcta. En cuyo caso ¿por qué no emprender su realización con la ener-

gía necesaria para poner en entredicho los contrapuestos tonos sentimentales?

Un balance de lo consignado en este párrafo nos llevaría a dos suertes distintas de conclusiones aparentemente desconectadas entre sí. La aceptación en primer lugar de la convicción unánime de que nos encontramos en una vertiente de la historia, de que parece ser un hecho la escasa viabilidad en la continuación de la estructura de la paz conseguida en la inmediata postguerra y de que se impone por eso comenzar con renovado ímpetu la construcción de otra. En esa tarea se precisa aceptar también y tener presentes en su actual planteamiento las condiciones reales muy distintas que ahora se ofrecen y a las que antes se hizo sumaria referencia. Pero no menos hay que contar con el fermento de las corrientes intelectuales en que vivimos, ya que en el debate entre sus extremos no todo es paja que convenga aventar; pues de los unos llegan severas advertencias sobre

reales peligros que sería suicida desconocer y de los otros cabe recoger serias propuestas de indudable alcance instrumental.

Sin embargo, la mayoría de los que nos declaran sus ilusiones perdidas no aciertan a señalarnos la clave de la situación actual y cuáles son sus decisivos elementos estructurales. Estamos, quiérase o no, ante un ejercicio de prospectiva. ¿A partir de qué? ¿Cuál es el adecuado ámbito de su tiempo? Entre el pragmatismo ciego ante lo inmediato y la "heurística de la totalidad" ¿no existen posiciones intermedias quizá más fecundas? Más que lo que debemos hacer interesa realmente aquello que "podemos hacer" en los años venideros. El análisis de la causalidad de lo posible está en nuestras circunstancias inmediatas y no en escenarios más remotos, por mucho que tienten a la combinación controlada de nuestra inteligencia y nuestra imaginación.

III

La experiencia de la guerra fría

La última frase del párrafo anterior es desde luego enigmática e imprecisa. Resulta así porque aparece al término de una marcha expositiva en que se han enlazado sin quererlo —sólo por el hecho de encontrarse ahí frente a nosotros— diversos planos o dimensiones tanto de inquietud como de pensamiento: la supuesta crisis de un tipo de civilización, la de una determinada sociedad —la industrial contemporánea—, la transformación o perduración de ciertos sistemas socio-económicos —capitalismo y comunismo en sus manifestaciones históricas hasta ahora conocidas—, la referencia incluso a los distintos estilos de desarrollo, sean

los dominantes o los "otros" propuestos o posibles. Cuestiones todas de contenido no coincidente en su amplitud o extensión. Y también se han insinuado intereses de prospectiva de muy distinto plazo, desde los globales con largos años por delante a otros de ángulo visual mucho más estrecho y limitado. Ninguna de semejantes cuestiones es por sí misma desdeñable y se impone admitir desde el principio un debate justificado en la selección de unas u otras. Por eso se trata ahora de precisar cuál es realmente nuestro tema. No parece dudoso que quedó formulado al comienzo con toda claridad. Se trata simplemente de replantear

las condiciones de una paz mundial, continuando y modificando al mismo tiempo la imperante hasta hoy desde los últimos años de la guerra. ¿Existe algún hecho decisivo que señale un tránsito e imponga una nueva óptica en los actuales intereses de conocimiento? La tesis de este escrito es que tal cosa parece indudable y que no es otra que el tránsito de la estructura cristalizada *de facto* en la política de la guerra fría, a otra de perfiles por el momento desconocidos que pasa necesariamente por los esfuerzos de la denominada política de distensión. Pero además que esa situación de hecho arrastra consigo una muy precisa obligación intelectual. ¿Cuál es la conformación de ese tránsito histórico? ¿Cuáles son las consecuencias inmediatas y la perspectiva de las más lejanas? La óptica impuesta por la obligada aceptación de la realidad tal como es y no como quizá debiera, exige en su despliegue intelectual un tipo de análisis de prospectiva de plazo indefinido pero nunca demasiado largo, porque esta última dimensión supondría una transformación total de los datos con que ahora nos encontramos. ¿La adopción de este enfoque supone el olvido o negación de los otros señalados? Ciertamente que no, pero otro elemento de la tesis indicada es que las más de esas tareas, lo mismo en su formulación como en la posible manera de plasmarlas, están condicionadas o dependen de modo necesario de los resultados del esfuerzo inmediato —intelectual y político— por asentar de modo definitivo la distensión iniciada o al menos postulada. Se trata por tanto, como en todo esquema de sociología proyectiva, de ponernos en claro —festigos o protagonistas menores— aquéllo que de hecho “podemos hacer” antes de lo que deberíamos hacer (Klages). ¿Qué es lo que está a nuestro alcance en la posible mutación que germina? La idea de la

détente es para muchos objeto de temores, de antagonismo y de crítica; habrá de señalarse en su momento que no puede menos de ser así y que tales posiciones están determinadas cabalmente por el hecho que objetan. Pero el deber de la inteligencia consiste, como siempre, en liberarse en lo posible de esas ataduras, para someter al examen de la razón crítica —científica si se quiere— la problemática situación de que todos somos partícipes. Saber al menos lo que nos pasa, aunque las conclusiones queden abiertas al público debate.

La denominada “guerra fría” ha sido una experiencia vivida, la *détente* por el contrario es sólo una posibilidad. Conviene marchar lentamente por partes por ser en consecuencia muy distintos en cada caso los instrumentos empleados en efecto o los más aconsejables. ¿En qué ha consistido la “guerra fría” como fenómeno sociológico? ¿En qué han consistido por tanto su estructura y los modos y repercusiones de su funcionamiento? ¿Cuál ha sido la formación histórica de la misma?

Sobre el tema de sus orígenes y desarrollo no es posible en estos instantes intentar una consideración detenida. Constituye un controvertido punto de investigación histórica que exigiría por su especialización numerosas páginas, innecesarias por otra parte para nuestros propósitos. Por lo pronto, el acento de la interpretación variaría naturalmente a tenor de las fuentes utilizadas. Como sujeto de imputación —quién fuera el responsable de los primeros pasos— la presentación de los hechos se confunde con justificaciones comprensibles de la propia inocencia y de la culpabilidad ajena. La historia quizá pueda precisararlo en su día. Por el momento nuestras fuentes más accesibles, que son las occidentales mismas, sostienen, por ejemplo, que Roosevelt creyó por mucho tiempo que

sus buenas intenciones eran compartidas por la otra parte, lo que hacía innecesaria la renovación de la tradicional política de equilibrio. Lo que esta otra parte creyera es imposible de presumir, sólo se sabe que fue cosa distinta. Ahora bien, semejante traspaso de responsabilidades no afecta para nada, y cabe ponerlo por eso entre paréntesis en forma provisional, a la lógica interna del proceso histórico. La legalidad interna del desarrollo

de los acontecimientos tenía que llevar a partir de Yalta al enfrentamiento de las poderosas fuerzas en obligado contacto de alianza frente a los vacíos de poder y de influencia que surgían por todas partes. La tensión y la contraposición consiguiente tenían que producirse —más allá de las intenciones— como un resultado necesario de las relaciones de poder puestas en juego. Y esto nos basta desde una perspectiva sociológica.

Las notas estructurales

Desde esta perspectiva sólo es posible trazar cabalmente algunos de los rasgos más característicos de esa extraña forma de convivencia general que cubre un período aproximado de veinte años, de 1948 a 1968: la nitidez con que se percibe por unos y otros, el común silencio sobre el significado de los peligros de una "guerra total", la inflexibilidad en los sistemas de ideas en que se apoyaba y la tremenda paradoja de las consecuencias económicas en la forma de un crecimiento acogido con el mayor entusiasmo.

La articulación de la guerra fría es en efecto un fenómeno que se ofrece y se capta con la máxima claridad. Y lo mismo por los protagonistas principales como por parte de terceros. Se origina una situación en que, como en la duradera estratificación social del *Ancien Régime*, todos conocen perfectamente el puesto que les corresponde y que de hecho ocupan. Todas las formas de conducta internas o externas, nacionales e internacionales, sólo existen y son comprendidas como evidentes en función del antagonismo fatalmente planteado. Hasta el punto de que cuando en ciertos años algunos se definen como no alineados no necesitan declarar su sentido ni

preguntarse en qué consiste el abandono de la fila. La nitidez en el enfrentamiento de dos superpotencias lleva consigo idéntica claridad o ausencia de dudas en las posiciones de aliados y satélites, aunque a veces entre los últimos no sean ni queridas ni buscadas. Por eso debe tenerse muy en cuenta la expresión lineal de los perfiles en la estructura sociopolítica de la guerra fría para comprender de inmediato las confusiones que se producen cuando el intento de su eliminación o apaciguamiento tolera la introducción del claroscuro en la pintura de sus rasgos. Es este claroscuro precisamente lo que algunos deploran en los momentos actuales.

Sin embargo, frente a esa claridad casi diáfana acerca de los supuestos fundamentales en juego de la iniciada coexistencia pacífica, se ofrecía la conciencia oscura por parte de los beneficiarios de esa paz tanto de sus límites geográficos como de su carácter, en definitiva fragmentario y parcial. Dicho en otra forma, el olvido de la naturaleza indivisible de la paz que debe cubrir por igual a la humanidad entera. Ciertamente es que el ser humano ha resistido en todo tiempo los mandatos religiosos sobre el amor al prójimo y que siempre ha tenido como tal al

estricto "próximo", a los miembros casi contados de su propio grupo más o menos extenso. Cierta también que parece psicológicamente explicable que los que fueron víctimas en sus vidas o testigos supervivientes de los pasados desastres tendieran a permanecer luego poco sensibles a los males ajenos cuando eran sobre todo de los otros, al mismo tiempo distantes y lejanos en el espacio. Pero no menos cierta es, por último, la presencia generalizada de una notoria insensibilidad moral. Apenas se han tomado en cuenta durante los años de esa paz —la generada por la guerra fría— los millones de seres caídos o golpeados en los muchos conflictos "localizados", o que fueron víctimas de hambrunas o de otros desastres de la naturaleza. Los expertos conocen, sin embargo, la cuantía aproximada o exacta de las cifras. Y cuando ellas se recogen y recuerdan por las autoridades espirituales de nuestro tiempo —filósofos o científicos— es con la intención moralmente inexorable de sacudir la conciencia soñolienta de tantos ante las exigencias universales de una paz sólo aceptable en su plena indivisibilidad. En los momentos en que por la insinuación de la *détente* se plantean de nuevo para todos las exigencias organizativas de una nueva paz, se impone para su efectivo logro reavivar la conciencia permanente de que la paz buscada y deseada sólo puede concebirse como un todo indivisible en su extensión geográfica y en sus componentes, por así decir, sectoriales: políticos, económicos y sociales.

Es evidente que el segundo rasgo en la estructura de la paz mantenido por las tensiones de la "guerra fría" apenas merece una consideración detenida, por ser de conocimiento tan común que lo ha convertido en moneda corriente. Y así conformado en tópico no deja de encerrar peligrosas consecuencias. Sabido es que la paz conseguida por la guerra fría

ha llevado a sus últimos extremos el clásico apotegma *si vis pacem para bellum*. Pues ha consistido en el intento, forzosamente alterado y renovado en su propia marcha, de alcanzar un equilibrio —siempre lábil— por medio de amenazas tan graves y fulminantes que susciten el temor del propio aniquilamiento. En realidad, el de una destrucción recíproca por el uso de las armas nucleares en manos de ambos contendientes. El radio de extensión de las zonas de muerte inevitable es incuestionablemente superior al que se dio en la historia de los conflictos bélicos anteriores y parece que puede medirse con alguna exactitud. Esas dimensiones aterradoras son las que han permitido y permiten hablar de un holocausto de la humanidad en su más riguroso sentido. Aparece así el hombre como el único ser que ha concebido y que se enfrenta con el suicidio de su especie. La disuasión por el temor es por lo visto el único medio también de seguir invitándolo a la conservación de la vida. El tópico antes aludido no es otro que el de la confianza suscitada por esa percepción común del inexorable suicidio. ¿Hasta qué punto puede funcionar en todo caso el aprieto de semejante situación límite? La digresión ofrecida por la pregunta cae por entero —de poderla llevar a cabo— fuera de nuestros propósitos.

El hecho es que las dos superpotencias —antes de que se iniciara la relativa proliferación nuclear— siguen buscando hasta ahora en el juego continuamente alterado de la paridad militar el equilibrio de la propia continuidad y con ella la de todos sus aliados y satélites.

Pero la confianza apoyada por la recíproca disuasión militar del terrible armamento es puramente tecnológica y ha parecido silenciar o poner en último plano el mayor peligro por el que ha pasado y sigue pasando el hombre con-

temporáneo, que no es tecnológico, sino psicosocial y en su último fondo una cuestión de conciencia moral. Lo que ha podido evitarse es la amenaza sociológica de la guerra total que descansa en creencias y en modo alguno en el tipo de armamento. Conviene por eso el recuerdo de una breve tipología para entender el sentido de las anteriores afirmaciones. El hecho, en efecto, que permite distinguir los distintos tipos de lucha y conflicto, endémicos al parecer entre los hombres, es la limitación que cada uno lleva desde su comienzo. El viejo combate lúdico, cualquiera que fuera su violencia y las posibilidades de muerte, tenía límites sacrales por todos respetados. Y asimismo la violencia inevitable de las guerras dinásticas y nacionales, típicas de los siglos XVIII y XIX, tenía también límites forzosos en el reconocimiento por los combatientes de los mismos intereses. No convenía destruir la persistencia de determinada dinastía, ni tampoco era de utilidad para nadie destruir las potencialidades económicas del vencido. Fueron por eso guerras limitadas desde su misma ruptura. En cambio los denominados conflictos totales son ilimitados en su esencia. En las luchas de este tipo el enemigo es la encarnación radical de un mal absoluto que exige su completa extirpación. No caben tolerancias frente a él y el empleo de los medios destructivos es por sí mismo ilimitado hasta que no se consiga al fin su "total" eliminación. Las guerras civiles y las religiosas han sido en la historia de occidente su más pavoroso ejemplo.

Pero ese mismo ejemplo de las guerras religiosas, devastadoras del suelo europeo con armas desde la perspectiva de hoy harto primitivas, muestra un camino esperanzado en la superación de este tipo de antagonismo. Pues llegó el momento en que se impuso la tolerancia aunque fuera en sus comienzos por el pragmático

y poco convincente principio del *cujus regio, ejus religio*. Al fin esa tolerancia como disposición espiritual acabó generalmente aceptada como uno de los derechos fundamentales del hombre, el de la libertad de conciencia reconocida por todas las constituciones políticas de inspiración liberal. Pero quizá de la mano de esa misma secularización las oposiciones religiosas se convierten en contraposiciones ideológicas, cuyo violento enfrentamiento totalitario culmina en nuestros días como un conflicto insalvable entre sistemas socioeconómicos, formas puramente terrenales de organizar la sociedad. Pero aunque esta contraposición de carácter absoluto parezca menos justificada que la religiosa, al carecer de toda referencia trascendente de salvación, el hecho no ha sido menos intenso en la experiencia de nuestros días. Su carácter de antagonismo radical es lo que ha permitido hablar a algunos filósofos de la historia de nuestro tiempo de la "guerra civil" desencadenada en occidente, por su influjo en el mundo todo. Semejante pugna ideológica pareció ir cediendo poco a poco, hasta el punto de que algunos se precipitaron a proclamar la muerte de las ideologías, aunque de hecho ellas seguían viviendo enérgicamente. Lo que importa ahora es que semejante conflicto ideológico constituyó el trasfondo más peligroso —por su carácter moral— en el enfrentamiento de las desnudas relaciones de poder entre las dos superpotencias —y de todos los demás— y que es todavía la mayor dificultad cuando parece iniciarse el proceso de distensión.

Se explica así que entre los escritos de nuestro tiempo aparezca la extraña idea de que esa distensión sólo podrá alcanzarse cuando la paridad militar venga acompañada de la paridad ideológica. Fórmula forjada desde luego por sugestión analógica, pero que en cuanto ininteligible por sí misma pone de manifiesto

las incertidumbres del momento. Puede interpretarse en su tenor literal como una equiparación de inmediato inadmisibles. La paridad en el armamento, estratégico o convencional, es cosa calculable y puede mantenerse proporcionada sea en la fase de su incremento como en la de su disminución (desarme); pero es incomprendible trasladar ese cálculo al campo de las ideas, imponiéndoles un enfrentamiento proporcionado. Sin duda aquella extraña fórmula pretende declarar algo distinto. Quizá pueda entenderse como la manera en que en nuestras circunstancias vuelve a asomar con desusado ropaje la vieja idea de la tolerancia. Cabe asimismo interpretarla como la renuncia en la paridad al valor absoluto y excluyente de las ideologías. En todo caso, traduce un estado de ánimo tan saludable como oportuno, la conciencia del peligro mortal de los antagonismos ideológicos radicales. Pues ni la tolerancia ni la renuncia a la pretensión del valor absoluto de una doctrina significan la supresión de las ideas ni el permanente conflicto que siempre acompaña su mutua presencia. Significan, sin embargo, un paso positivo en la elección de una moral de responsabilidad frente a una moral de convicción — en términos weberianos— y de su correspondiente política. Nunca como en nuestro complejo mundo actual se ha impuesto ejercer una política de responsabilidad que antes de entregarse ciega a una idea, valor o doctrina, sea capaz de actuar con lucidez midiendo las consecuencias inmediatas, secundarias y relativamente lejanas de toda acción, y que si no pretende hacer feliz al mayor número posible —de acuerdo con olvidada aritmética— trate sin embargo de evitar la desdicha, la miseria y la infelicidad de los humanos hasta el límite de sus medios.

Las estrategias de la guerra fría impidieron el descalabro final del enfrenta-

miento nuclear y ciertamente evitaron sin declaración expresa la degradación moral del ser humano —más grave que su destrucción física—, su completa depravación en las agonías de un conflicto total, éticamente ilimitado. Pero no acabaron en los años transcurridos con la desgracia reiterada de las guerras locales, ya aludida con el concepto de la paz indivisible. No importa sin embargo la repetición. Pues aunque algunos de estos conflictos bélicos se originaron en viejas pugnas históricas sin resolver, otros se dieron con carácter representativo y de mandato inexpreso, o surgieron por contagio y mimetismo de las pugnas entre los grandes, es decir, por la estructura misma —como veremos— de la guerra fría. Aparte de las pérdidas humanas, estas guerras locales pusieron, como es sabido, diversas veces a los grandes al borde de una ruptura de su buscado comedimiento. Y sobre todo hicieron gastar en material bélico los escasos recursos de estos países, poco ricos en su mayoría, que habrían debido emplear en mantener a flote a sus habitantes cubriendo sus necesidades más elementales. Necesidades, huelga reiterarlo, que se habrían satisfecho varias veces con sólo una parte del dispendio anual de los poderosos en su competencia armamentista.

Nada puede extrañar por consiguiente que sean pocos los que puedan aceptar en el día de hoy como moderadamente satisfactoria la paz imperante en el tiempo dominado por la guerra fría. Más allá de su estructura lábil, los beneficios conseguidos y los males evitados apenas compensan de las innumerables consecuencias negativas que soporta todavía como un todo el género humano. Profetas apocalípticos y utopistas sinceros de buena voluntad continúan por el momento justificados.

Los pilares ideológicos

Conviene retornar por eso a nuestro camino para destacar con la mayor brevedad posible otro de los rasgos de la estructura de la guerra fría. Tiene que ver de nuevo con las ideologías y a veces parece difícil distinguirlo de lo que viene dicho. Pero en realidad se trata de un aspecto diferente o al menos de una variación en el enfoque.

Es hoy común entre los sociólogos holandeses el empleo de un término que se forjó en sus orígenes en el estudio de los partidos políticos de ese país y de sus supuestos institucionales. Como el sistema muy peculiar de esos partidos —y de las estructuras sociales en que se apoyan— mantuvo por muchos años una sólida consistencia inmune a todo intento de modificación por parte de la ciudadanía, se sostuvo como modo de explicar el fenómeno que habían estado sujetos a un proceso de “*pilarización*”, término que luego se extiende a cualquier otro fenómeno social que ofrezca por una u otra causa una consistencia semejante, como de cemento, de sus estructuras. Una fijeza en modo alguno invulnerable, pero los mencionados sociólogos no podían contar con el tiempo necesario para poder contemplar el momento en que como las torres de Itálica famosa a “*su gran pesadumbre*” se rindieran.

Aunque pudiera tentarnos la adopción de ese término por la plasticidad de su valor descriptivo, el uso de ese neologismo así lanzado impone tales dificultades sintáxicas y tipográficas que aconsejan una renuncia decidida. Renuncia que deja a salvo su contenido, la figura de la realidad que pretende apresar. Pues en este instante el nuevo rasgo en la estructura sociológica de la guerra fría a que se acaba de aludir consiste cabalmente en un proceso de rigidez al que estuvieron

sometidas tanto las instituciones como las ideologías de los dos protagonistas principales del enfrentamiento.

Un análisis detenido de ese proceso de rigidez debería atender al mismo tiempo a ambos fenómenos sociales, las instituciones y las ideologías, para determinar en un momento dado si se daban o no tendencias paralelas, y su grado de reciprocidad. Como no parece posible en estos instantes ese tipo de análisis sería aconsejable considerar tan sólo la ideología, por ser su configuración más fácilmente perceptible. No se trata ahora de un estudio crítico de la ideología en sí, en donde podría seguirse la pista de que su fijación responde a su propia lógica, a la ausencia, por ejemplo, de un “*estrato intermedio de experiencias*” (Freyer) en el desarrollo de su argumento. Lo que nos importa para nuestro tema es la determinación de los factores extrínsecos más simples o elementales de que depende la fijación ideológica en las tensiones de la guerra fría. Puede sostenerse así con evidente simplificación que la rigidez ideológica indicada se debe igualmente tanto a factores de política exterior como de política interna.

Las exigencias de fijación en las relaciones de política exterior parecen notorias al ser la ideología imprescindible bandera de ataque y defensa de la potencia que la exhibe. Los elementos simbólicos que despliega han de marcarse con trazos muy gruesos, pues toda concesión de atenuaciones y matices equivaldría a hacer imposible la identificación. El calificativo de rojo ha cubierto en unos y otros casos una gama muy diversa de posiciones políticas. Por otro lado, la rigidez ideológica en la doctrina y sus símbolos se esfuerza por limitar muy estrechamente las posibilidades de elec-

ción. Es imperialista, pretensión de la que puede estar muy lejos, quien no ha hecho a tiempo la elección adecuada. La fijación o inflexibilidad ideológica en el campo de la política interna tiene que ver naturalmente con las exigencias de legitimidad. Lo que no pretende insinuar que toda "doctrina política" —en el sentido de Mosca— sea necesariamente ideología o mito, ni que toda justificación legitimadora tenga que ser también de modo necesario rígida e inflexible. Pero en un caso de contraposición tensa como en el de la guerra fría, la fijación ideológica es inevitable porque en su doctrina positiva de legitimación para fines internos se incluye en escorzo negativo la doctrina legitimadora del enemigo. En ésta se comprenden por lo tanto todas las exclusiones fundamentales. Es decir, la doctrina no consiente poros o apertura alguna que pueda utilizar el opositor. La presencia permanente como negación de la doctrina del contrario es lo que determina la rigidez en el contenido de los supuestos de la propia legitimidad.

El hecho de que las ideologías se muestren como pilares inmovibles, en torno de los cuales gira toda política externa o interna, tiene como en todo proceso semejante en la vida social efectos que son paradójicos en su doble tendencia. Por un lado, como ocurre en toda fijación, se manifiesta la incapacidad de adaptación a ciertas alteraciones que se producen de hecho en la sociedad, o la más grave aún de buscar cualquiera "innovación" oportuna. Por otro lado, la rigidez ideológica sirve al mismo tiempo como cobertura encubridora de las modificaciones producidas y de la posibilidad de su comprensión. Los ejemplos abundaron en estos años. Pero el caso más significativo en conjunto se da en la famosa polémica sobre la supuesta convergencia entre los contrapuestos sistemas político-sociales. Pues las exigencias

de legitimidad obligan a ambas partes a rechazar —con mayor vehemencia por una de ellas— ese descubrimiento de algunos círculos de académicos o de intelectuales. Los análisis de estrictos datos científicos o las justificadas consideraciones histórico-filosóficas, quebraban desde dentro con la ideología misma su irrenunciable función legitimadora.

Entre los internacionalistas contemporáneos suele tratarse del "mesianismo" de las superpotencias, término inapropiado en una atmósfera de secularización para designar su impulso expansivo. Con alguna cautela puede hablarse ciertamente de su actitud misionera. En las ideologías se ofrece el contenido de su respectiva misión, que por sobrado conocida no es necesario describir. Pero la cautela se impone por otro lado, por el hecho de que en ocasiones el adoctrinamiento no es el resultado de la misión sino el instrumento buscado de un poder de negociación. Y esto se debe a la estructura sociológica misma de la guerra fría. Porque durante su vigencia los conflictos de todo tipo de política concreta se han dado en función de las ideologías dominantes. En esas circunstancias el logro de un apoyo militar o político y fundamentalmente económico sólo podía obtenerse mediante conformidades ideológicas, más de una vez en disfraz de conversión. El sentido de los datos aludidos, tiene suma importancia para todos los que en postura prospectiva se preguntan por lo que habrá de ocurrir una vez estabilizada la distensión o quizá en sus mismos comienzos. Habrá de examinarse más tarde. Pero antes de llegar a ese trance, la estructura de la guerra fría ya empezó a mostrar en su funcionamiento su propio desgaste, que tenía que ser el precio de las rigideces antes señaladas. La distancia entre la realidad vivida y la pretensión ideológica se percibió a través de una dolorosa conciencia de hipocresía. Y es

esa conciencia de falseamiento voluntario lo que está en la base de los movimientos de protesta recientes, fueran o no juveniles, y en el punto de partida de las mal denominadas "contraculturas". Y

no sería inoportuno recordar además que mientras tanto se había producido la poderosa heterodoxia de la revolución china.

La ironía de la "Belle Epoque"

Por una amarga paradoja de la historia —o astucia de la Razón— durante los años de mayor dificultad y sobresalto en el mantenimiento de la guerra fría tiene lugar un espléndido enriquecimiento, y no sólo en los países denominados industriales. El capitalismo en la forma reformada que se insinúa con el prefijo "neo", alcanza un florecimiento que nunca pudieron sospechar los más optimistas en la crisis hito —realidad y leyenda al mismo tiempo— del año 1929. Y el socialismo, contrariando todos los augurios de fracaso que lo condenaban de antemano por defectos de calculabilidad, puede exhibir al poco tiempo éxitos comparables. Economías de mercado y economías de planeación centralizada muestran visibles rendimientos que justifican su emulación declarada. Por el lado de occidente ha podido hablarse, no se sabe con qué grado de punzante ironía, de una *Belle Epoque* comparable a las escasas otras que la precedieron. *Belle Epoque* ciertamente gozada en su plenitud sólo por unos pocos, pero con reflejos positivos para otros, más o menos beneficiados. De una época de ese tipo no se ha dicho nada en el lado oriental, aunque pudo hacerse atendidos meramente los resultados económicos y dejando quizá de lado el momento psicológico del goce de la vida. Unos y otros, se dieran o no exacta cuenta, parecieron vivir sin perplejidades la misma paradoja de un enorme desarrollo a la sombra de la catástrofe. No fue desde luego el

paraíso o la sombra de las espadas, pero algo que le estuvo muy próximo hasta hace poco.

Nada tiene de extraño que el término mágico que se extiende por todas partes como el ábrete sésamo del momento fuera precisamente el de desarrollo, aunque en su inicial ambigüedad anduviera confuso con el concepto del puro crecimiento económico. Ninguno de ambos conceptos o ideas era propiamente una novedad histórica.

La idea del desarrollo en su más amplio contenido se enlazaba en la clara progenie de la fe en el progreso en que participan desde la Ilustración todos los pueblos euroamericanos. Y que si se conserva casi intacto en sus venerables fórmulas en una de las superpotencias —el último gran país creyente en la Ilustración, como se ha dicho— mantiene en la otra iguales impulsos a través del complicado camino del idealismo alemán, que en su último gran remanso hegeliano inspira, a pesar de su contradicción, a la obra de Marx.

La idea del crecimiento se encuentra asimismo en tratamiento explícito o sesgado en todas las figuras de la escuela clásica de economía, con que tiene que enlazarse —y lo sigue todavía en aspectos sorprendidos— su consideración como tema separado por los economistas posteriores. Y es para todos evidente que como idea económica forma parte indistinta del espíritu de la Ilustración y de su concepción del progreso. Pero lo singular

del período de postguerra es, por una parte, el retorno a la idea del progreso cuando ya se había agotado casi por todas partes la fe que la sustentaba, sea por desilusiones de carácter filosófico o moral o porque, como se ha sostenido en forma convincente, el contenido de las aspiraciones o promesas de aquella fe se encontraba ya plenamente realizado en las más concretas circunstancias históricas contemporáneas. Se oteaba así el futuro con la óptica del progreso cuando había dejado de existir como común creencia indiscutida.

Pero por otra parte, que es lo que ahora más importa, esa misma ambigüedad de la idea del desarrollo es lo que permitió que se convirtiera con la misma fuerza en ideología dentro de los dos sistemas dominantes. Sólo la mirada retrospectiva de hoy permite destacar lo que entonces pasaba inadvertido. Lo que constituye una tarea que sólo los historiadores de estos años podrán desentrañar en todos sus complicados aspectos. El hecho, por ejemplo, de que la idea del desarrollo como ideología emparentada de los dos sistemas dominantes apareciera en sus comienzos como una concepción escueta del crecimiento. Son los años —como señaló Myrdal en alguna parte— en que se inundó al público lego con la emulación comparativa de los índices alcanzados en la producción del cobre o la electricidad, del acero o del cemento, de los automóviles o de los aparatos de radio y televisión, etc. Son por eso los años en que el indicador supremo es el del producto bruto per cápita. Indicador que bastaba y sobraba para toda comparación, pues parecía que se pretendiera con la presencia de sus solas cifras tener una interpretación de fenómenos sociales muy diversos. Únicamente en los últimos años se comienza a poner en duda la validez de ese valor casi absoluto, tal como se ofrece con la críti-

ca de la obsesión productivista en general y con el esfuerzo continuado por encontrar la diversa gama de indicadores necesarios para el análisis y comprensión de la efectiva vida social en toda su complejidad.

Pero sea de ello lo que fuere —el sentido de la nueva conciencia crítica o el valor instrumental de sus medios— queda en pie que el uso predominante del referido indicador muestra el significado decisivo de la aspiración al crecimiento como el mayor componente de la idea del desarrollo, esgrimida con igual formato ideológico por los mantenedores de los dos sistemas declarados como contrapuestos.

Más allá de la riqueza obtenida a la sombra de la amenaza nuclear otro hecho decisivo se manifiesta con carácter ahora sí general. Declaradas metas políticas por un lado, con la eficacia del plan Marshall y las promesas de ayuda técnica del punto cuarto, y por otro con los resultados tangibles de los diversos planes confirmando las previsiones de una nueva interpretación histórica, despertaron por todas partes la conciencia del desarrollo como una realidad alcanzable más tarde o más temprano. Esa conciencia acaba con la resignación ante las experiencias seculares de la miseria, de la enfermedad y de la muerte temprana y en todo el mundo la aspiración por el desarrollo se ofrece como una situación de hecho al parecer irreversible y como una esperanza ante un futuro apenas antes soñado.

Esa situación de hecho es la que se ha calificado como una "revolución de las expectativas", más profunda en su realización que las revoluciones transitorias a que dio lugar y que los esfuerzos evaluativos y de reforma que asimismo produjo. Pero con la "revolución de las expectativas" como resultado venturoso se inicia un período aún no acabado de impa-

ciencia histórica. Una impaciencia que, guste o disguste, quisiera conseguir rápidamente lo que en otros lados fue el resultado de centurias de una trabajosa trabazón de condiciones históricas más que el efecto de una súbita mutación de expectativas. Cuando al influjo de las intensas experiencias intelectuales de los

últimos años aparece un libro con el título impresionante de "L'Utopie ou la mort", su autor inmisericorde en sus advertencias a los ricos no puede ser sino bastante prudente en sus consejos a los más pobres en esa su angustiada situación de impaciencia.

América Latina como ejemplo

De la situación antes descrita en sus lineamientos y significación generales quizá no exista mejor ejemplo que el de América Latina. No tuvo ésta por qué pasar en esos años por descolonización alguna, ni sufrir el impacto disolvente de la denominada europeización. A diferencia de otras partes del mundo ni existían en su territorio formas políticas de rígido y anacrónico tradicionalismo ni sistemas de concepciones del mundo tan distintas y autónomas frente a las occidentales como el de otras culturas milenarias. La subsistencia de determinadas diferencias raciales no implicaba en parte alguna contraposiciones todavía agudas de carácter tribal. Todo esto porque América Latina formaba parte desde centurias del conjunto tan característico y delimitado como el de occidente. Su descripción ha podido y puede hacerse desde una perspectiva económica o, si se quiere, en algunas partes desde el enfoque de un proceso de "aculturación" más o menos rápido. Lo más justo y acertado, sin embargo, es la visión histórica plena que atiende por igual a todos los ámbitos de vida y de cultura. Dentro de ella, aunque se quiera poner entre paréntesis por cualquier motivo el período virreinal, no puede olvidarse que en la constelación originaria de la Independencia se ponen en marcha una serie de naciones germinales cuyas minorías diri-

gentes —no obstante las contradicciones de la realidad social— se orientan por las ideas políticas y económicas patrimonio común en ese instante de todos los países de tradición europea. O dicho todavía en forma más precisa, la constelación originaria de la Independencia imprime por todas partes el cuño idéntico de una definida inspiración liberal. Señalar ahora los avatares en la historia de un siglo de esa inspiración y sus distintos avances y retrocesos en los varios países es cosa tan innecesaria como inoportuna en estos instantes. Se imponía, sin embargo, su alusivo recuerdo antes de volver rápidamente a los años que interesan a nuestro tema.

En los momentos en que se "fleta con cierta solemnidad de botadura el tema del desarrollo y su gran promesa", diversos gobiernos latinoamericanos ya habían puesto en marcha políticas económicas en esa dirección, al menos desde la gran conmoción de la primera guerra mundial. Hecho natural y por sí mismo comprensible que sólo conviene anotar para no incurrir en olvidos injustos como los que pesan sobre los políticos que en la segunda mitad del siglo XIX pusieron las bases de la infraestructura —carreteras, ferrocarriles, puentes, etc.— que todavía persiste, mejorada, en la mayoría de los países de la región. Pero no se trata ahora de deshacer los entuertos de reite-

radas injusticias. Se insiste para subrayar que la idea del desarrollo —de sus distintos mecanismos— no venía del cielo y que era una aspiración interna como meta política en muchos países y sus gobiernos cuando se produce sobre América Latina —aún en sus partes más dormidas— el impacto del estímulo externo del ideal desarrollista, que se lanza desde los mismos “centros” y por las organizaciones internacionales que ellos procuran poner en pie.

Las declaraciones, sean oficiales o de influyentes intelectuales, pronunciadas en los países más ricos, “traducían la honesta y clara percepción de condiciones reales científicamente comparables”, aunque tampoco dejaran de estar “sostenidas por otro tipo de impulsos: unos derivados de una conciencia turbia ahora arrepentida, movidos otros por tendencias humanitaristas, provenientes también a veces de una egoísta aunque embozada percepción del más craso interés”. Sea ello como fuere, el hecho es que en los años finales de la década de los cuarenta confluye en América Latina todo lo que en ella desde dentro ya se buscaba con la gran incitación que le llegaba del exterior. Y su gran fortuna en esos momentos fue que una organización internacional, manejada, sin embargo, por latinoamericanos, pusiera en claro y con coherencia doctrinal lo que quizá se percibía aquí y allá, pero de manera fragmentaria y seguramente confusa. No es cosa de repetir en esta ocasión el relato completo de lo ocurrido, que por lo demás todos los interesados conocen. En definitiva, lo que estaba presente sin duda en diversos tanteos, se formula por la Comisión Económica para América Latina como el programa que había de valer por muchos años con carácter común, el proyecto bien definido de la denominada “industrialización sustitutiva”; pero además, como su apoyatura

técnica, un conjunto de hipótesis algunas de las cuales todavía mantienen su validez en el transcurso del tiempo, aunque otras parezcan hoy más discutibles o modificables al tenor de nuevas experiencias.

De hecho, las orientaciones cepalinas parecen imperar durante dos décadas en toda la región, sea por su aceptación explícita o en virtud de una crítica interna dentro de su propio ámbito que las mantenía como punto de referencia. En el transcurrir del tiempo las críticas han sido de otro tipo y, tengan o no su parte de razón, algunas de ellas exigen por nuestra parte un breve alto en la marcha de estas páginas, que no va a significar en este punto y momento una defensa doctrinal, sino un mero intento de comprensión histórica. Pues nada más natural y evidente por sí que las políticas de desarrollo entonces recomendadas y emprendidas se hicieran dentro del “sistema” económico dominante, “hegemónico” por añadidura respecto de la región. “Lo que pudiera denominarse primera generación tenía que emprender su política de desarrollo formulando metas y construyendo técnicas destinadas a cumplirse como de suyo dentro del sistema heredado, no sin encontrar fuertes resistencias y oposiciones”. Son también comprensibles sus inclinaciones favorables, las más de las veces inexpresas, a la formulación de un tipo de *welfare state*, dentro de sus diversas modalidades posibles frente a las realidades que tenía que enfrentar. Huelga referirse a imputaciones de naturaleza apocalíptica; otras más discretas tropiezan, sin embargo, con igual limitación. Hace ya muchos años que la teoría interpretativa de los “estilos económicos” se puso en circulación en penetrantes estudios de la realidad europea, que no exigen por eso su aceptación incondicionada. Pero quizá en el olvido o desconocimiento de su existen-

cia, nuevas generaciones —en el rápido paso de las modas intelectuales— se acogen al concepto de los “estilos de desarrollo” desde un punto de vista tan evidentemente crítico como de voluntad constructiva. Lo que la escuela de los estilos económicos puso de manifiesto —trasunto indudablemente de la escuela histórica en general— es que los “sistemas económicos” con sus típicos estilos no son construcciones abstractas puestas un buen día en movimiento sino configuraciones concretas del proceso histórico, que se encuentran ahí visibles y operantes con imperiosa presencia. Sea dicho de paso que los denominados estilos de desarrollo no son de naturaleza distinta. Fragmentos de la realidad histórica que los encarnan, ofrecen opciones limitadas en determinados momentos, difícilmente superables con la construcción analítica de lo que parece posible. Y aunque nada está en contra del interés de semejantes paradigmas intelectuales, no representan puntos fijos e inobjetables desde donde lanzar imputaciones de error a hombres que se encontraban dentro de un determinado estilo de desarrollo, y no de otro, en concretos sistemas históricos.

Precisamente ahora, como consecuencia de cambios históricos cuyos perfiles y dimensiones no pueden fijarse todavía, América Latina vuelve a encontrarse en una situación crítica y abierta por tanto a nuevas expectativas.

En el curso del proceso de desarrollo comenzado en la postguerra en toda la región pareciera que la Alianza para el Progreso había de representar un paso decisivo. Y lo fue en alguna medida. Significaba el impulso externo de mayor volumen político entre todas las influencias que alimentaron la “revolución de expectativas” en la región. Pero por un lado, no pasaba de ser una formalización solemne de las orientaciones económicas que circulaban en ella desde hacía algu-

nos años y a las que se ha hecho mención. Y por otro, es lo más probable que llegaron en un momento tardío y con la tara negativa de sus orígenes como reacción defensiva frente a los acontecimientos cubanos de 1962. Con todo, sus éxitos hubieran sido superiores de haberse actuado con mayor rapidez, con mecanismos burocráticos más expeditos que los creados en el momento. No fue ésta, sin embargo, la nota decisiva de su naturaleza tardía. Las circunstancias de la política internacional en esos instantes fueron adormeciendo el interés de los Estados Unidos por sus vecinos del sur, los cuales dejaron al cabo de ser tratados como conjunto en relaciones multilaterales, sustituidas poco a poco por las bilaterales tradicionales. Todo esto no quiere decir que no quepa hacer un balance de sus resultados positivos.

Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que durante las dos décadas de los cincuenta y sesenta, aparte de los resultados obtenidos en el concreto desarrollo latinoamericano, se vive en toda la región un notorio progreso en la formación de sus economistas, y sólo un poco a la zaga la de otros especialistas de la ciencia social, la de los sociólogos muy en particular. Son años de una vigorosa ebullición intelectual que había de tener perceptibles consecuencias en las actitudes críticas.

Nadie niega que durante todo este tiempo América Latina mantiene un sostenido ritmo de crecimiento, diverso según los países y con altibajos que sin embargo no alteran las tendencias expansivas del conjunto. Atenidos al indicador dominante del producto bruto el avance es muy positivo. Como también lo es el ocurrido en algunos sectores, los industriales en particular; y pueden exhibirse asimismo progresos de carácter social —en educación y salud sobre todo— bastante satisfactorios cualquiera que sea su medida.

Sin embargo, no todo es beneplácito. El uso generalizado de algunas expresiones como la del "semidesarrollo dependiente" empleadas por unos y otros delata la existencia de una duda crítica que no vamos a considerar aquí. Son muchos los que están de acuerdo en que el "sistema" ha funcionado a costa de producir una marcada "heterogeneidad estructural", lo mismo en lo económico como en sus aspectos sociales. Y otros dentro de líneas menos extremas o heterodoxas han insistido en que la validez de algunas de las hipótesis ya clásicas de la CEPAL no permite la continuidad del proceso sin variaciones. La industrialización sustitutiva al llegar a cierto nivel parece estancarse y el mayor obstáculo reside en

factores exteriores. Punto por el que se inserta, por la marginalización relativa en el mercado de bienes y en el campo financiero de las inversiones, la consideración de la validez de nuevo confirmada de la hipótesis acerca del "estrangulamiento externo" y la realidad del endeudamiento creciente. Cosas de todos conocidas que sólo interesaba recordar ahora en que coincidiendo con la crisis mundial —esa extraña "estanflación"— se abren ante América Latina los horizontes todavía problemáticos del supuesto agrietamiento estructural de la guerra fría y que se ofrecen distintos según sea el resultado de la iniciada distensión. Pero éste y no otro es el tema preciso de estas páginas exploratorias.

IV

De la guerra fría a la distensión

Elementos conceptuales

La distensión en el sentido específico objeto de la consideración de estas páginas no es ningún enigma incomprensible en la opinión pública actual. Todos saben en principio de qué se trata: que pueda darse un aflojamiento en las relaciones de poder entre las grandes potencias, que aminore las fuertes tensiones que entre ellas existen y que todos los demás sufren como reflejo en alguna medida. Puede ser el momento de un respiro o el comienzo de una prolongada seguridad común. Sin embargo, sobre esta significación general pesa como simbólico infortunio la equivocidad originaria del vocablo francés que se utiliza con general aceptación. Pues la *détente*, derivada de *détendre*, significó también en su originaria semántica el acto de *destendre*

la ballesta, un instrumento de combate. Esa primitiva ambigüedad, suficiente para comprender las actitudes contradictorias que despierta la posibilidad concreta de la distensión, sigue gravitando en otras formas hasta hoy. Pero no conviene apresurarse. Lo aconsejable por el contrario es seguir paso a paso el examen de los distintos aspectos que presenta el tema de la distensión según se la considere como situación de hecho, como proceso en marcha, como meta o propósito último o como un problema intelectual, es decir, por su interés de conocimiento.

Como situación de hecho se entiende su mera presencia. La emergencia como fenómeno nuevo en la realidad actual, que no escapa a la experiencia de nadie,

cualesquiera que sean sus prejuicios, favorables o adversos. Pero como en todo dato de inmediata contemporaneidad son muy grandes los peligros de su tratamiento. El que más amenaza, como siempre, es el de quedar a la zaga de los acontecimientos, que nos superan sin respiro en su carrera acelerada. Al académico le atemoriza tener que competir con el periodista, más avezado en esos menesteres. Pero tampoco puede atenerse a los consejos del historiador respecto de la falta de distancia y perspectiva, porque no se trata tanto de un hecho del próximo pasado como de uno del futuro inmediato. Por tanto, el otro peligro que acompaña al anterior, si no deriva de él en cierta medida, es el de la carga emocional que se suscita como reacción ante el fenómeno. Puede dominar la simpatía o la inquietud; el buen deseo que se adelanta a los hechos o la aversión ante los mismos como posible amenaza de intereses y convicciones. Quien siga las vicisitudes de la prensa diaria puede anotar rápidamente ejemplos numerosos de uno y otro tipo. Sin embargo, al que sólo mueven en principio intereses de conocimiento tiene que aceptar el único camino posible, el de una reflexión intelectual consciente en todo instante de aquellos peligros. Porque vale la pena, en efecto, el intento y el esfuerzo de formarse algunas ideas claras acerca de un fenómeno que nos afecta existencialmente a todos por igual, aunque se fracase en definitiva en el ensayo.

Por eso es preciso en primer término subrayar con toda energía que la distensión como presencia emergente en las actuales circunstancias no es por ahora más que eso. Un proceso en marcha, pero en modo alguno una situación de hecho con límites definidos. Un movimiento, por tanto, que lo mismo puede lograrse como malograrse y que exige adaptar la óptica de su estudio a esa su

naturaleza de tránsito hacia algo cuyos perfiles se nos escapan todavía y que pueden coincidir o no con nuestros anhelos o nuestras repugnancias. Mientras el proceso dure no puede menos de ser ambiguo según sea la perspectiva desde la que se le contemple. Pero el hecho está ahí, no otro que el de su aparente iniciación.

Pero, ¿qué es lo que significa la distensión como meta, como el propósito determinante de su movimiento? ¿Cuál es el sentido de la *détente* que como su lógico principio nos obliga a tomarla con la mayor seriedad? ¿Podemos ser en cuanto terceros meros espectadores indiferentes o somos más bien partícipes interesados en un mismo litigio? La respuesta a estas preguntas no ofrece la menor duda. Nos interesa en calidad de partícipes la distensión entre dos grandes potencias de las que no somos miembros porque de sus resultados depende un destino común. Lo que está en juego históricamente es algo más que la superación de un empate que sustituye en un momento el intercambio de amenazas por una oferta recíproca de gestos amistosos, gratos en tal caso de contemplar para un espectador generosamente desinteresado. De lo que se trata, es del paso de un tipo de paz insatisfactoria por su naturaleza a otra más universalmente convincente y duradera. Y ese tránsito consiste en la sustitución de la estructura pacífica basada en las estrategias de la guerra fría por una auténtica coexistencia cooperativa en la que nadie entre con reservas mentales. En una palabra, lo que está en juego es la posible afirmación de los supuestos de esa nueva organización de la paz de que se habló al comienzo de estas páginas. De una organización que sea realmente universal y en que ningún país se sienta prisionero de forzadas dependencias unilaterales o pueda utilizarlas voluntariamente al servicio de sus

singulares intereses. De una paz que trascienda el miedo recíproco y general de una catástrofe nuclear por una cooperación en tareas comunes, que en más de algún caso tienen también que enfrentar amenazas lejanas, pero no menos peligrosas para toda la humanidad.

Se rozarían los límites de la utopía si se pensara en prescindir de inmediato de la consideración realista de las relaciones de poder —inevitables por largo tiempo— o si se creyera que las “autoridades mundiales” que se requieren en diversos campos de actividad pueden montarse rápidamente y completas en breve plazo. Lo que todos los interesados y conocedores piden es tan sólo el logro de “un modelo mínimo” de paz adecuada a los problemas de nuestro tiempo. Pero incluso semejante modelo incompleto exigirá todavía para su madurez prolongados y pacientes esfuerzos. Nada muestra mejor lo que supone la *détente* en calidad de meta, como el hecho de que la gradual sustitución de la estructura de la guerra fría por otra más estable no sólo es el supuesto de una nueva organización de la paz en sus dimensiones generales, sino de las condiciones de posibilidad de lo propuesto de modo casi unánime en los diversos proyectos sobre un “nuevo orden económico internacional”, orden que no es concebible con carácter aislado e independiente y que presta por eso a las propuestas en curso un indiscutible color utópico. ¿Un nuevo sistema monetario, por ejemplo, en cuyo ejercicio no participen como hasta ahora las potencias socialistas? Y así en sucesivas dudas la realización de todos y cada uno de los convenios y acuerdos que el análisis intelectual muestra como imprescindibles. Cómo organizar sin la cooperación generalizada una autoridad mundial de alimentos o del control de la orientación científica y tecnológica en servicio de todos; cómo lograr la estabilización en el

intercambio de los distintos productos en beneficio recíproco de ricos y pobres, o la justa distribución de la carga en la asistencia financiera o la explotación en común de los fondos marinos, etc. Estos y otros problemas tienen como supuesto en todo intento de solución, la existencia previa de una organización mundial de la paz en que aparezcan atenuadas, recíprocamente moderadas al menos, las desnudas relaciones de poderío que mantienen aún su obediencia a la ley de la selva en el escenario internacional.

Luego de los rápidos toques casi alusivos a los distintos aspectos que la *détente* nos ofrece, sólo nos queda verla como problema intelectual, como un objeto de conocimiento. Como tal tiene la indefinición de un proceso de orígenes conocidos pero ilimitadamente abierto en su acabamiento o término; por otra parte, es un fenómeno cuya realidad perceptible es inmediata, que nos está por tanto en próximo contacto. En esa doble faz reclama en forma distinta nuestro interés de conocimiento y determina reflexiones metodológicas que no es ocasión de llevar a cabo. En su naturaleza de proceso abierto a un porvenir desconocido de antemano pertenece a lo que desde hace algunos años se denomina investigación futuroológica o con más modestia, de acuerdo con tendencias recientes, a los estudios de prospectiva. La razón de semejantes cambios terminológicos es más profunda que el de una caprichosa preferencia semántica; y sería de interés en otros instantes poderse detener en su análisis. Baste saber que para muchos la futurología parece sospechosa bien porque su objeto en cuanto puro futuro no existe como tal, lo que otorga a su título una fisonomía demasiado pretenciosa, o porque según otros lo que aparece como ciencia novísima no es otra cosa que un retorno a la que siempre fue la filosofía de la historia.

La idea de la prospectiva se presenta así como más moderada y circunscrita aunque sea idéntica la naturaleza de su objeto. Sea de ello lo que fuere, la *détente* como problema intelectual se incluye sin la menor duda en la preocupación por el futuro, como tal incierto. Pero por otra, se enraíza de tal manera en el presente que sus posibles tendencias se ofrecen ya como previsibles con sólo prolongar a cierta distancia lo que se muestra como dado. Y aquí se ofrece una diferencia en el horizonte de la temporalidad, que determina una posición metodológica particular. Mayores precisiones obligarían a una digresión metodológica ahora inoportuna. Piénsese tan sólo que el largo plazo es una característica de toda investigación futuroológica, como muestran todos los estudios contemporáneos realizados con las más distintas técnicas; sin embargo, esa extensa dimensión temporal empieza a recortarse bastante en las investigaciones de prospectiva que utilizan el instrumento de la construcción de escenarios, tanto más cuanto mayor sea su búsqueda o pretendida saturación histórica. Cuando como en el caso de la *détente* su proceso abierto tiene que pasar de una ilimitación en principio, a lo que es de hecho un plazo limitado si no quiere destruirse en sus propósitos —de no lograrse en un plazo razonable pierde su propio sentido— su análisis prospectivo tiene también que realizarse teniendo en cuenta un plazo, imprevisible desde luego, pero relativamente corto. Como en el caso de los escenarios históricamente saturados, se trata de un futuro de alguna proximidad, aunque no sea inmediata. En esto reside la atracción y la dificultad al mismo tiempo de este tipo de estudios.

Otra característica además de los estudios futuroológicos —por lo común efectivamente cumplida— es su naturaleza global. El universo de su discurso es el

universo real del mundo entero. De acuerdo con esa exigencia el estudio prospectivo de la *détente* tendría que ser asimismo igualmente global y considerar por eso sus efectos sobre el mayor número de países de esta tierra. El que en este escrito se propone es en cambio fragmentario porque pone el foco de su interés sobre la realidad latinoamericana. Razones pragmáticas lo imponen, invitando en su día la aportación de los elementos complementarios. Sin embargo, a pesar de ese recorte es una tarea que excede la capacidad de una sola persona —no sólo hay que atender a una bibliografía copiosa sino seguir día a día la creciente polémica periodística sobre los acontecimientos— y que sólo puede llevarse a cabo por un equipo bien pertrechado en su varia formación. Contentémosnos por ahora con el trazado provisional de unas pocas líneas fundamentales.

En calidad de colofón de las notas anteriores parece obligado ahora referirse a una cuestión que sería en otras circunstancias un amplio capítulo previo a todo lo que ha de seguir. Pero esa cuestión no es por sí importante en este momento ni puede ser contestada ahora en forma satisfactoria. Se trataría en efecto de precisar cómo se ha ido gestando la distensión y si presenta en esos orígenes algunas fases o etapas de interés. Pero como en el caso de la guerra fría también en éste esa historia se encuentra aún por escribir a cargo de especialistas competentes. Entre ellos no parece existir todavía el suficiente acuerdo y las papeletas que unos y otros sacan de sus archivos, señalan fechas diferentes. O sea, el comienzo de la distensión se data a partir de distintos momentos. El único consenso al parecer es que esa gestación es anterior al convenio de principios firmado por Nixon y Brezhnev con la requerida solemnidad. Por otra parte, las etapas que la erudición tendría que rastrear

coinciden con los altibajos de la marcha del convenio sobre la limitación de armamentos estratégicos (SALT I concluido y SALT II aún pendiente) que por su complicado carácter técnico escapan a los más voluntariosos esfuerzos del lego en la materia.

En lo que sigue hemos de limitarnos a diseñar tres tipos diferentes de cuestiones de muy distinto interés. El primer grupo se refiere a las estrictas relaciones de poder durante y después de la distensión y que importan de modo especial, aparte de los políticos, a los internacio-

nalistas profesionales. Los dos siguientes tienen un interés sociológico más general y se refieren a las consecuencias de la *détente* en diversos campos y a los distintos escenarios que sus posibles formas pueden configurar. Vale decir de antemano en unos y otros casos que quien esto escribe tiene que atenerse y hacer uso de los supuestos plausibles y de los argumentos razonables —falsificables por lo tanto en la prueba— que se encuentran con mayor o menor precisión y claridad en la bibliografía —libros y revistas— contemporánea, manejable por cualquier interesado.

Relaciones de poder en la época de la détente

Cuando se siguen algunos de los análisis existentes respecto de las efectivas relaciones de poder, durante el proceso de distensión o en el supuesto logro de ella, hay que estar alerta ante un doble equívoco que se desliza con frecuencia. Por un lado, la creencia de que la distensión pueda poner término de inmediato a los enfrentamientos de poderío —político-militar— hasta hoy existentes. Por otro lado, la tendencia a considerar equivalentes la potencia económica con el poder político en estricto sentido, es decir, en el de constituir un centro autónomo de decisiones en el campo internacional. El contenido lógicamente implícito en el movimiento de distensión se ofrece como un propósito que va más allá de un avance en el desarme nuclear y en la ampliación de los intercambios económicos o de otro tipo entre las grandes superpotencias; pero esa meta, que es la que a todos los demás interesa y que cuenta por eso con su aplauso, está todavía lejos de haberse perfilado como real. Habría que añadir pues al doble equívoco señalado, el que resultaría de

un desplazamiento prematuro de lo deseable a lo efectivamente existente.

Desde hace años el hecho de que algunos países menores optasen o mejor dicho se declarasen partidarios de una política de repudio de cualquier afiliación —política de no alineación simplemente tolerada por inofensiva, incluso cuando se manejaba en modesto juego maquiavélico en beneficio de determinados intereses nacionales— dio pábulo a la creencia de que la denominada relación bipolar había desaparecido o estaba en trance de hacerlo. El fortalecimiento en la potencia de otros países —particularmente económica— parecía también confirmar con la aparición de estos otros centros la teoría de la sustitución de la relación bipolar por otra más complicada. En la actualidad los anuncios de la *détente* —ante la presencia sobre todo de la nueva China— se traducen asimismo por algunos como la suposición renovada de una disolución del eje histórico previo de la bipolaridad. La analogía de conocidos momentos del pasado induce también a pensar en la posibilidad de que pueda

darse una nueva era de equilibrio de poder semejante al impuesto en el concierto europeo como resultado de la Santa Alianza, el cual habría de durar casi intacto hasta la primera guerra mundial. Pero ambas cosas son problemáticas. Es dudoso en efecto, que la relación bipolar como fundamento de una estructura de equilibrio —el de la guerra fría— haya desaparecido de hecho o tienda a hacerlo de inmediato. Ni la existencia de otras naciones con limitado potencial nuclear, ni la misma emergencia del poderío chino, modifican el hecho básico de que todavía la capacidad extrema de disuasión continúa en manos de las mismas dos superpotencias. La existencia incluso del destacado triángulo —Estados Unidos, Unión Soviética, China— reafirma la bipolaridad originaria, pues todas las relaciones posibles dentro de él tienen como condición fundamental la referencia permanente a una u otra de las dos superpotencias. La supuesta desaparición de la relación bipolar es en consecuencia

dudosa —aunque no imposible— por un largo tiempo.

Tampoco parece concebible en la creación de nuevas relaciones de poder la formación de un concierto como el europeo, compuesto por más de media docena de potencias claramente diseñadas a lo largo de la historia de ese continente. ¿Cuáles son las potencias que en número y perfil conocidos podrían constituir en los próximos años un equilibrio semejante al de la paz de Metternich? Aquí aparece la confusión entre el poder político-militar y la potencia económica, muy clara, a título de ejemplo, en la reiterada referencia a la Comunidad Europea. Esta Comunidad es un innegable centro de poderosa irradiación del poder económico que encierra, pero no es todavía una comunidad política —no se sabe cuándo llegará a serlo— ni menos una comunidad con órganos propios de decisión en la política internacional.

Consecuencias de la distensión

Con la afirmación sostenible en cierta medida de la pretendida desaparición de la dominante relación bipolar en el poderío decisivo, circulan otros supuestos de posibilidad objetiva con grados distintos de certidumbre.

Uno es la supuesta “desglobalización” en las actitudes y posiciones políticas de las dos grandes potencias hasta hoy antagónicas. Entendiéndose con semejante término, no muy afortunado, la pérdida del interés de cada una de ellas por encontrarse presentes en todos aquellos puntos de la tierra —conflictivos o no— que puedan afectar a sus pretensiones hegemónicas de uno u otro carácter. La plausibilidad de la argumentación corre

por dos canales diferentes. Uno se refiere al papel policíaco o vigilante sobre el resto del mundo que una u otra potencia pudiera arrogarse; de hecho sólo una pareció ejercerlo o así se le imputa, pero también al parecer quedó como papel vacante por propio abandono, sin que existan candidatos por el momento —quizá por siempre— a llenar el vacío de esa función. En realidad la intervención dictada por el interés global siempre estuvo limitada en su literal sentido por razones de prudencia política, es decir, por la concesión recíproca de zonas mayores o menores de no interferencia. La validez del argumento examinado descansa en las razones favorables a la conti-

nidad de esas actitudes de moderación una vez que la política de distensión se prosiga —a pesar de sus vaivenes— medianamente en serio.

El tema de la supuesta “desglobalización” se roza también por otro camino más indirecto, uno que nos conduce de nuevo al punto antes referido de la renuncia por las grandes potencias a su actitud misionera —mesiánica algunos dicen— frente a los demás países. La hipótesis de que ahora se trata tendería a formularse de esta manera: el abandono de una disposición de naturaleza global por parte de las superpotencias llevaría consigo la despreocupación paralela por imponer a los demás su propia concepción del mundo y de la vida. La cuestión no es sencilla y, cómo negarlo, todavía es espinosa en algún punto. La más o menos rápida sucesión de las potencias hegemónicas siempre ha producido por su peso político la irradiación de su cultura —usos, ideas, creaciones literarias— y en este sentido el ocaso de una u otra de ellas puede medirse por el apagamiento lento o rápido de su influencia espiritual.

Lo que no significa que los pequeños países hayan estado condenados a una permanente oscuridad respecto de sus propios valores; los países escandinavos, por ejemplo, no han tenido que elevarse al pináculo del poderío político para lograr la difusión universal de Ibsen, Strindberg o Kierkegaard. Como tampoco es cierto que la innegable influencia cultural que acompaña a los triunfos del poderío haya sido siempre cosa buscada y concretamente propuesta. Por otra parte, no puede olvidarse que la propagación de una doctrina —querida como tal o por su mera presencia— está sujeta a las tendencias de fatiga y cansancio que conocen y han formulado los estudiosos de las técnicas modernas de propaganda. En la actualidad los efectos de un sostenido adoctrinamiento misionero por par-

te de una gran potencia están sujetos a esa misma ley, y no sólo en los demás como objetos pasivos de la acción, sino en su mismo centro activo. En consecuencia, el abandono de una posición misionera militante por parte de una u otra superpotencia nada tiene que ver con la renuncia en su política a una perspectiva global. El análisis detenido de algunos fenómenos actuales —dentro y fuera de las grandes potencias— quizás permitiría confirmar en su concreción, el principio de la fatiga ante visiones del mundo melladas por el hecho de su reiteración.

El aspecto delicado del tema en la actualidad depende sin embargo de otras razones, que sólo se ofrecen cuando la defensa de una determinada concepción del mundo implica la negación radical de la otra, considerada como la enemiga absoluta fuera de todo pacto y respeto. El caso ha sido ya advertido antes al aludir al sentido necesariamente aniquilador de los conflictos de carácter total, latentes en el más decisivo antagonismo contemporáneo. Pero también la experiencia histórica y la conciencia de sus desastrosos resultados morales —la conciencia del sin sentido del enfrentamiento absoluto— pueden quebrantar, como en el fin de las grandes guerras religiosas, tanto la postura de afirmación como la de negación. Es posible que algo parejo esté ocurriendo en nuestros días, sobre todo cuando el enfrentamiento doctrinal incluye problemas técnicos susceptibles de un examen desapasionado.

Sin embargo, el momento reconocidamente grave y difícil en la maduración de la *détente* es el de la vinculación de una doctrina con un principio de legitimidad. Su abandono completo —quizá no tanto el parcial y fragmentario— equivaldría a la destrucción de aquel principio. Reconocido el hecho, que apenas es secreto para nadie, es difícil especular

sobre lo posible. Los análisis prospectivos requeridos en este punto han de ser muy concretos y seguirse paso a paso, casi por día, sin negar de antemano un horizonte de flexibilidad, dada la gran

variedad de posibilidades objetivas que ofrece el mantenimiento de una posición conservadora capaz de guardar las formas en medio de importantes mutaciones de hecho.

La regionalización

Los internacionalistas que consideran a la "desglobalización" como una de las consecuencias de la *détente* ven como el otro lado de la medalla la tendencia a un recogimiento en la regionalización. Esta supuesta regionalización puede ser impugnada sea en su posibilidad o bien por su sentido, es decir, en un doble aspecto. Empecemos por recordar que la sospecha de que las superpotencias actuales puedan perder una perspectiva universal es por sí misma dudosa o problemática. Sucede más bien al contrario, que dada la creciente interdependencia del mundo esa perspectiva (globalizante) no sólo habrá de continuar en las posiciones de las grandes potencias sino extenderse de modo forzoso, como condición de supervivencia, a todos los demás países, sean grandes o pequeños. Pues ninguno está exento de tener que reconocer —parafraseando el dicho clásico— que nada de lo que sucede en el mundo les puede ser ajeno. En segundo lugar, la regionalización no es una novedad que pueda ser alentada por el abandono de la referida perspectiva, sino una realidad ya existente que se ofrece en la notoria presencia de distintos bloques. Bloques, por lo pronto, de naturaleza político-militar, como los anteriormente señalados, pero asimismo otros de carácter económico, que no coinciden plenamente con los primeros. En la actualidad junto al bloque socialista de predominio soviético —entre paréntesis por ahora la China también socialista— está el bloque de las

sociedades industriales de economía de mercado, que se destaca con igual nitidez. Retorna así en este punto la tendencia ya señalada a confundir o identificar las formas distintas de poderío en lo estrictamente político y en lo económico. De esta suerte, si el triángulo decisivo en las puras relaciones de poderío es el de Estados Unidos, Unión Soviética y China, el bloque de las relaciones económicas de intercambio entre los grandes centros neocapitalistas es también de carácter triangular, con el mismo protagonista en uno de los vértices mientras los otros dos se fijan ahora en la Comunidad Económica Europea y en el Japón.

Para algunos países, los de América Latina en particular, es cabalmente este triángulo el que domina en su escena desde la perspectiva económica. ¿En qué medida y por cuánto tiempo subsistirán estos bloques y su poderosa gravitación? La respuesta es una de las cuestiones más importantes de todo análisis prospectivo en la actualidad. Hay sin embargo algo evidente, susceptible de ser destacado de antemano y que radica en el sentido que pudiera tener la supuesta regionalización como resultado de la postulada *détente*. Pues la persistencia de éstos u otros bloques, la fijación regional de intereses e influencias, contradicen y anulan los propósitos de la nueva organización de la paz como el núcleo de las esperanzas que subyacen para todos en la maduración efectiva de la distensión. Nadie puede pensar que en el transcurso inicial de su

proceso se disuelvan por ensalmo los bloques de uno y otro tipo por hoy dominantes y sus respectivas pretensiones hegemónicas; pero el éxito finalmente valioso de la distensión se encuentra precisamente en la recíproca limitación de tales pretensiones en beneficio de la capacidad de maniobra de todos los demás países.

Parece en consecuencia innecesario insistir en lo que la supuesta regionalización habría de suponer. En sus aspectos de potencia —político-militar— llevaría consigo la consolidación en forma monolítica y sin escape alguno de las infortunadas zonas de influencia. Y dentro de ellas la fijación, como los internacionalistas señalan, de los distintos tramos de dominio que a partir del cordón de seguridad inmediatamente próximo —el glacis de la fortaleza— abarcaría con extensión variable los territorios comprendidos hasta la frontera de otras zonas. En sus aspectos económicos la subsistencia de bloques —cuyo influjo favorable o desfavorable no cabe desconocer y debe examinarse en cada caso con la mayor objetividad— supondría con la subsistencia de los obstáculos tradicionales en la diversificación del intercambio, la continuación del deterioro del mercado internacional en que todos participan, grandes o pequeños, gobiernos socialistas o empresarios de los estados capitalistas.

Para terminar estos párrafos destinados a situar el juego de las relaciones de poder durante el intento de distensión de la estructura asentada por obra de la guerra fría, sólo quedan dos cuestiones que ocupan en particular la atención de los especialistas, pero cuya consideración detenida, sin negar su importancia, tiene para los fines de este escrito solamente un interés secundario. Una de ellas surge de la siguiente pregunta: ¿Cuáles son las potencias beneficiarias de las actuales circunstancias y cuál es por

lo tanto su situación en el próximo futuro? La respuesta suele coincidir en señalar tres principales, aunque se añadan otras más inseguras en cuanto a su posible gravitación y que pueden dejarse por eso entre paréntesis. Las referidas potencias beneficiarias son señaladamente, Europa, la China y el Japón. Pero aunque se evite entrar en el tema en estos instantes, debe recordarse que cuando se trata de cuestiones de poderío no sólo importa la capacidad militar y junto a ella la potencial de una estructura económica sólida, sino asimismo la voluntad política de los dirigentes y de los ciudadanos en que aquéllos se apoyan y que al mismo tiempo orientan. Sin la presencia de una decidida voluntad política, toda referencia a los otros supuestos de poder es por sí misma inoperante.

Es China naturalmente la que suscita mayores perplejidades y en consecuencia más opiniones contrapuestas. Se discute si es ya una superpotencia al nivel de las otras dos o si es sólo una gran potencia que con peso menor ha hecho sin embargo una entrada espectacular y decisiva en la arena internacional. Como unidad económica está lejos de ocupar todavía el tercer lugar en la jerarquía de la producción industrial. Se insiste en los largos esfuerzos que le esperan para alcanzar un primer plano en los indicadores del producto bruto, dada la inmensidad de su población y los resultados todavía imprevisibles de un sistema de socialismo igualitario mantenido hasta ahora con rigurosa fidelidad. Su capacidad militar, aunque disponga de armamento nuclear, parece por hoy más defensiva o de contención que ofensiva y de amenaza. Por otra parte se destaca, no obstante su influjo político en algunos países del tercer mundo, que China ha exhibido tanto hoy como en su larga tradición milenaria escaso espíritu misionero o de expansión mesiánica; ha desempeñado

más bien muy segura de sí misma —el “centro de la tierra” en definitiva— un papel reiterado de atracción cultural y ha mostrado una asombrosa capacidad de asimilación de sus propios invasores.

Dicho sea de paso, el interés que hoy despierta este país en todas partes —como habrá de anotarse luego en el campo de las ideologías— recuerda el suscitado por la China tradicional entre los europeos ilustrados del siglo XVIII y que se renueva de continuo en el profano en todo contacto aún superficial con algunos libros de los mejores sinólogos. La atracción intelectual ejercida por China ha sido una constante que ahora revive con la experiencia de su revolución y de sus sucesivos avatares, indudablemente difíciles de entender a la distancia aún con ayuda de las más claras exposiciones.

Volviendo sin embargo a la realidad contemporánea, parece indiscutible que China es la gran beneficiaria de las transformaciones actuales en los sistemas de poder. Japón es una decidida potencia económica con su propio juego asiático y un peso importante comercial y financiero para el resto de los países. Pero todavía bajo la sombrilla nuclear protectora de los Estados Unidos, no es fácil predecir cómo y en qué momento podrá actuar con plena autonomía política en las relaciones internacionales. Respecto de Europa —la Comunidad Económica Europea, mejor dicho— no es necesario repetir lo ya expuesto y conocido. Un imponente espacio económico, no es todavía un área política unificada con órganos propios y autónomos en las decisiones de poder internacional.

Difusión del poder o vacío de poder

La segunda cuestión planteada por los expertos se incluye sin duda en el campo de la sociología del poder sobre la que se ha venido discutiendo en sus grandes trazos; pues pertenece decididamente a sus intereses de conocimiento la consideración del problema de si las alteraciones en las relaciones de poderío descritas como presumibles en la época de la posible *détente* constituyen en realidad una difusión o un vacío de poder. El análisis detenido del problema llevaría demasiado lejos. Puede argumentarse en primer lugar, que la ampliación del “club” de los países con armamento nuclear es un peligro capaz de descomponer el comedimiento voluntario —el equilibrio disuasivo— de las dos superpotencias. Una potencia menor puede vender sus armamentos de ese tipo o parte de su potencial de generación nuclear a otros países en trance de conflicto. Y también

se ha anunciado el temor de que baste una modesta posesión de armas atómicas para convertirla en elemento de chantaje en el caso de desesperación de algunos pequeños frente a la conducta de los grandes. Aparte de semejantes posibilidades, el vacío de poder —consecuencia de la renuncia o indiferencia de las superpotencias— podría manifestarse en el estallido de ciertos conflictos de arrastre histórico entre países medianos o menores, y aunque sólo se emplearan en ellos las denominadas armas convencionales, sus efectos no serían menos destructores dadas las menores dimensiones espaciales de su empleo. En el supuesto vacío de poder se incluyen también otros fenómenos conocidos que pudieran extenderse o imponerse en determinadas situaciones y momentos: la guerra de guerrillas o los actos del terrorismo organizado. La guerra es un camaleón, ha dicho con acierto

R. Aron. Pero hemos de abandonar estas cuestiones no sólo porque nos alejan de nuestro tema, sino en virtud del supuesto ya declarado de que el verdadero sentido de la *détente*—su éxito o su fracaso— estriba en que a través de su proceso y de su logro se pongan las bases de una paz que haga difíciles o muy problemáticos semejantes fenómenos.

Terminada nuestra rápida incursión en el campo estricto de las posiciones de fuerza en las relaciones internacionales en la actualidad, que sólo vale como imprescindible telón de fondo, se trata ahora de enfrentarnos con aquellos aspectos de la *détente* que más nos afectan de modo directo, tanto en la dimensión existencial como en lo que respecta a los intereses de conocimiento de una ciencia social sin acentuación de especialismo. Se dijo ya por adelantado cuál es ahora nuestra inmediata perspectiva. Una que debe esforzarse por fijar hasta donde sea posible las consecuencias de la *détente*. Es decir, sus presumibles repercusiones en los distintos ámbitos de la política interna, de la ideología y de la actividad económica, en la medida, claro es, en que puedan considerarse analíticamente al menos como campos separados. Previa,

sin embargo, a este intento es inescusable una reiteración metodológica. Primero, que se impone postular desde el comienzo, suspendiendo toda clase de dudas, que la distensión es un proceso en marcha aunque no se encuentre aún plenamente maduro. En segundo lugar, que los análisis en prospectiva derivados por necesidad del ensayo emprendido no pueden pasar de ser meramente exploratorios; demarcan un cuadro de presuntas situaciones cuyas condiciones de posibilidad objetiva sólo pueden precisarse mediante el acopio de detenidos estudios empíricos fuera de nuestro alcance en estos instantes. Sin embargo, las proposiciones que puedan formularse no son por eso puramente especulativas—en su tenor literal— porque se apoyan en experiencias de la realidad aunque todavía no permitan las imputaciones causales a que aspira toda interpretación de carácter científico. Huelga insistir por lo demás en que los supuestos de nuestro inmediato examen y las proposiciones que los contienen se encuentran ya en expresiones distintas de una bibliografía abundante en que son partícipes conocedores competentes de la más diversa filiación y especialidad.

La búsqueda de una nueva identidad

Suele señalarse como la repercusión más inmediata de la *détente* sobre las potencias protagonistas principales y sus aliados en el campo político interno, la necesidad de una toma de conciencia del actual funcionamiento de sus respectivas instituciones. Es decir, la urgencia de un examen de sus actuales sistemas políticos—órganos, usos y procedimientos, etc.— y de los caracteres de la personalidad y de la cultura política que en las mismas se definen. Se afirma así como posibili-

dad cercana lo que en términos anglosajones aparece como la búsqueda—reminiscente de una psicología social de herencia freudiana— de una nueva identidad, o sea, el intento de encontrar una autodefinition de sí mismas a la altura de las modificadas circunstancias.

El argumento, que no siempre procede en esta forma explícita, parte de la vieja idea de la primacía de la política exterior sobre la interna. El cambio profundo en la primera que lleva consigo la propuesta

de distensión no puede menos de reflejarse en la segunda, al perder ésta parte importante de sus metas y orientaciones. La estructura de la guerra fría, con su limitación rigurosa del enemigo y de las doctrinas antagónicas, fijaba al mismo tiempo el ámbito de las contraposiciones internas, de lo tolerable tanto como de lo inadmisible. El juego de las ideas y de las organizaciones políticas estaba demarcado por el peligro que la presencia del enemigo significaba. Una manifestación concreta de venerables proposiciones sociológicas acerca de las relaciones entre grupo propio y grupo ajeno. Las alteraciones en la figura del grupo de referencia ajeno inciden en la naturaleza y tipo de la cohesión del primero. En la medida en que los protagonistas de la guerra fría se encuentran liberados de las constricciones que imponía su rígida estructura, se sienten por el contrario obligados a encontrar nuevas maneras de consenso. La fórmula de la búsqueda de una nueva identidad no es otra que la de la preocupación por encontrar un nuevo consenso político. El proceso y más aún el pleno logro de la distensión implica una crisis generalizada de ese consenso en la forma vigente durante muchos años. Y la crisis de ese consenso arrastra consigo, no hay que decirlo, al examen de la validez, tenida por sí misma como evidente hasta hoy, de unas u otras instituciones.

Esta exigencia de revisión reflexiva de la propia estructura política, implicada como una de las consecuencias inmediatas de la distensión, viene a acentuarse con las imposiciones del acontecer histórico. Pues se piensa que en los años más próximos se impone por uno u otro lado una renovación de los cuadros dirigentes; en algún caso por el mecanismo del sistema electoral, en otros por la ley inexorable del ciclo vital que adelanta al primer plano a nuevas generaciones.

Los argumentos expuestos son enteramente plausibles, es decir, por completo razonables en los supuestos en que se apoyan. Pero a esta forma de discursar sociológica hay que añadir la que deriva de la experiencia histórica, la cual delata el desgaste general de unas instituciones que llevan por estos días numerosos años de existencia. Sin una historia detenida —en lo económico y político, lo social y lo cultural— de éste próximo pasado, de una época que desemboca en nuestros tiempos con manifiestos signos de deterioro, de visibles transformaciones —dicho en forma neutral— es muy difícil entender y más aún comprobar la referida hipótesis que imputa al hecho de la distensión— quizá un efecto en sí mismo— la determinación o condicionamiento necesarios si no suficientes de los muy serios problemas de consenso político en que se encuentra en estos momentos la mayoría de los estados nacionales. Pero semejante historia no puede ser ni de lejos la tarea de estas páginas.

La denominada búsqueda de una nueva identidad vale por igual por todos lados y apenas si tiene excepciones. Vale lo mismo en efecto para los Estados Unidos y las democracias occidentales, como para la Unión Soviética e incluso China.

Los Estados Unidos y los principales países industriales de Europa occidental tienen de común haber ofrecido durante dos décadas lo que parecía irrefutable prueba histórica de la equivalencia o paridad entre riqueza y democracia, y que era el modelo que los teóricos de la modernización exhibían con insistencia a todos los países en supuesto retraso como la meta futura de su destino. Hay que reconocer que para los europeos no dejaba, sin embargo, de ser novedosa. Tanto es así que ante la innegable expresión gráfica de esa situación en la figura de bulbo de su estratificación —por in-

greso o por status— los sociólogos del continente de la más variada filiación —de izquierda o derecha— gastaron no poco tiempo en definir el sentido de ese tipo de sociedad: ¿Cuál es la denominación que conviene a las sociedades industriales desde esta perspectiva? ¿Homogéneas? ¿De sectores medios? ¿De clases medias, relativamente niveladas? La precisa respuesta no importa por ahora. Sí, en cambio, el hecho de que en esa estructura parecían desaparecer de su superficie las grandes tensiones sociales de otros días y de que por la vía de su institucionalización o del compromiso quedaban en el trasfondo —no suprimidas desde luego— las diferencias y antagonismos de clase que se manifestaron tan agudos en la previa historia social de esos países. Es cierto que Europa occidental no había cumplido las esperanzas de todos los que aguardaron de ella la realización del primer modelo de un socialismo liberal, sin ejemplo concreto todavía en la historia. Pero se aceptaba con beneplácito, aun por esos mismos interesados, la aproximación que significaba semejante estructura social, fundada en un sistema económico de predominante carácter mixto. En los últimos años la situación se muestra menos satisfactoria y aparecen signos de resquebrajamiento por diversos lados.

Las circunstancias actuales de la mayor potencia democrática, los Estados Unidos, son de todos conocidas y su examen detallado no nos corresponde ahora. Las repercusiones internas de la aventura vietnamita, la eclosión de insospechados escándalos políticos y otras inconsistencias de su régimen mantienen la impresión de la urgencia en que se encuentra el país de esforzarse por reconstituir su agrietada personalidad; tan prominente hasta hoy para todos que, como se ha observado con justeza, lo que pasaba en esa nación —en lo bueno y en lo malo— repercutía en los demás de manera casi

inexorable. Piénsese en los efectos de la rebeldía juvenil y de los distintos conatos de “contraculturales” que germinaron en su seno para circular más o menos atenuadas por muchos otros países. ¿Qué es lo presumible en el reencuentro de la nueva identidad buscada? ¿Cuáles son los elementos que acabarán imponiéndose y que los conocedores señalan? ¿Una reacción de extrema derecha? ¿Una u otra forma de radicalismo? ¿O se reconstruirá la línea de su “progresismo” tradicional —más o menos conservador— en sus instituciones democráticas? Los próximos años nos lo irán mostrando, aunque no dejan de existir pronósticos razonables.

Todas las democracias industriales tienen por lo general ante sí, en la búsqueda de su propia identidad, el mismo problema, que no es otro que el escollo que la aprehensión futurológica de Tocqueville señaló hace ya muchos años: el peligro de una democracia abocada a convertirse en una tiranía mayoritaria con olvido de su gran componente liberal. Pero también es verdad que por el lado de esta veta existe hoy la amenaza de que la posición liberal se confunda con la exclusión de toda capacidad de mando y gobierno.

Parece por eso como próximo esfuerzo común de todos los sistemas democráticos una tarea de restauración. Restauración, palabra mal afamada en muchos círculos y que importa por eso liberar de todo equívoco. Pues no se trata de un arreglo o lavado de las fachadas existentes en sus visibles desconchados, sino de una reafirmación lo más a fondo posible de sus cimientos. Significa simplemente reconstruir todo lo que la vida histórica ha mostrado como perdurable y válido dentro de las inspiraciones originales. Es decir, todos los elementos —de valores y de organización— que se mantuvieron firmes en el sismo contemporáneo y que

no son demasiado pocos. Por eso se ha podido hablar con razón de las tareas de un nuevo liberalismo, tal como ha insinuado entre otros R. Darhendorf desde su perspectiva europea. Y que por ser a nuestro juicio una de las mejores síntesis, importa retener en sus propias palabras: "Un programa de defensa liberal puede concebirse hoy con el propósito de salvaguardar los efectos benéficos de la 'ciudadanía' frente a los peligros de perversión que lleva consigo el intento de su desmedido perfeccionamiento". Y señala de esta suerte algunos de los límites que ya se están transgrediendo. Los límites en la educación a la clásica idea de la igualdad de oportunidades, los límites en la acción política de una concepción desorbitada de la participación, capaz de inmovilizar todo sistema político; los límites de una pretendida democracia sectorial que sólo favorece en esa fragmentación a los intereses de grupos particulares. Sin el reconocimiento de esos límites la tradición liberal está en peligro de estrellarse. "Existe una tendencia suicida en 'el ciudadano', una pulsión hacia la muerte que parece notoria en los días de hoy". En una palabra, los peligros de las democracias actuales parecen manifestarse como fenómenos de erosión, que la publicidad —sin duda relativa— de sus regímenes permite descubrir con cierta facilidad.

En cambio, se dice, los peligros de los sistemas socialistas de inspiración soviética residen en la posibilidad de fenómenos más ocultos de explosión, de rápido estallido de comprimidas tensiones latentes. Cuestión delicada en esta forma de planteamiento y que sólo con reservas podría aceptarse como punto de partida de un ensayo prospectivo. Los que andan por fuera del círculo casi esotérico de los kremlinólogos sólo pueden seguir unas pocas pistas en la prospección de los rumbos posibles en la nueva forma de

conciencia política del mundo soviético como consecuencia de la *détente*. Entre ellos se hallan los indicadores de la minoría cuestionante dentro del país o en el exilio, que poco permiten saber acerca de su extensión. De aceptar al pie de la letra las declaraciones de un famoso novelista, el volumen de escepticismo y de aceptación resignada o cínica de las doctrinas oficiales sería de tal magnitud, que lo difícil en tal caso consistiría en poder comprender cómo basta la represión para contener sus efectos. Es de presumir más bien que la mayoría de los protestatarios no atacan al sistema en que han nacido en cuanto tal y de modo directo, sino sólo un número mayor o menor de sus imperfecciones que sólo pueden captarse como vividas desde dentro. Otra pista se pone de manifiesto en la producción intelectual de universitarios de los países satélites, que giran en lo fundamental en torno a las promesas todavía incumplidas del salto al reino de la libertad en la fase imprecisa del comunismo pleno o de la supresión total de cualquier tipo de enajenación. De esta crítica filosófica derivan las desviaciones heterodoxas más extendidas en occidente. Ahora bien, si la primera pista postula una apoyatura estática hoy desconocida o insatisfactoria, la segunda circula por cimas de naturaleza metafísica que son inalcanzables por lo común a lo que pudiera ser opinión pública corriente. Las condiciones de posibilidad objetiva —las que ahora nos interesan— se encuentran posiblemente en un terreno menos sublime, pero mucho más próximo en cambio a los afanes cotidianos. Lo que permite al análisis sociológico más elemental sospechar que las condiciones en la mencionada busca de su nueva identidad de la potencia soviética se encuentran cabalmente en la efectividad de sus propios éxitos.

Poniendo entre paréntesis toda doctrina, el hecho que nadie puede negar es

que la política socialista soviética ha puesto en pie y mantenido una sociedad industrial en el mismo plano de realidad que las occidentales y con sus propios y peculiares logros económicos, educativos y sociales. Pero esa sociedad industrial presenta hoy no pocos problemas similares a los que se ofrecen por el lado occidental. No se trata de revivir la teoría de la convergencia, claro está, pues exista o no en ciertos aspectos, lo que interesa en definitiva es que las transformaciones internas ocurridas en la sociedad soviética han obligado ya y forzarán todavía más en el futuro a un esfuerzo de adaptación a ellas, o dicho en sus términos convencionales, a la adaptación de la superestructura política y cultural. Tendencias consumistas en la población, la formación de nuevas capas sociales frente a las burocráticas dominantes, las aspiraciones distintas de los nuevos grupos dirigentes, con las contradicciones o antagonismos entre sus recíprocos intereses, constituyen las condiciones reales con las que tiene que enfrentarse la orientación política soviética en los próximos años. Es posible añadir y tomar en cuenta un posible conflicto generacional como el conocido en nuestros lados, ya que la hora de la sucesión de los viejos mandos es inminente. Aunque a este respecto no deje de sostenerse que la solución del problema parece más fácil en la medida en que funcione y subsista un sistema de cooptación, porque éste permite seleccionar a tiempo entre los grupos más conformistas —cualquiera que sean sus motivos— eliminándose así la ocurrencia de cambios demasiado bruscos.

China no se exime de pasar por una situación semejante, a pesar de su experiencia de intensas mutaciones internas, con flores o sin ellas. También tendrá que buscar pronto frente a la distensión y a la sustitución de sus viejos cuadros, el

logro de una nueva identidad ante sí misma y de cara al campo internacional en el que hace tan poco tiempo hizo su aparición. Pero en el caso de China todo intento de prospectiva tropieza —al menos por lo que a nosotros respecta— con el equilibrio de fuerzas entre la fascinación y la ignorancia.

El esquema de estas posibles mutaciones en el campo interno derivadas del hecho de la *détente* aunque sólo se ofrezca como proceso en marcha, con sus avances y retrocesos, explica la ambigüedad que mantiene y a la que antes se aludió. Pues no sólo suscita suspicacias políticas y temores en los que todavía defienden sus posiciones habituales previas a la distensión misma, sino que se ve con ojos muy distintos por los más directamente afectados. Por eso esa ambigüedad es más patente en los países europeos occidentales que siempre han temido ser las primeras víctimas fatales de una catástrofe derivada de una falta de entendimiento. De ahí que sus contradictorios temores —y sus correspondientes versiones políticas— subrayen más que en otras partes los equívocos inherentes todavía en la distensión. La finlandización de Europa es por eso un fantasma tan amenazante como el otro bautizado en difícil verbalización con el nombre de un país latinoamericano.

Sea de ello lo que fuere, las presunciones sobre un cambio en la cultura y personalidad políticas de las principales potencias afectadas por la distensión son, al parecer de muchos y según lo expuesto, fundamentalmente razonables. El auténtico futuro sigue en cuanto tal como una incógnita, pero los efectos de las posibilidades objetivas de la distensión son hasta cierto punto diseñables en el campo político como en el económico y otros más, siempre que se tengan presentes las posibles formas o escenarios de la misma de que luego se hablará.

Las ideologías y la distensión

Quizá en ningún otro campo como en el ideológico sean más fáciles y claros de abocetar los efectos casi inmediatos de la distensión. Todas las posiciones de oposición y combate, todos los antagonismos y pugnas, sean dentro de un país o en sus relaciones mutuas, estuvieron encubiertas por las ideologías dominantes en una u otra de las dos superpotencias enfrentadas. Hubiera o no incursiones misioneras, la situación se habría presentado idéntica por las exigencias de justificación doctrinal contenidas en la estructura de la guerra fría. Ninguna de las dos fuerzas podía renunciar sin peligro a semejante autojustificación; obedecían desde luego a la tendencia de cualquier poderoso o triunfador, de cualquier privilegiado, válida en todo tiempo, de fundamentar ante los demás sobre razones morales —filosóficas o religiosas— el disfrute y ejercicio de aquel poder, privilegio o simple distinción. La estratificación social nunca se ha dado a secas, sino con su correspondiente apoyo doctrinal. Pero además en este caso en forma más aguda que en el de los antagonismos posibles entre diferentes capas sociales. Al representar la situación límite de una contraposición extrema y casi absoluta entre dos poderes adversarios, la necesidad de justificación tenía mayor amplitud, pues no sólo valía ante el enemigo como argumento razonado de la oposición y ante la opinión pública interna como requerimiento de cohesión, sino que se refería por igual a todos los supuestos terceros que pudieran en principio sentirse ajenos a la contienda; una contienda que en definitiva no podían esquivar por razones de supervivencia o de ventaja e interés. Por eso, ya se dijo antes, la estructura de la guerra fría involucraba a todos en semejante pugna, la cual se

reflejaba con la misma distribución de posiciones tanto en la política interna como en la internacional. Una distribución que no podía menos de girar siempre en pro o en contra de una u otra de las ideologías de legitimación. Con lo que no basta considerar su relación de polaridad, por importante que sea, sino la naturaleza enteriza y de una pieza con que se ofrecían. Pilares de una estructura de convivencia, tenían que aceptarse íntegros por todos los que entraban en el juego de su antagónico mantenimiento por unos u otros motivos. Sólo se toleraban aquí o allá menores discrepancias siempre que no pusieran en peligro el concierto de coexistencia establecida. En consecuencia, el imperio de las dos contrapuestas ideologías fue por muchos años casi absoluto.

El interrogante de hoy es si la *détente* traerá necesariamente, tarde o temprano, una pérdida de importancia de la contraposición ideológica hasta hace poco dominante. Ahora bien, la quiebra o simple atenuación de su imperioso influjo puede tener dos efectos independientes o combinados. Por un lado, la transformación de esas ideologías liberadas ya de su condición de pilares berroqueños. Por otro, la aparición de un vacío ideológico en muchos de los antes obligados a seguirlas con la más aquiescente fidelidad. Por último, la pérdida de la investidura ideológica como peso decisivo en la negociación de ventajas económicas y de protecciones políticas. La desvalorización de la contraposición ideológica dejaría así a unos y otros países abandonados a su propia suerte frente a un campo abierto de creación doctrinal.

La interrogante ahora planteada ha despertado la atención de diversos estudiosos aventurados en la prospección del

horizonte ideológico del mañana. Es cierto que pudiera parecer cosa nada nueva, porque ya hace años que comenzó a hablarse del fin de las ideologías; pero en estos términos el problema era falso por causa de su mal planteamiento. Es improbable que las ideologías como tales desaparezcan en el futuro. De lo que se trata es del cambio o puro desgaste incluso de éstas u otras ideologías concretas. Desgaste al que siempre han estado sometidas desde luego, como todas las instituciones humanas.

El actual planteamiento es distinto, porque no se trata de pronosticar en general, sino de averiguar lo que es realmente posible en el campo ideológico cuando penetran en él los efectos de las distensiones de poder y de la rápida o lenta disolución de la estructura que esas relaciones de potencia mantuvieron por largo tiempo con toda clase de medios y mecanismos.

Entre los investigadores del mencionado vacío ideológico destacan a mi juicio las presunciones de un sociólogo, A.J. Vidich, que lo califica a este respecto como el de una "descentralización ideológica"; por la que no entiende de modo alguno el retorno de viejos nacionalismos o el agotamiento funcional de las organi-

zaciones y sistemas internacionales actuales con su creciente racionalización, sino el predominio de intereses locales o "parroquiales" en las maneras de enfrentarse con el conjunto de todos esos procesos universales. No es necesario aceptar todas las consecuencias que Vidich contempla para reconocer en lo fundamental el significado válido de su proposición. Es decir, como antes quedó insinuado, que los poderes menores antes satelizados quedarían librados, para bien o para mal, a la creación de sus propias doctrinas o puntos de vista ideológicos.

Situación que en modo alguno significa que la desaparición del antagonismo polarizado dé paso inmediato a un mundo sin conflictos y enfrentamientos; al contrario, la pérdida de influencia de las ideologías tradicionales puede dar lugar en los intentos de su sustitución a "nuevos estilos de conflicto y desorden". Una propuesta en definitiva de análisis prospectivo que sólo puede realizarse en forma concreta según las particulares circunstancias de cada país. En todo caso se trata de uno de los temas más atrayentes con que ha de enfrentarse el pensamiento contemporáneo. ¿Qué puede traernos el vacío ideológico que dejan tras sí en su "paridad" las dos grandes doctrinas en pugna?

Las ideologías del desarrollo

Quizá el más inmediato reflejo de ese vacío ideológico y su implícito aliento de nuevas maneras de pensar se dé precisamente en la esfera que ahora más nos interesa, la de las ideologías de desarrollo. ¿Puede aceptarse esta expresión? En parte sí y en parte no, cosa que convendría examinar. Pero su empleo no puede escandalizarnos cuando en los días actuales se nos habla del desarrollo como mito

—antes se dijo de la planeación asimismo—, hay lamentos sobre los desengaños del desarrollo o se le tiene por esquivo. Vale la pena detenerse por un instante en lo que se pretende decir cuando se declara que el desarrollo es un mito, pues el significado es equívoco. Cabe interpretar al mito en su estricta significación soreliana; en tal caso, se ofrece como una potente fuerza de movilización capaz de

estimular entusiasmos y esfuerzos en el cumplimiento de cotidianas tareas económicas que sin él se deslizarían en la rutina tradicional. Pero a su vez ese mito, en la forma en que se ha vivido, ha consistido en la confusión del desarrollo con el crecimiento. Una concepción puramente economicista, como señalaba con acierto Celso Furtado. Con el desarrollo como ideología ha ocurrido tres cuartos de lo mismo, aparte de presentar otras y nuevas notas. En primer lugar, no es correcto calificar de ideológico al desarrollo en la medida en que concierne a un problema puramente científico y que se formula por lo tanto dentro de una ciencia muchas de cuyas proposiciones no pueden ser desdeñadas por nadie sino a su propia costa y peligros. Pero todo el mundo sabe que las teorías de la ciencia social suelen originar, quiérase o no, efectos ideológicos —extraños a sus fines de conocimiento— y que se le imponen como un nimbo en beneficio de otros intereses. Pero no es cosa de extenderse ahora sobre esta permanente amenaza de la razón científica. Tampoco se han planteado históricamente las exigencias del desarrollo como un azar caprichoso, sino como la toma de conciencia en un momento dado de problemas reales que por primera vez parecían solubles aparte de moralmente intolerables. Por eso la necesidad efectiva del desarrollo —del crecimiento puramente económico incluso— sigue presentándose en forma aguda todavía en muchas partes, por esquivo que haya resultado su logro y a pesar de los desengaños que haya podido producir.

No ha de olvidarse, sin embargo, que la idea del desarrollo fue fomentada y alentada desde fuera en fechas muy precisas en los países tenidos como "atrasados" por aquellos otros que marchaban a la cabeza del proceso industrial y que la difundían de acuerdo con su propia experiencia. La ideología del desarrollo era

la forma política y doctrinal que revestía la supuesta solución de un problema técnico por influjo de una u otra de las potencias dominantes. La ideología del desarrollo consistía en el carácter de verdad excluyente y casi absoluta con que se presentaba esa solución dentro de un sistema históricamente determinado. Y tal como en el resto de la pugna ideológica no cabía sino una elección entre los dos modelos ofrecidos. La descentralización ideológica que se postula como resultado de la distensión se presenta como un desafío, lleno a la vez de grandes oportunidades y de no menores peligros. Porque el horizonte más abierto que ahora enfrenta la capacidad inventiva en el campo del desarrollo, muy lejos de implicar una fantasía sin trabas, exige atenerse por el contrario a las condiciones de posibilidad que ofrece una realidad muy determinada en cada caso, dependiente de coyunturas, de experiencias ya realizadas y de ideales acerca de la imagen futura de la sociedad, muy diferentes en cada uno de los países que quisieran aprovechar en el día de hoy facilidades antes inexistentes. Quiere esto decir que respecto al tema de los estilos de desarrollo, hoy en el tablero de la discusión, no puede dudarse de que la *détente* abre posibilidades de nuevas opciones no limitadas a la alternativa entre los modelos principales —alternativa quebrantada ya por la experiencia china— aunque por otra parte este campo de opciones siga limitado. Pues como antes se indicó, nuestras posibles preferencias por un determinado estilo de desarrollo —efectivamente existente o teóricamente construido— tropiezan siempre con el hecho de que cualquiera de ellos depende para su realización del marco de facilidades y dificultades que en una situación y momento dados se muestran como forzosas condiciones de coyuntura para un país o grupo de países determi-

nados. Los recursos materiales y humanos existentes, los rumbos que derivan de inserciones de carácter geográfico o político y de persistentes tradiciones culturales en los usos y actitudes de viejo arraigo que las constituyen, el nivel de la organización económica de que se parte, son entre otras más las condiciones efectivas y las tendencias en curso con las que se impone contar en forma ineludible. Quizá lo que podría parecer una opción ideal, un socialismo frugalista e igualitario por ejemplo, sea irrealizable en determinadas circunstancias o sólo a costa de grandes sacrificios y sufrimientos humanos.

Los estilos de desarrollo no cabe imaginarlos en un vacío abstracto, porque siempre forman parte, nos plazca o nos disguste, de sistemas económicos históricos que sólo permiten reformas, adaptaciones o reajustes desde dentro susceptibles de desembocar, sin embargo, en cambios decisivos. Es presumible que la época que ahora se abre para los países en desarrollo por efecto de la distensión entre las superpotencias y por el vacío o descentralización ideológica que de ella deriva, no tanto fuerce a una afanosa formulación de nuevas posturas ideológicas, como a la puesta en marcha de políticas pragmáticas y en extremo flexibles capaces de combinar inteligentemente los elementos difícilmente eliminables que se ofrecen en la realidad y con los que hay que contar como bazas del propio juego. Una política de permanente adaptación a condiciones reales atentamente observadas y en lo posible previstas es por eso más fácil que una orientada hacia mutaciones radicales. La imaginación necesaria para llevar a cabo un proceso de vigilantes negociaciones y compromisos es equivalente en sus dimensiones a la que requiere cualquier otro tipo de invención.

Las repercusiones de la *détente* en el

campo de la economía constituyen por entero un tema inédito. Seguramente por aparecer con menos claridad de contornos que en los ámbitos político e ideológico. Sin embargo, por una curiosa coincidencia aparentemente casual, los comienzos de la recesión económica en los grandes países industriales marchan paralelos con el inicio de la distensión. Es posible que pueda irse más allá del reconocimiento de semejante azar. La recesión misma sume en perplejidad a sus intérpretes economistas, tal como cristaliza en el extraño término, "estanflación", con que se la designa. La cual no tiene, por otra parte, el anecdotario de los momentos dramáticos de otras crisis, pues nadie cree entre los entendidos que la sindicación de los petroleros haya sido una causa decisiva. Aparte de la lección que representa, alarmante para unos y estímulo para otros.

Es necesario confesar que una situación semejante de incertidumbre se encuentra asimismo en los ensayos prospectivos respecto a la recuperación y sobre todo acerca de su relación causal con la *détente*. Que se sepa ningún economista tiene a la recuperación como imposible, aunque no coincidan los plazos señalados, los que varían como es natural de país a país. Pero dada en general por supuesta para los grandes países industriales, brilla por su ausencia —hasta donde sabemos— todo intento por situarla en las nuevas condiciones de la distensión, a menos de que se dude por completo de su posibilidad, cosa que no parece verosímil.

Conocidas las relaciones entre el armamentismo y la expansión industrial en determinados países —a pesar de que algunos las tengan por exageradas en su influencia causal— estaría justificado que se pensase en las consecuencias del pretendido desarme —parcial desde luego, pero mayor o menor— en la reactivación

económica, no sólo de los grandes protagonistas sino de todos los demás. ¿En qué medida, por ejemplo, alguna parte de las sumas ahorradas podría utilizarse en beneficio de los países y de las capas sociales más necesitadas?

Hasta ahora las presunciones referentes a la recuperación son del más estricto corte tradicional. Son en este sentido positivas, pero haciendo aparecer dudosas, en su contraste, las que puedan aventurarse más allá de esos límites. Cabe suponer, en efecto, que aun dentro de las nuevas condiciones de la distensión continuarán los grandes países industriales sus rutas acostumbradas, concentrando por ejemplo en su intercambio recíproco la mayor parte de sus logros de producción. Pero como la distensión tiene uno de sus más fuertes impulsos en el mutuo beneficio de un comercio intensificado considerablemente en sus valores entre las zonas y países hasta ahora antagónicos, cabe también suponer que de llevarse a buen término tales propósitos no podrán menos de traducirse al cabo en una general ampliación del comercio mundial. El mercado internacional más universalizado de esta suerte podrá alcanzar mayores dimensiones normales de las que todos pueden aprovecharse. Esto en la medida en que la *détente* entre en un estado de estable madurez. Pero otras de las suposiciones que pudieran hacerse parecen por lo pronto problemáticas.

Supuesta una nueva situación de riqueza en los países industriales de uno y otro sistema ¿aumentarán en igual proporción sus disposiciones favorables a la ayuda y sostén de los países menos desarrollados? La escéptica actitud de los ciudadanos contribuyentes manifiesta en los últimos años en algunos de los países democráticos, sus renuencias ante lo que consideran una dudosa aplicación de los recursos financieros de ayuda a

otros países de aparente ingratitud, no parecen fácilmente modificables de no tener el *boom* caracteres espectaculares.

Más importante todavía sería poder vislumbrar si la recuperación seguirá por completo en sus viejos carriles o si tendrá lugar por algún lado una auténtica *prise de conscience* de los peligros y amenazas que una copiosa aportación intelectual anuncia para el futuro de los actuales sistemas industriales. Es muy posible que se tomen en cuenta los aspectos más visibles —como directamente sufridos— en las amenazas del equilibrio ecológico, siempre que no puedan trasladarse hacia países distantes menos amagados. Pero si no parece que la sensibilidad por el prójimo lejano sea muy intensa, puede presentarse aún más aguda la denominada preocupación por la posteridad.

Restricciones menores como las impuestas por la crisis petrolera son sin duda presumibles en algunas actividades, así como un interés más concentrado en la escasez de algunos recursos. Pero la expectativa de un cambio psicológico fundamental que modifique en los próximos años las tendencias vigentes en las "sociedades de consumo" parece improbable en las más viejas, que son las que podrían ofrecer a las más nuevas —ávidas de un consumismo fácilmente explicable— los efectos de demostración hasta ahora de signo inverso, los nuevos modelos propuestos a la general imitación. La historia es tardígrada, como decía Ortega y Gasset, y por lo tanto muy lenta en la transformación de los usos colectivos y de los hábitos personales. No es necesario coincidir con los catastrofistas para presumir que las reacciones de cambio sólo suelen darse ante peligros inminentes.

No parece que sean de este tipo en los años inmediatos las evoluciones internas de los mecanismos económicos que obliguen a los grandes países industriales a

encaminarse hacia ese futuro "estado estacionario", sometido ya a diversos sondeos teóricos, tan sugestivos en la prospección de los grandes centros, como despreocupados de sus inevitables efectos en los países periféricos o semi-periféricos.

La primera generalización razonable que cabría hacer, una vez superada la recesión, respecto de los países menos desarrollados, es naturalmente la de que vuelvan a ocupar las posiciones en que se encontraban antes de ella y a seguir sujetos en ellas a sus conocidos avatares. Sin embargo, como las presentes consideraciones se hacen sobre el supuesto de la variable introducida por el hecho de la *détente*, es de suponer que algún efecto habrá de tener este nuevo condicionamiento en el desarrollo de los mencionados países. No puede olvidarse —las reiteraciones son inesquivables— que la consecuencia principal de una distensión en la tirantez de las relaciones de poder entre las superpotencias es, en su caso límite desde luego, el abandono de las potencias menores a su propia suerte cuando en su capacidad de negociación pierden su peso, todavía presente, los aspectos de filiación política e ideológica hasta ahora dominantes. Dejadas de esta suerte a las orientaciones relativamente autónomas de su propio destino, las oportunidades que se les abren pueden ser por eso lo mismo promisorias que desfavorables y

negativas. Todo depende de sus específicas potencialidades en la creación de políticas que exigen una cierta y distinta dosificación de eficaz realismo y de vuelo imaginativo.

En las condiciones descritas sólo puede trazarse ahora en rasgos muy toscos la distinta situación de los países en desarrollo. Los que son en realidad semiperiféricos, es decir, aquellos que a pesar de su heterogeneidad estructural aún persistente en grados diversos, ofrecen con una mayor o menor industrialización otras pruebas de "modernidad" y poseen recursos humanos y naturales suficientes, gozarán de una capacidad de negociación semejante a la de otros países que han pasado o están saliendo de esa fase, y podrán entrar en las voluntarias relaciones de dependencia normal de todos ellos. Países relativamente pequeños pero muy ricos al mismo tiempo —los productores de petróleo, como ejemplo sobresaliente hasta hoy— habrán de gozar naturalmente de una capacidad de negociación muy superior, no exenta de peligros de falso cálculo, irreparables a largo plazo. En cambio, los países medianos o pequeños pobres, con escasos recursos y miseria acumulada, estarán más que nunca en la penosa situación de depender de la ajena benevolencia si no encuentran la manera de integrarse con éxito en configuraciones de mayor tamaño y potencialidad económica.

Las relaciones transnacionales

Casi a caballo en los límites del campo económico por el que discurríamos pero en buena medida todavía dentro de él, se impone una muy breve consideración del significado en la actualidad y en el futuro de las llamadas relaciones transnacionales. No es infrecuente que en cualquier tipo de descubrimiento, o asumido como

tal, se incurra por sus autores en una abultada expectativa acerca de su importancia. Sucede así que en estos años los internacionalistas han percibido que en el campo de sus preocupaciones había algo más de lo que se tenía por evidente y habitual. La vida internacional desde esta nueva perspectiva no se reduce a la

actividad de unos pocos actores, la de los Estados soberanos; sino que es asimismo el resultado de una conducta muy diversificada de otros actores de distinta naturaleza, y que se ofrece como una red, a veces de apretada malla, extendida a través de varias fronteras nacionales, enlazándolas en dimensión horizontal. Lo que se descubre, en una palabra, es la existencia de múltiples relaciones transnacionales de las que las compañías económicas de ese nombre no son más que uno entre otros casos. Aunque quizá sin la carrera de liebre veloz de estas últimas no se hubiera despertado el interés por la especie. En realidad, puestos a escudriñar en este campo, la novedad se atenúa no poco cuando se comprueba la existencia de sus numerosos precedentes en épocas anteriores, como el notorio caso en la actividad económica misma durante el siglo XIX de la esforzada *bourgeoisie conquérante*. El hecho innegable es que semejante descubrimiento ha fomentado por una parte el análisis detenido de sus distintas formas y manifestaciones y que ha pretendido basar por otra, en el abultamiento de su importancia, una teoría de las relaciones internacionales distinta de la tradicional, aunque no siempre exija sustituirla como definitivamente arcaica. Pero sea o no enteramente correcta, debemos hoy a sus estímulos valiosos estudios de detalle.

La existencia de relaciones transnacionales no es, como se dijo, pura novedad. Así lo testimonia el ejemplo continuamente citado del papel de la Iglesia Católica, sujeto prominente en sus relaciones transnacionales por entre las celosas soberanías de poderosos estados. Lo que se ofrece en cambio como novedad en la escena contemporánea es la multiplicación de ese tipo de relaciones con el más diverso contenido. Junto a las de carácter religioso se encuentran las de naturaleza científica y tecnológica, las

que encierran una pretensión política revolucionaria y las que sirven fines económicos y financieros. Las relaciones transnacionales constituyen una gran familia, en las que casi a última hora se integra la vieja *maffia* siciliana ya despojada de su carácter insular. Pero lo que se subraya sin pretender tampoco ninguna novedad, es el carácter por así decir privado de sus actores, que en el caso de tratarse de organizaciones y fundaciones operan sin ningún carácter gubernamental y oficial. Sin embargo, la trama de sus conexiones extendida a un tiempo por diversos países es a veces tan poderosa en sus efectos como la que pueda desarrollar uno u otro gobierno. Y aunque en esa trama se encierren numerosos conflictos, se sostiene que a la larga es de naturaleza integradora. En todo caso diversos países pueden encontrarse unidos por razón de esa trama y del parentesco de intereses que crea, a pesar o a veces en contra de las políticas oficiales de los gobiernos. Es este sentido aglutinante dentro de la política mundial lo que se destaca por los estudiosos de la materia, que miran de reojo los obstáculos que las soberanías imponen. Esto es lo que los impulsa a pensar si no estará anticuado el clásico paradigma de las políticas de seguridad en el campo internacional y si no habrá sonado la hora de sustituirlo por otro cuyo contenido sea una especie de dilatación universal de los objetivos del *welfare state*. Es cierto que pocos toman la propuesta demasiado en serio, porque aunque se reconozca sin grandes dudas la importancia en nuestros días de las relaciones transnacionales, es un hecho no menos evidente que las mencionadas relaciones pasan todavía por los centros de decisión de los estados soberanos —se desconoce por cuanto tiempo aún— capaces de regularlas, modificarlas e incluso utilizarlas cuando así cuadre a sus objetivos. El afán de sustitución de

un paradigma por otro parece en consecuencia precipitado, sin que esto signifique negar el interés de las relaciones así destacadas y la validez de su más amplio conocimiento.

Como en otros terrenos, más útil que la simple enumeración o una clasificación taxonómica sería poder contar con una tipología más o menos provisional. La ofrecida a este respecto por Karl Kaiser es, en espera de otras mejores, bastante satisfactoria. Contentémosnos con anotar las bases decisivas de su construcción de acuerdo con los siguientes tipos fundamentales: centros de decisión multiburocráticos, integración multinacional y sociedad transnacional propiamente dicha. Cualquiera que pueda ser el contenido de las relaciones de que se trata es posible incluirlas en uno u otro de los tipos indicados y por supuesto las de naturaleza económica. Las posibilidades de la política internacional se ofrecen claro es de modo distinto en cada uno de ellos, entre los cuales no sería difícil reconocer, de ser ésta la ocasión, los más notorios ejemplos de sus manifestaciones contemporáneas. Así los proyectos de integración económica regional se incluyen en sus distintas dimensiones dentro del tipo de integración multinacional. Y sería lo acertado dejar este punto con un etcétera, si no fuera porque el análisis posterior de esas políticas transnacionales en general no ofrece una nueva tipología del mayor interés para nuestras actuales oportunidades de acción: es decir, la distinción de una política transnacional de equilibrio, otra con efectos de dominación y una, por último, de penetración exteriormente controlada. Lugar por donde reaparecen las diferencias efectivas del poderío —político o económico— que algunos hubieran querido olvidar o poner entre paréntesis. Ninguna de ambas cosas es desde luego posible.

De coincidir oportunidad y competencia sería el momento de detenerse un poco más en algunas de estas relaciones transnacionales de mayor interés para nosotros, las económicas o las que tienen como resultado la transferencia de conocimientos científicos y tecnológicos. No siendo esto así, es fácil eludir la tentación y limitarnos a insinuar lo estrictamente necesario en relación con nuestro tema.

La cuestión de las compañías o empresas transnacionales se ha convertido en un candente lugar polémico sobre el que se escriben de continuo nuevos libros y artículos. Están en entredicho su constitución y funcionamiento internos, sus efectos en los países huéspedes así como en sus relaciones con los países de origen. Cabe señalar antes de cualquier examen técnico que frente a ellas el ditirambo y la queja se igualan en sus proporciones. Para algunos las mencionadas compañías representan en los finales de esta centuria lo que fueron económicamente las compañías anónimas al declinar el siglo diecinueve. Con la sola diferencia, claro es, de la distinta localización del campo de sus operaciones. Las quejas de los países huéspedes, los menos desarrollados sobre todo, se refieren a su propia impotencia frente al poderío económico de semejantes organizaciones, superior a veces al del propio Estado, y a las dificultades de un control que escapa en sus complejidades contables a los conocimientos y experiencias corrientes de sus burocracias. Huelga la referencia a la posibilidad de otros tipos de intervenciones. Con todo, junto a estas inconveniencias y peligros nadie desconoce las ventajas que derivan de la actividad de las empresas transnacionales: en los menos desarrollados la producción de bienes de otra suerte inalcanzable —de posible exportación por añadidura— y el aprendizaje por técnicos y empresarios de los

procedimientos más avanzados en ese momento.

Alterando naturalmente lo mudable caben argumentos parecidos respecto de la difusión de la ciencia y de los métodos de investigación, en unas u otras disciplinas, gracias a la actividad transnacional de bien financiadas fundaciones o centros universitarios con sede en el extranjero.

Existen desde luego muchos puntos de referencia en que la persona menos imaginativa puede apoyarse cuando se trata de encontrar modos de regulación dentro de un país de las distintas relaciones transnacionales. El tan citado y común ejemplo de las actividades de la Iglesia Católica sugiere de inmediato el instrumento del concordato, extensivo por analogía como forma de convenio sobre materias diferentes de las eclesiásticas. Y existen los que recuerdan como modelo en el terreno económico estricto la configuración jurídica de la compañía anónima en los códigos mercantiles dentro de la tradición del derecho continental europeo, o la acción ejercida por la ley federal y los precedentes acumulados por la Corte Suprema en los Estados Unidos respecto al ámbito de desarrollo de la corporación como tipo de empresa por encima de toda restricción en el comercio interestadual.

Ahora bien, en el caso de las compañías transnacionales su regulación por convenios particulares y restringidos del tipo concordato produciría una diversidad tal de ordenaciones que haría imposible, por su falta de uniformidad, la existencia misma de esas empresas que por sus modos de operación financiera se extienden por distintos territorios nacionales. Y salta a la vista que la aludida construcción jurídica en uno u otro tipo de derecho carece en el caso de las transnacionales de la suprema competencia judicial. ¿Dónde se encuentra por

ahora esa autoridad mundial que la haga posible? Sin embargo, dentro de las organizaciones internacionales contemporáneas no es imposible conseguir un estatuto de las compañías transnacionales válido al menos para el conjunto de unos cuantos países interesados como partícipes en la elaboración del convenio.

Y éste es el punto por el que necesariamente ingresamos al campo más ceñido de nuestro tema. Pues se trata de colegir en qué forma puede tener que ver el fenómeno de la *détente* con el de las relaciones transnacionales.

Téngase en cuenta por lo pronto que la actividad de las empresas transnacionales se ha dado hasta ahora en espacios relativamente limitados del territorio mundial. Y que fue en sus orígenes una invención del sistema capitalista norteamericano, adaptada luego poco a poco por diferentes grupos industriales y financieros de otros países, que en ocasiones tomó la forma de una invitación a una *joint venture* a los capitales menos emprendedores de los países huéspedes. De todos modos la actividad de las transnacionales tendió a limitarse en su extensión al ámbito de bloques económicos bien definidos.

Cabe presumir por consiguiente que una estabilización duradera de la *détente* traería una expansión mucho mayor de las relaciones transnacionales en general y de las compañías de ese nombre en particular. Es decir, que dejaría de tener sus centros motores en unos pocos países, hasta comprender en la *joint venture* que prometen a los recíprocos intereses de las economías capitalistas y socialistas. Punto éste en donde comenzaron cabalmente, recordado entre paréntesis, los iniciales conatos de la distensión. Bastaría tener en cuenta los efectos de esa ampliación interestatal en las operaciones de las empresas transnacionales

para presumir que en proporción pareja crecerían las posibilidades de su control, es decir, el número de los interesados en suscribir un convenio sobre su estatuto internacional. Conclusión a la que puede llegarse también por otro camino, que vale la pena recorrer aunque conduzca a los límites de una configuración todavía utópica. La *détente* sólo tiene sentido, como se ha afirmado, si su proceso más o menos rápido lleva a poner las bases de una paz universal menos frágil que la

existente. En ese posible escenario de la distensión, del que luego se hablará, se encuentran las condiciones mínimas de una comunidad internacional, que en el caso de su mayor logro permitan la implantación y funcionamiento de diversas autoridades mundiales. En este caso límite para lo que interesa en este instante, se encuentra la autoridad a la cual confiar la regulación y vigilancia concreta de las compañías económicas transnacionales.

La dependencia

Interesa —por mantenernos todavía en las fronteras de lo posible, rozadas en los párrafos anteriores— enfrentar una última cuestión más accesible al palpo intuitivo que a la precisión realista. Y que a pesar de los peligros de ofuscación que la rodean, no pueden eludir su planteamiento las aspiraciones de la inteligencia prospectiva. Un tema obsesivo de los últimos años ha sido el de la dependencia, que manejado por algunos en los límites de la verdad que encierra, se ha utilizado por los más como una simplificada clave explicativa de muy diversas realidades históricas. La imputación causal de la dependencia permitía interpretar con facilidad suma no sólo la existencia aquí o allá de ciertas peculiaridades del desarrollo, sino de concentrar en ella todas las condiciones de su por qué. Del lado inverso facilitaba asimismo encontrar de inmediato la fórmula de salvación. Todas las dificultades actuales quedarían resueltas con el simple escape de una dependencia infeliz.

Los hechos históricos no son en modo alguno tan sencillos, pero no es cosa en este instante de examinar el tema en toda su complejidad. Basta con observar que lo único que se tomaba en cuenta

era el tipo de dependencia hegemónica como relación unilateral. De su existencia efectiva nadie tiene la menor duda, pero limitarse a señalar sus efectos de dominación, y no sólo en los campos políticos y económicos, no pasaba de ser una simple operación tautológica. La presencia de poderes hegemónicos es uno de los fenómenos más persistentes de la historia, pero no siempre ha dado lugar a idénticas relaciones de dependencia. ¿De qué clase de dependencia se trata en este caso concreto? Para no sortear el tema en exceso tengamos sólo presente —concesión extrema— las relaciones de dependencia que se forman en el dominio del sistema capitalista contemporáneo. Indudablemente varían de momento a momento y de país a país. ¿Cuál de ellos escapa por completo a uno u otro de sus efectos? ¿Constituyen siempre un límite insuperable? ¿Permiten en todo caso explicar las diversas singularidades nacionales y todas sus fases y grados de desarrollo? La dependencia en que dentro del "sistema" se encuentran hoy Francia, Italia o España, en sus grados relativos y con sus distintas oportunidades de maniobra, puede ser semejante a aquella en que se encuentren mañana

México o Brasil. Sin embargo, esas situaciones semejantes con sus diferentes matices históricos no pueden explicarse del todo por las relaciones de dependencia existentes, olvidando la propia capacidad interna para utilizarlas, modificarlas o sustituirlas en la ocasión propicia. El desconocimiento de las distintas formas de dependencia aun dentro del mismo sistema es la razón que ha permitido la fácil excusa de las propias deficiencias políticas y sociales.

Pero lo que ahora se ofrece frente a uno de los escenarios posibles de la *détente* —y que imaginativamente debe plantearse en toda prospección del porvenir— es la posibilidad de que alguna vez quede anticuado el tema actual de la dependencia, por la modificación rápida o lenta de su naturaleza como dependencia hegemónica unilateral. Cabe entonces, al menos intelectualmente, pensar en una forma inédita de esa dependencia como relación plurilateral y en su límite total. Es decir, todavía con menores posibilidades de evasión. El pleno logro

de la *détente* como estructura duradera de convivencia pacífica consistiría, caso de darse, en poner de manifiesto una realidad mundial sólo percibida hoy como trasfondo o en último plano. La de una interdependencia tan marcada de todos los lugares de la tierra que únicamente permita una dependencia efectiva: la de una solidaridad común. Pero mientras aflora la conciencia de esa moral —traducción de hechos más que elaboración filosófica— las oportunidades en el camino de la distensión obligarán a cada país a mantener una actitud global, patrimonio antes exclusivo de los grandes, que no sólo no eluda normales relaciones de dependencia sino que las busque por el contrario por todas partes con el fin de encontrar el equilibrio de los efectos de dominación más favorables a los propios intereses. La dependencia parece en todo caso ineludible, pero por el hecho de ser generalizada será distinta de la hegemónica hasta hoy imperante, digámoslo, por unos y otros lados. ¿Utopía concreta?

Las posibles formas de la distensión y los estudios prospectivos

Ha llegado el instante de situar en cierto orden retrospectivo todo lo que antecede. Lo cual no significa recaer en una suerte de repetición clasificada de las proposiciones enunciadas, pero sí tratar de poner en guardia, mediante una breve reflexión, sobre el posible mayor defecto que puedan presentar a un lector atento: el de una más o menos aguda contradicción entre unas y otras. Pues es cierto que algunos enunciados eran del más estricto corte realista, mientras bordeaban otros posturas de un idealismo apenas esbozado. La razón se encuentra en que el escritor, al abordar los diferentes temas de su interés, no puede menos de tener presentes las posibilidades de dis-

tinto tipo que aun sin quererlo o darse cuenta exigen de él posturas diferentes. Sólo cabe disipar la impresión de tales contradicciones, con la confusión que arrastran, si se coloca todo lo dicho bajo un esquema aún no explícito acerca de las posibles formas de la *détente* y de sus significados político-económicos.

Pero antes de exponer ese esquema de la manera más abreviada y plástica que sea hacedero, se imponen dos observaciones previas que tienen por fin evitar eventuales equívocos. Ambas se prestan a una idéntica tentación de incurrir en largas digresiones por entero inoportunas en estos instantes.

La primera nos remite a una constante

del pensamiento científico-social en general y muy en particular de todo ensayo de análisis prospectivo. Se trata de las inevitables relaciones de valor en la construcción misma del objeto de conocimiento. Sucede, en efecto, que cualquiera que sea la postura del autor de esos intentos o la que le quieran imponer los demás —estrictamente neutral, participe sin atenuaciones o meramente pragmática— de hecho no puede esquivar preferencias estimativas, posiciones de valor que se refieren a los ideales de la sociedad en que vive o de la que considera como futura. Valores, por lo tanto, no restringidos a un campo particular, sino cubriendo el todo de la concepción de lo humano deseable. En consecuencia, no es aconsejable que se los mantenga ocultos o meramente implícitos. Todo enunciado sobre el porvenir lleva consigo una opción por un sistema u otro de valores, aunque se guarde un doloroso recelo sobre su posibilidad.

La segunda observación, emparentada pero no confundida con la anterior, tiene que ver con una característica de los denominados estudios futuroológicos o de prospectiva, cuya reiteración no puede pasar inadvertida al lector aun superficial de esta clase de "investigaciones". Por lo general, todas ellas presentan un mismo orden esquemático —de horizontes, de escenarios o de pretendida proyección de perspectivas— que suele partir de una situación considerada, inconfesadamente las más de las veces, como la más deseable, o tenida por la mejor para acabar en su trayectoria con la condición menos deseable o juzgada como la peor, pasando por una amplia zona intermedia en que continúan oscilando hacia uno u otro de los extremos muchas de las notas conocidas de la realidad actual, es decir, una prolongación de lo vivido como contemporáneo. Situación esta última en donde las condiciones de su posibilidad

casi se confunden con las de su probabilidad, en la medida en que el investigador parte en sus análisis empíricos del examen de las tendencias reales ofrecidas en el presente.

Lo notable de la característica descrita consiste en su inversión de la posición clásica de la filosofía del progreso, donde la imagen de lo mejor era el punto final de su esquema del transcurso histórico. De querer considerar un poco más a fondo el por qué de esa inversión de perspectivas entraríamos en digresión importuna; bástenos con la sospecha de que quizá se deba a la persistente gravitación de una idea, la del progreso, en la que ya no se cree en nuestros días, aunque no se acepte sin embargo su renuncia total. Es decir, los residuos de una idea que se ha perdido como creencia. Sea como sea, el hecho está ahí en la estructura de toda prospección en el pensamiento contemporáneo y como tal impone también su exigencia de fidelidad al modesto ensayo que a continuación se inicia.

Sin embargo, ninguno de los esquemas futuroológicos conocidos o que se continúan ofreciendo en lo sucesivo valen por sí mismos en su calidad de tales ni aun como sistemas de hipótesis, sino por la confirmación que frente a ellos pueda mostrar una paciente investigación empírica, en este caso históricamente concreta. Pero no por eso es posible prescindir completamente de ellos y no aceptarlos en su provisionalidad, en la medida en que constituyen el cuadro coherente que nos orienta en la busca de las tendencias efectivas y su aproximación o distanciamiento de lo que es desde el comienzo una pura construcción mental de lo posible. Sólo en esa su naturaleza de construcciones intelectuales de posibilidades objetivas valen en una primera etapa del trabajo como "tipos ideales", que sólo más tarde lo serán en su más estricto sentido metodológico, cuando se rellenen

de la carne histórica de que por el momento carecen.

La *détente*, urge repetirlo, se ha considerado en su doble calidad de proceso en marcha y de meta que merece la pena de ser perseguida. Quizá esta última no se consiga nunca. Nadie puede saberlo con certeza. Lo único cierto y visible es que el proceso mismo no sigue una línea recta, pues avanza y retrocede, da tantos pasos en falso como otros acertados y en definitiva ofrece por hoy una marcha sinuosa. El espectador que sigue su curso en la prensa diaria o en el comentario de intención científica de distintas revistas, más de una vez deja de tocar fondo, braceando desesperado en el escepticismo. Se requiere para evitar semejante naufragio tomar la razonable distancia del saber científico y contar con la paciencia necesaria para contemplar los acontecimientos sin premuras durante un lapso de tiempo no menos razonable. Nadie puede asegurar el fin de la aventura, su

happy end; pero éste es el riesgo que hay que aceptar si se quiere lograr un mínimo de previsión frente a la posibilidad de acciones prácticas, de políticas concretas que respondan a una moral de responsabilidad. La cual exige la ponderación racional mayor posible de los resultados directos, indirectos y secundarios de toda acción.

La marcha todavía indecisa hoy de la *détente*, tambaleante al parecer en más de un momento, permite presumir su configuración en tres posibles formas, otros tantos escenarios de un futuro inmediato que interesa a todos por igual, aparte de sus principales protagonistas. Tendremos en consecuencia presentes los tres siguientes tipos de distensión: la cooperativa, la competitiva y la conflictiva, con sus respectivas características, concebidas desde luego en su naturaleza dinámica y no meramente estática o permanente.

La distensión cooperativa

La distensión cooperativa representa el escenario en que la misma alcanza su plena madurez y consolidación. Es el momento en el logro de su meta, la cual, por otra parte, no es un "eschaton" o término último sino el paso hacia una nueva vertiente de la historia. En su estructura interna el impulso de concordia —en términos del humanista Luis Vives— se concibe como tan fuertemente predominante que algunos, jugando con los vocablos franceses, han insinuado la conversión de la *détente* en una *entente*. Una *entente* más o menos cordial, que en modo alguno quedaría reducida a la mutua ventaja de las dos superpotencias interesadas en su iniciación, sino que

afectaría asimismo en forma positiva al grupo mayoritario de los demás países.

Desde una perspectiva global el horizonte de semejante distensión ofrecería como posibilidad objetiva tres efectos importantes. En primer lugar, una generalización creciente de posturas orientadas por puntos de vista universales. Es decir, lejos de significar la distensión cooperativa, como algunos pensaron, la desglobalización en los intereses políticos de las grandes potencias, la pérdida de su enfoque universal, traería por el contrario la aceptación más o menos acentuada de esa perspectiva por parte de todos los países, forzados a contemplar ahora sus propios intereses en fun-

ción de las posibilidades ofrecidas por cualquier acción emprendida en determinados lugares del planeta. Posición que representaría una continuada toma de conciencia de las exigencias recíprocas de una efectiva interdependencia mundial.

Esta situación favorecería, en consecuencia, una tendencia general a la desatelerización. Que no hay que entender, claro es, como un estado de libertad incondicionada —nunca posible en clase alguna de acción social— ni tampoco como la ruptura definitiva de simpatías y diferencias, de afinidades electivas entre países y sistemas, sino como el hecho de su no obligatoriedad. Es decir, que la ineludible situación efectiva de satélite en los campos político, económico y cultural, no arrastraría ninguna sanción por razones de infidelidad cuando ese satélite en virtud de sus conveniencias entrara en la órbita, para fines determinados, de otros centros de atracción. El tradicional aliado no dejaría de serlo por causa de convenios circunstanciales con otras potencias, ni el cliente habitual perdería tal carácter al entrar en arreglos comerciales y económicos con otros países. La “desatelerización” no sería otra cosa que una mayor flexibilidad en el comportamiento internacional de unos y otros, sin que exista temor o amenaza de inmediatos conflictos. La mencionada generalización de una perspectiva global en las políticas de los diversos países habría de acarrear como presumible cierta coincidencia por parte de todos para conseguir nuevos ordenamientos de carácter mundial. Pues la conciencia de una interdependencia muy estrecha inclinaría a la instauración de autoridades funcionales de competencia mundial respecto de todas las cuestiones y problemas de indivisible interés común que sólo pueden resolverse por la voluntaria aceptación de decisiones universales.

No es posible bosquejar en forma exhaustiva el reflejo de esa general actitud cooperativa en el campo económico. Pero sin llegar a la construcción utópica de transformaciones radicales de una realidad que ofrecerá muchas resistencias por largo tiempo, cabe suponer en su posibilidad objetiva algunas consecuencias generales. Entre ellas: la ampliación del mercado hasta hacerlo más deliberadamente mundial de lo que hasta ahora lo ha sido de hecho, y el reconocimiento dentro de él del derecho de todos los países a buscar y encontrar sus relaciones de intercambio más favorables; por lo tanto, el predominio en el campo de la asistencia financiera y crediticia de las relaciones multilaterales sobre las de carácter bilateral, con sus posibles condicionamientos extraeconómicos. En el ámbito, por último, de las relaciones transnacionales, no meramente las económicas, la preponderancia de las actitudes “cosmopolitas” respecto de las “nacionalistas” de acuerdo con la dicotomía de algunos estudiosos. Hasta ahora los defensores de la posición cosmopolita, intelectuales y académicos de los países centrales, solían echar en cara a los países menores como vicio su actitud “nacionalista”, olvidando en qué grado y manera habían incurrido en ella sus propios países. Les salvaba, claro es, su generosidad intelectual progresista, a veces demasiado fácil. Supuesta una nueva situación de interdependencia económica percibida y mantenida como tal por todos los interesados, la contraposición ideológica cae por su peso —por su eficacia— en favor de los cosmopolitas.

No puede negarse que es asunto delicado y frágil la prospección del posible carácter que tomarían las estructuras de la política interna. No parece, sin embargo, que sea puro dislate sostener que en el clima mundial de la distensión cooperativa acaben por prevalecer regímenes

políticos no autoritarios. Siempre que se entienda esa proposición con el debido grano de sal. Los tipos de gobiernos autoritarios se extienden en una amplia gama de formas, entre los dos extremos de la dominación tiránica y el de la disolución de todo poder. Cesarismo y anarquismo son por eso los extremos excluidos. Pero razonablemente cabría precisar más los matices de esa gama y sus correspondientes tipos, tomando en cuenta el grado de participación ciudadana, tanto en la toma de decisiones como en su acceso a las fuentes de información.

Las épocas conflictivas fomentan o quizá imponen formas cesaristas, los tiempos de concordia facilitan por el contrario gobiernos democrático-liberales. Si ahora se entiende a su vez que estos últimos no requieren la pérdida de toda autoridad o se confunden con la renuncia a una efectiva capacidad de mando. En todo caso el posible escenario de una distensión cooperativa contradice la justificación y legitimidad de Estados rigurosamente autoritarios.

Una distensión realmente consolidada tiene que llevar consigo, como antes se indicó, un momento duradero de "descentralización" ideológica. Una como puesta en franquía a los diversos países en su capacidad de elección y elaboración doctrinal. Se entiende por ello su liberación del constreñimiento imperioso de los dos grandes sistemas ideológicos —ya en entredicho de facto desde la reaparición de China— caracterizados no sólo por su contraposición polar sino por el carácter rígido de su consistencia, que por eso mismo encubre todas las alteraciones sobrevenidas a una realidad que dicen expresar fielmente. La descentralización ideológica no significa de modo necesario el fin de las ideologías, pues otras distintas pueden surgir respondiendo a las conocidas razones de justifica-

ción y de legitimidad. Significa tan sólo la posible pérdida de valor de algunas ideologías tradicionales como cuerpo compacto, agrietado ya en buena parte por irreversibles procesos de mutación histórica. Ni tampoco constituye semejante estado de descentralización ideológica, una condición deseable por sí misma sin atenuaciones y exenta de sus propios peligros y desventajas. No es este, sin embargo, el momento de una prospección más detallada de este punto. Nos basta con insistir en que el hueco dejado por esas ideologías pudiera invitar a una floración improvisada de distintos sustitutos ideológicos —la experiencia no sería nueva— que dentro de una atmósfera general de entendimiento y buena voluntad de cooperación constituyan círculos restringidos de conflictos y discordias internas. En el escenario competitivo ese peligro sería sin duda más grave. En el supuesto escenario de distensión cooperativa, de nueva franquía creadora, la liberación de alineamientos compulsivos es por el contrario una condición positiva y esperanzadora.

Esperanzadora, en efecto, porque en los distintos lugares en que seguiría siendo necesaria la preocupación por el desarrollo ya no estaría ella orientada por interesadas influencias ajenas, ni por los impulsos emocionales de su envoltura mítica, ni por la aquiescencia a las cambiantes modas intelectuales, ni menos por las ideologías de una sola pieza que sólo destacan los éxitos supuestamente obtenidos gracias a ellas en otras partes, sino por la aplicación del saber instrumental y de las desnudas experiencias sin disfraces que se han acumulado en uno u otro lado, unas veces en triunfo y otras en penoso fracaso. Es imposible prescindir de lo que los demás han hecho, pero sólo frente a un balance de las necesidades propias, distintas de las que aquéllos enfrentaron, ponderándolas de tal modo

en su urgencia que no haya posibilidad de engaño en la elección entre las opciones que se ofrezcan. Según sean las circunstancias particulares de cada caso, quizá convenga seguir en la línea del crecimiento acumulativo del producto o elegir el camino de su renuncia para cubrir con modesta frugalidad igualitaria las más imperiosas necesidades mayoritarias. Siempre que una u otra cosa, o diferentes opciones intermedias, sean realmente posibles.

Porque tampoco existe libertad incondicionada en la invención de nuevos estilos de desarrollo. La oportunidad que ofrece la supuesta nueva franquía sólo se da en un aquí y un ahora que escapan en su naturaleza histórica a toda decisión arbitraria. La liberación de la fuerza compulsiva de las ideologías de desarrollo dominantes no implica la liberación al mismo tiempo de los sistemas económicos de que aquéllas forman parte. Pues se suele estar incluido en uno de esos sistemas por razones históricas, que pueden modificarse desde dentro en alguna medida y ajustarse a las propias condiciones sociales —intereses permanentes en conflicto— si se las conoce tal como son y no como quisiéramos. La denominada descentralización ideológica no supondrá seguramente la invitación carnavalesca a una incesante puja en la elaboración de nuevas ideologías de desarrollo, postuladas como originales, sino la apertura a políticas económicas flexibles, ágiles y pragmáticas capaces de adaptarse a las singulares circunstancias de cada país dentro del sistema en que —a gusto de unos y disgusto de otros— le tocó vivir.

Un escenario de distensión cooperativa es el marco prospectivo más favorable al estímulo de una inteligencia apta para un reajuste permanente en la propia marcha, a medias elegida y a medias impuesta, capaz de llevar a cabo sobre el suelo dramático de su peculiar escasez —aqué-

lla con que se encuentra y no otra— la combinación de medios y fines más acorde con los valores morales que tenga por suyos. Esto aun sabiendo que a veces tiene que aceptar la antinomia entre las exigencias de la racionalidad instrumental y los requerimientos de la racionalidad material de fines y valores, imposibles de resolver a plena satisfacción de todos. Agilidad y pragmatismo por una parte, pero por otra el escape al temor del tabú de la reforma. Ese tabú que han mantenido muchos en los años recientes por la existencia de ideologías con idénticas presunciones de verdad absoluta. Poniéndose en consecuencia en olvido todo lo que en la historia se ha debido al escalonamiento paciente de sucesivas reformas oportunas, que si carecen por sí mismas del halo luminoso de las grandes fórmulas radicales, capaces ciertamente de movilizar grandes esfuerzos, no tienen que pagarse sin embargo con dosis cuantiosas de sacrificio y sufrimiento.

No por eso es el horizonte de una distensión cooperativa una mera oportunidad conservadora, sino una en que los cambios requeridos puedan lograrse con la eficacia de la inteligencia más bien que con la inevitable desdicha del compromiso emocional. Que se deje de adorar al becerro de oro del imperante indicador del ingreso bruto, no significa que no se le tome en cuenta y con él otros índices y proposiciones válidas de la razón científica, la más decisiva de que se puede disponer todavía para aproximarse con éxito a una realidad siempre esquiva y que sólo domina de manera parcial.

Mientras se consolida o subsista la distensión cooperativa no sólo cabe presumir la ampliación de las actitudes universalistas antes mencionadas, favorables a la estabilidad de las organizaciones internacionales existentes y a la instauración de otras, así como de nuevas autoridades mundiales, sino que también cabe

sospechar que se dé una mayor sensibilidad ante las demandas de una paz indivisible. Cabría esperarse, en consecuencia, un mayor esfuerzo por impedir o acabar rápidamente con los conflictos bélicos localizados, y no sólo por el temor de sus repercusiones sobre los demás en convivencia pacífica, por el miedo a sus ondas de ampliación, sino en virtud de una profunda intolerancia moral ante las cifras que acumulan de vidas humanas sacrificadas sin remedio, por lejanos que se encuentren todavía de nuestros más cercanos prójimos.

Las actividades diplomáticas en marcha —firma de tratados y convenios, propuestas de colaboración, gestos de buena voluntad y reconocimiento mutuo, etc.— y muy en particular el vocabulario asimismo diplomático en que se traducen, constituyen los signos manifiestos de un clima de *détente* cooperativa. Puede esto parecer tautológico; lo es ciertamente en la anterior afirmación.

Pero lo que en este instante importa es su carácter instrumental para la investigación. Los interesados en la de naturaleza prospectiva tienen que perseguir paso a paso los matices de los vocabularios en uso, que muchas veces en forma sutil denotan en las palabras más de lo que indican los hechos, las acciones mismas. Los estudios de prospectiva tienen que recurrir en este caso a lo que hace años se denominó la técnica de los análisis de contenido. Por eso cuando en ese vocabulario sea posible captar términos que impliquen desacuerdo, mero desagrado, por no decir amenaza, protesta declarada, etc., es que nos encontramos ya en una atmósfera diferente. La que domina, en efecto, en el próximo escenario de nuestro inmediato interés. Por el instante no es posible pasar de esta alusión. Únicamente el acopio de investigaciones empíricas de que ahora carecemos podría suministrarnos la prueba de la validez de la anterior proposición.

La distensión competitiva

En la proyección de un escenario de distensión competitiva la imaginación apenas necesita agujoneo. Pues en principio constituye la simple prolongación de las circunstancias actualmente vividas. Pero sólo en principio nada más, porque dado el supuesto de que este escenario se encuentra en un tramo intermedio del proceso antes bosquejado de la *détente* nos exige precisar algunas de sus específicas notas. En primer lugar, su inevitable mayor movilidad, y en consecuencia su inestabilidad más acentuada. Ninguna situación histórica es puramente estática —equivaldría a una contradicción en los términos—; sin embargo, el más intenso dinamismo que se concibe como propio de este escenario se debe a la tendencia en que se encuentra, mientras perdure, a

oscilar continuamente entre el primero y el tercero, aproximándose o distanciándose de lo que uno y otro representan. De esta suerte, si quisiéramos seguir en sus detalles lo implicado en la metáfora teatral que inspira la terminología nos veríamos obligados a imaginar una escena con cuadros rotatorios que aparecen una y otra vez. Ahora bien, las notas conceptuales que lo definen destacan además su carácter competitivo y su gravitación hacia el *statu quo*. Ha de entenderse que la distensión será competitiva en la medida en que los conflictos y tensiones que contenga se encuentren sometidos o encubiertos —como en toda competencia— por cierto mínimo de principios y aspiraciones comunes, sea que provengan de idénticas convicciones

o de intereses egoístas paralelos. Pero mientras esas normas perduren —estén o no explícitamente declaradas— el conflicto y la pugna se encuentran limitados, sin que eso suponga que ese tope pueda forzar a su supresión; la supresión del conflicto llevaría al acuerdo, lo que típica cabalmente a la distensión cooperativa. El traspaso de tales límites mudaría el carácter del conflicto de relativo en absoluto, peligro en el que se encuentra de pleno el escenario conflictivo típico. El movimiento de la distensión tiene, en consecuencia, que manifestarse en el escenario competitivo como una tendencia a mantener el *statu quo*, porque el caso de su superación equivaldría a la liquidación del escenario mismo.

La mayor posibilidad de imaginarlo en sus distintos componentes no se debe únicamente al hecho de representar la continuación de las condiciones actualmente presentes y que todos vivimos con más o menos acuidad, sino por la mayor facilidad con que se desprende el repertorio de sus elementos; no son más en efecto que el resultado de una inversión de las facilidades y dificultades contenidas en el esbozo del escenario cooperativo. La disposición favorable a una reorganización a fondo de las actuales bases de la paz tropezaría con la inclinación reticente a insistir de continuo en sus obstáculos. El viejo paradigma de la política de seguridad con las soberanías nacionales como su núcleo, tendería a sobreponerse como modelo a cualquier otro. Las concesiones que se otorguen en algún momento llevarán con su transitoriedad —el vaivén de avances y retrocesos actualmente experimentados— al aliento de la angustia o del escepticismo del espectador sensible. Es de sospechar por tanto improbable todo esfuerzo serio por reforzar la eficacia de las organizaciones internacionales vigentes, procurando que ofrezcan mayores garantías de equidad.

Y aunque no se rechacen de plano las propuestas de instituciones nuevas y de instauración de autoridades mundiales con la competencia necesaria para resolver problemas que se reconocen hoy como comunes, su examen y discusión tenderá a prolongarse, siendo así ocasión de enfrentamientos técnicamente innecesarios.

Parecería difícil encontrar en tales circunstancias una decidida voluntad común para poner término a los denominados conflictos localizados entre potencias menores; guerras posibles bien por causa de viejas querellas pendientes y por otras nuevas en que las grandes potencias contienden por medio de "personas interpuestas". De esta manera el mantenimiento de la insensibilidad ante la paz indivisible tenderá a no impedir a tiempo el sacrificio de numerosas víctimas.

En resumen y para acabar con este primer aspecto, todo inclina a suponer en tales circunstancias el predominio de una atonía generalizada que tenderá a debilitar la posibilidad de una enérgica voluntad común capaz de unir a todos en un enfrentamiento conjunto y directo de los problemas mundiales más decisivos en el futuro.

En el terreno económico la persistencia en su configuración actual de los bloques económicos y políticos existentes seguirá recortando las dimensiones del mercado mundial, las posibilidades de una nueva división del trabajo de ese carácter, y manteniendo apenas sin modificar las dependencias tradicionales por medio de distintas trabas a toda política que, sin pretender eliminarlas radicalmente, persiga sin embargo la salida de dificultades económicas internas aprovechando nuevas oportunidades de intercambio —más o menos extensas— en distintos mercados. Lo mismo tenderá a ocurrir con posibles combinaciones diplomáticas deseosas de atenuar sateli-

zaciones absorbentes. En este sentido, una marcada preferencia por el procedimiento de las relaciones bilaterales tratará de poner en sordina el mecanismo más amplio de la multilateralidad, de mayores conveniencias y ventajas para los países en desarrollo.

En la medida en que permanezca sin resolverse la tensión horizontal entre los grandes centros de mayor riqueza —la tensión fundamental entre el este y el oeste— no podrá menos de acentuarse la tensión vertical entre norte y sur, entre los países ricos y los más pobres; acentuación que podrá darse, aparte de su gravedad innegable, como un medio incluso de táctica diplomática para desviar la atención por algún tiempo de la divergencia más decisiva de los grandes sistemas industriales. En el diálogo entre norte y sur se dará sin duda un esfuerzo por ofrecer concesiones, siempre que no pongan en peligro los intereses tácitamente comunes de los grandes centros. De esta manera, es de presumir que los países menos favorecidos en su desarrollo frente a esas concesiones insatisfactorias se inclinen a presentar demandas objetivamente desmedidas fuera de toda posibilidad real de cumplimiento.

En una distensión todavía competitiva se concibe que continúe la inercia en el arrastre de las ideologías polarizadas, aunque no conserven la misma capacidad de atracción originaria. Por eso mismo quizá pueda observarse un esfuerzo por rellenar con nuevas paletadas de cemento sus grietas más visibles, lo cual no podrá impedir la aparición reiterada de nuevas heterodoxias tanto menos eficaces cuanto mayor sea su improvisación e incoherencia interna. En esas condiciones las dificultades para elaborar políticas económicas bien articuladas, ágiles y capaces al mismo tiempo de oportunas adaptaciones, favorecerán la perduración en los planes de la mayoría de los países de la

contradicción existente entre las demandas de las metas a largo plazo y las urgencias apremiantes del plazo más corto. La carencia de oportunidades para emprender de modo efectivo uno u otro de los pretendidos nuevos estilos de desarrollo, más que impedir fomentará por el contrario la floración de proyectos ambiciosos respecto de un orden económico distinto, los cuales conservarán la entonación utópica señalada con acierto como propia de todas estas elaboraciones de grupos y comisiones.

En semejantes circunstancias confusas y de continua oscilación en las orientaciones propuestas, el tipo de gobierno autoritario puede convertirse en la tónica dominante de los países que encuentren agravada la posibilidad de resolver sus conflictos y contradicciones internas con las que se le añaden derivadas del panorama internacional. Y en las mismas democracias tradicionales aún existentes —únicas donde estos fenómenos están al alcance de la observación directa— no será difícil poder anotar —como ya sucede hoy— peligrosas oscilaciones pendulares entre momentos de apatía política general y falta de confianza respecto de los propios dirigentes y otros momentos en donde el temor e inseguridad ante el mantenimiento de lo conseguido conduzcan a movimientos nerviosos en petición de medidas enérgicas y de posturas intolerantes. Movimientos no siempre coincidentes con las presunciones clásicas acerca de la conducta de las distintas clases sociales.

El tiempo durante el que pueda prolongarse nuestra actual y difícil situación en el espacio del escenario competitivo que acaba de dibujarse es ciertamente indeterminado, aunque se encuentra acotado, sin embargo, entre ciertos límites. Sus días parecen contados en este sentido, pues si no se opera en él un esfuerzo supremo por parte de todos —no sólo de

las grandes potencias más responsables— por alcanzar un clima de auténtica cooperación, en donde se pongan las bases de la paz más estable que a unos y otros interesa por igual, no se podrá esquivar el destino de una catástrofe funesta en cualquiera de sus posibles formas. Dicho

de otra manera, si en el escenario competitivo continúan arrastrándose sin resolver sus más importantes presiones, se romperán los diques que todavía las contienen para deslizarse quizá precipitadamente hacia el último de los escenarios de nuestro esquema analítico.

La distensión conflictiva

El denominado escenario conflictivo destaca en el adjetivo su característica esencial. El hecho de que la *détente* entre en una crisis definitiva, cada vez más aguda, que la pare en seco en su proceso y la aniquile en su meta. Pues ese calificativo de la distensión conflictiva no tanto se refiere a la existencia de conflictos, siempre posibles en cualquier circunstancia, sino al grado mayor de su intensidad, al momento en que la cantidad se transforma en calidad, dando otra vez a los conflictos en juego un carácter total y absoluto. Una conversión que renueva el terror de pasadas experiencias históricas.

El holocausto nuclear es otra vez el mayor peligro de un callejón sin salida. Una situación que los expertos señalan como posible si en el enfrentamiento de las relaciones de poder, alguna de las tres potencias —Estados Unidos, Unión Soviética y China— se siente definitivamente amenazada en su supervivencia. Dejemos a esos expertos el análisis preciso de las circunstancias que indican; a nosotros nos basta con destacar el horror de esa desesperanzada perspectiva.

Frente a ella cabría recurrir al intento de una renovación de la estructura de la guerra fría, en cuyas probabilidades de disolución como forma de paz duradera tuvo su origen el esfuerzo de la *détente*. Pero dada la distinta situación de las relaciones de poder, no sólo por la existencia de China sino por la aparición de

otras potencias con capacidad nuclear, es difícil imaginar como pudiera sostenerse por algún tiempo equivalente al de la anterior, ni a qué momento de la teoría de los juegos podrían recurrir los expertos para hacerla factible. ¿No se entraría con más fuerza que nunca en esa noche polar de los técnicos sin alma que estremeció hace ya muchos años la visión de Max Weber?

Eliminada la posibilidad de esta expectativa no queda en la pendiente del escenario conflictivo ninguna otra que colme las esperanzas del ser humano. Lo que es posible sugerir entra de lleno en el campo de la historia ficción, con no menos supuestos, por desgracia, de los de la ciencia de ese nombre, sino mayores. ¿Estaríamos ante las posibilidades de esa nueva edad media a que se aludió al comienzo de estas páginas? ¿Esa nueva sociedad neofeudal en que todos los pueblos y todos los territorios acabarían igualmente tributarios de las concentraciones tecnológicas, con sus zonas de indiferencia abandonadas al arreglo espontáneo y desordenado de sus propios conflictos en la medida en que no amenazan la seguridad y los intereses de los grandes “castillos” y sus poderosas tecnoestructuras? Pero cualesquiera que sean la brillantez y la sofisticación de detalle de estos constructores de la historia ficción —algunos de cuyos aspectos habría que aceptar con un grano de sal—

sus admoniciones milenaristas no son menos sombrías que las que por otros caminos y con posibilidades más cercanas caen sin grandes efectos sobre la opinión pública contemporánea y en cuya propia experiencia encuentran las condiciones de su posibilidad. Pongamos, pues, un término a la consideración de este posible horizonte, en donde si se salvan las posibilidades de supervivencia lo hacen en condiciones de impensable espanto.

En todo caso el esquema analítico de las posibles formas de la distensión enfrenta a los distintos países con un futuro inmediato —en transcurso de décadas— que no pueden menos de considerar con la mayor seriedad. En cada uno de sus momentos se abren oportunidades o dificultades diferentes a su capacidad de acción política y económica, que interesa conocer como alternativas de un futuro, que una prospección detenida debe poner de relieve si aquella capacidad de acción ha de realizarse con éxito. Pero como en todo esquema futuroológico, lo que sugiere sólo vale como planteamiento, como el punto de partida de una paciente acumulación de análisis empíricos de tendencias reales, que ha de efectuarse al mismo tiempo en los más diversos campos y por distintos especia-

listas capaces de entenderse entre sí. Sin ese apoyo de estudios concretos es imposible escapar de un plano especulativo.

En la actualidad se ofrecen gérmenes de cambio por todas partes, pues la busca de una nueva identidad a que antes nos referimos, no es patrimonio exclusivo de las potencias dirigentes. Los países menores se esfuerzan también por encontrarlo, y ya están en ello. Y tampoco carecemos de esfuerzos intelectuales por poner un poco de orden y claridad en todo ese campo de futuras mutaciones en marcha. Como el tiempo con el que se cuenta es más breve del que pudiera pensarse, todo lo que se emprenda desde esta perspectiva es de máxima utilidad. Así, una investigación que sólo conocimos durante la redacción de estas páginas, ofrece un cuadro muy definido para el planteamiento de esos estudios prospectivos. En ella Marshall Wolfe¹ se ha adelantado a ofrecernos una rica síntesis panorámica de las realidades del mundo actual, que aunque destaque en particular las condiciones diferentes de la estructura social, constituye una lograda invitación a proseguir ese tipo de enfoque realista sin el que nada vale cualquier otro ensayo de prospectiva.

V

La posición de América Latina en las condiciones de la distensión

No son necesarios grandes esfuerzos de imaginación o de análisis para percatarse del estado de penosa incertidumbre por que está pasando América Latina ante las oscilaciones actuales de la política mundial, manifiestas en los cambiantes aspectos del supuesto proceso de distensión y

agravada por los efectos de una recesión económica que afecta por igual a todos y cada uno de los países. El tema de estas

¹M. Wolfe, "Las utopías concretas y su confrontación con el mundo de hoy", CEPAL/BORRADOR/DS/134, marzo de 1976.

líneas obliga sin embargo a poner entre paréntesis este último problema y enfrentar directamente las diferentes oportunidades y los distintos obstáculos que presenta —sea en su intento como en su logro o fracaso— la posible marcha de la distensión tal como ha sido anteriormente descrita.

Aunque nuestro interés se concentra en América Latina, el examen de su situación ganaría sin duda en perspectiva y claridad si pudiera llevarse a cabo una confrontación general de otras regiones con los problemas de la distensión, o al menos de algunos grupos de países que presentan ciertas semejanzas —políticas, económicas o de estructura social— con América Latina en su conjunto. De este modo, a pesar de las supuestas semejanzas, se mostrarían también las diferencias de las respuestas a un mismo desafío, posiblemente necesarias. El grupo de los países árabes, por ejemplo, o quizás, el de los que componen la región asiática sudoccidental. No es de creer que quepan grandes interrogantes acerca de los efectos favorables que para el próximo futuro de América Latina tendría una consolidación efectiva y durable de la *détente*. Sus actuales oscilaciones justifican no pocas actitudes críticas no sólo del ciudadano común, sino de la opinión pública en general y de los responsables de la política y de la economía.

Pero en el caso improbable de un reconocimiento unánime del sentido histórico de la distensión pudiera dudarse todavía de la capacidad de la región o de sus más importantes países para influir positivamente en su desarrollo. En principio, la acción diplomática requerida no parece un imposible si no estuviera frenada de hecho por las tradiciones arraigadas de muchas cancillerías en extremo conservadoras en las orientaciones de sus jugadas. Sin embargo, los estímulos de

una coyuntura que realmente exige la contribución más decidida a la construcción de una paz firme y equitativa y de un nuevo orden económico mundial no es de pensar que queden desaprovechados, sobre todo si una posición cosmopolita y globalizante sustituye o atenúa al menos las preocupaciones tradicionales dominadas por la seguridad y por los recelos de soberanía.

El tema de una sociología proyectiva consiste cabalmente en el esfuerzo intelectual por señalar el cuadro de las alternativas permitidas a la acción eficaz en esa coyuntura —la de una distensión en camino de una nueva estructura de paz universal— en la medida en que se atiene a una rigurosa aplicación de la categoría de posibilidad objetiva dirigida a una aclaración del futuro en lugar de una interpretación del pasado. El examen atento y de carácter empírico de las tendencias reales dadas en el presente, de las diferentes combinaciones en que pueden enlazarse, así como de sus previsible resultados, constituye el procedimiento metodológico que se impone en la busca de lo objetivamente posible, aunque no siempre pueda alcanzar la garantía de su probabilidad. Los análisis de prospectiva de que se nutre ese tipo de investigación sociológica no pueden ir más allá, aun en el caso de su máximo logro, de una sobria indicación de lo que nos cabe hacer en un instante determinado —lo que se puede hacer como posibilidad objetiva— pero nunca puede esperarse que nos indique lo que deberíamos hacer aun supuesta una libertad incondicionada. Lo que se puede realizar aquí y ahora ante las circunstancias relativamente precisables del mañana es lo único que determina el interés de conocimiento y configura el objeto de semejante orientación sociológica. Esta se muestra ahora como una invitación frente al horizonte indeciso de la situación de *détente* en que nos encon-

tramos de modo inexorable, para nuestro bien o nuestra desdicha, y en donde lo único que está definitivamente excluido es una entrega meramente pasiva o una actitud de indiferencia. De estas páginas, sin embargo, no cabe esperar una elaboración relativamente satisfactoria de ese tipo de sociología —sin el tiempo y la capacidad necesarias— sino sólo el planteamiento de la convicción declarada de su urgencia, la mera incitación a una tarea interdisciplinaria de voluntariosos equipos.

No huelga sin embargo añadir que si bien es cierto que el análisis científico sólo permite buscar lo que se puede hacer, no impide el traspaso de sus fronteras y que se intente señalar además lo que en todo caso valdría la pena emprender. Pues nadie puede cegarse a que aquello que valdría la pena de intentar hacer, aun visto como imposible, puede darnos en el porvenir las condiciones de posibilidad de lo que entonces quepa hacerse de modo efectivo. A pesar de esto se impone cortar aquí el curso de estas insinuaciones aun en su forma más abreviada para volver al objeto específico de este trabajo. Como se trata de enfrentar la situación de América Latina en el horizonte de la distensión, parecería que la manera más fácil de avanzar sin obstáculos consistiría en particularizar respecto a nuestra región los supuestos generales incluidos en cada uno de los tres escenarios previamente diseñados y que constituyen, repetimos, el marco posible de las experiencias por las que parece obligado pasar, sean unos u otros sus resultados, en el espacio de tiempo de contadas décadas. Este cómodo procedimiento semejaría al que en definitiva se ofrece en la reiterada y viciosa ocurrencia de la lectura en lenguaje descriptivo de una tabla estadística que se acompaña en el mismo texto. El lector no sólo merece que se le evite semejante duplicación,

sino que se le deje a su capacidad personal un campo propio de ejercicio estimulante.

Menos quisiera aun el autor de estas líneas repetir opiniones mantenidas por él —con acierto o infortunio— en trabajos anteriores, quizás todavía relativamente válidas, las cuales constituyen por eso el entramado de este renovado ensayo de una perspectiva de conjunto. La única novedad que ofrecen es la prolongación del viejo tema de las relaciones entre poder y desarrollo al terreno internacional; un tema que pareció inesquivable luego de un curso prolongado y sinuoso que partió de una consideración más limitada de los “aspectos sociales” de tal desarrollo económico, para terminar con el examen de las distintas formas de la planeación y su enlace con los sistemas políticos.

El propósito de esquivar monótonas reiteraciones y de deslizarse por el derrotero más accesible no deja de presentar muy serias dificultades de articulación conceptual, en el propio pensamiento y en su exposición. Afrontando esos riesgos y sin abandonar en ningún momento el carácter meramente exploratorio y esquemático de estas líneas, parece aconsejable ceñirse a unos pocos núcleos de problemas muy significativos que se encuentran dados desde los primeros instantes de la constelación originaria de la Independencia en América Latina y que quizás sólo puedan resolverse en forma conjunta y satisfactoria en la mutación histórica que promete la época de la *détente*. Enunciados de antemano esos tres núcleos de cuestiones serían los siguientes: el de la inicial aparición de la denominada situación periférica; el de la manifestación primera de una contradicción permanente entre el ideario político y las condiciones reales de la estructura social; y el de la ruptura de un cuerpo histórico que ha seguido fragmentado

desde entonces. Su presencia —naturalmente modificada y con distintos matices— en los momentos actuales determina el ámbito de los problemas decisivos que América Latina puede intentar resolver, o al menos poner las bases de su solución, aprovechando la franquía de oportunidades que quizá ofrezcan una distensión estabilizada y el comienzo con ella de un nuevo orden universal. Ni que decir tiene que la consideración detenida de estos supuestos del pasado y de las posibilidades objetivas de su transforma-

ción tendría que apoyarse en los soportes de un saber histórico, cuya acumulación no es factible en estos instantes. Sin esa apoyatura existe el peligro evidente de que las proposiciones formuladas asuman un cariz apodíctico muy lejos de nuestra intención. Pero no queda otro camino que el de arrostrar ese riesgo en un planteamiento de grandes líneas, pues en todo caso los errores que se deslicen son más estimulantes que la falsa imagen de certidumbre que darían otras conclusiones de carácter deductivo.

Periferia y semiperiferia en la economía mundial

Con el fin de interpretar ciertos hechos actuales del subdesarrollo hubo no hace muchos años una viva polémica que giraba en torno al ámbito temporal del capitalismo y sobre si se dieron o no en ciertos lugares supervivencias del estadio feudal que le precediera. No hay el menor interés en terciar ahora en esa polémica y en reconocer la razón de algunos de sus protagonistas, sin obligarnos por eso a aceptar todas sus derivaciones. En la situación de premura frente a lo que vamos es preferible sustituir el término capitalismo por el de su equivalente de mercado capitalista. Es de reconocer a este respecto que se abre históricamente hacia los finales del siglo XV y que todavía subsiste hoy en su pleno funcionamiento, aunque en él participen sistemas económicos de distinta naturaleza o, con mayor exactitud, países industriales capitalistas en su estricto sentido y países o Estados de organización socialista. Cuando en los últimos años de la década de los cuarenta se ofrece una teoría explicativa de la condición del subdesarrollo de nuestros países surge la distinción, por todos conocida y por largo

tiempo reiterada, entre centro y periferia dentro de un mismo e inclusivo sistema, la confrontación entre países centrales y países periféricos. Tampoco con este otro recordatorio se trata de entrar en polémica alguna sobre la validez de la interpretación subyacente a esa separación dicotómica. Jugó su papel y con harta eficacia en la medida en que puso en movimiento la voluntad de superarla. Pero al paso de los años y desde la perspectiva histórica con que se inician estas líneas parecería aconsejable añadir a la división dual un nuevo elemento, el de los países o sistemas semiperiféricos. En este sentido puede afirmarse que en el transcurso de siglos del mercado capitalista mundial siempre se han dado al lado de un centro históricamente variable diversos países, asimismo históricamente distintos, unos semiperiféricos y otros periféricos en relación con aquél.

En referencia a América Latina y su relación en particular con la posible situación de *détente*, sólo nos importa destacar dos puntos, que quizá convenga enunciar de antemano a pesar de los inconvenientes que tal adelanto pueda

traer. El primero se refiere al hecho del significado económico general del momento de la Independencia. El segundo insinúa la posibilidad de reconocer el carácter actual de semiperiféricos de unos pocos países latinoamericanos.

El primer punto conviene formularlo con palabras ajenas: "las independencias de los países latinoamericanos nada hicieron para cambiar su status periférico. Eliminaron meramente los últimos vestigios del papel semiperiférico de España, terminando con algunos bolsones de no ingerencia en el mercado mundial en el interior de América Latina".² La utilización de esa fórmula, acertada a nuestro parecer, no supone, ni que decir tiene, la íntegra aceptación doctrinal del estudio en que se encuentra, no obstante sus muchas valiosas sugerencias. El significado económico general del momento histórico de la independencia se subraya con suficiente claridad. La independencia no fue sólo la quiebra política de un imperio, sino la mutación en el conjunto y en cada una de sus partes de una totalidad económica. Totalidad que en relación con el centro europeo tenía ya un carácter marcadamente semiperiférico. Es decir, a ciertos pasos de retraso respecto de él, pero no de tajante lejanía. Precisar cuándo y en qué momento se perfila esa condición (1648 con Westfalia o con el rezago de su Ilustración, etc.), obligaría a digresiones históricas fuera de lugar. Lo decisivo es que la fragmentación por la independencia de un conjunto semiperiférico, traslada a todas sus partes a una situación de una definida periferia, en que empezando por España misma se ha permanecido por más de un siglo, en cuyo término no sólo aquel país

sino algunos otros de sus acabados virreynatos alcanzan ahora con breves diferencias de tiempo un status de semiperiféricos (la descripción rige pero no *mutatis mutandis* para la expansión portuguesa: una de las constantes diferencias entre el mundo luso y el de lengua castellana).

Vale recordar que la situación de semiperiferia —a diferencia de la periférica estricta— ha estado siempre a una distancia relativamente menor de la central, en tránsito hacia ella, aunque el paso final no parezca predeterminado por ninguna ley histórica. Es decir, no se trata de una fase necesaria. Pero conviene retener a este respecto que en plena era del capitalismo industrial el tremendo empuje expansivo de Alemania y los Estados Unidos se debió al acierto en combinar para sus fines políticos la capacidad de sus regiones internas, tanto periféricas como semiperiféricas. Pero dejemos al historiador económico el estudio en detalle de estos o parecidos fenómenos.

Tampoco nos concierne describir los pasos en España para salir de su situación notoriamente periférica con respecto al centro europeo en que había quedado con el corte completo de sus prolongaciones ultramarinas. No puede desconocerse que en medio de los bamboleos políticos de su siglo XIX, podía todavía acogerse a los islotes de actividad industrial que con diversos altibajos le venían de muy lejos. No importa juzgar el peso de los distintos mecanismos que le han permitido en unas décadas adquirir su renovado status de semiperiferia; menos aún predecir las posibilidades de su continuidad y en qué medida será capaz de lograr el próximo paso. Su coyuntura ha sido bastante diferente desde luego de la que conocieron los países latinoamericanos en su largo esfuerzo todavía inconcluso por salir de la posición periférica en que les colocó su definitiva ruptura con el pasado colonial.

² J. Wallestein, "The rise and future demise of the World Capitalist System", *Comparative Studies in Society and History*, Vol. 16, Nº 4, 1974, p. 408.

La narración de las venturas y desventuras de las nuevas naciones, pues de todo hubo, abandonadas a su lejana posición periférica desde los comienzos del siglo XIX, se ha hecho en los últimos tiempos en forma satisfactoria y desde distintos puntos de vista. Sólo porque hoy nos aparece en vías de conclusión vale la pena concentrarla en rápidas alusiones hasta llegar al momento presente de nuestro particular interés.

Los que no pueden menos de señalar todavía la heterogeneidad estructural de la región y de sus distintos países deberían recordar la lejanía de sus comienzos, pues se plasmaron enseguida en la contraposición de las ciudades litorales —de naturaleza político-administrativa pero siempre con el mínimo de modernidad según los tiempos impuestos por sus capas mercantiles— y el núcleo decisivo en el agro de la estructura de la hacienda, sólo poco a poco y no por todas partes convertida en empresa. La disonancia estructural no es obra peculiar de una fase avanzada del capitalismo como la ofrecida en algunos países asiáticos y que sugirió a los economistas contemporáneos la famosa teoría del dualismo, indebidamente generalizada. Tampoco se ofrecen cambios fundamentales si sólo se atiende al tipo de mercado mundial alimentado ahora con nuevas exportaciones, pues la forma de intercambio funcionó de modo semejante lo mismo en el período mercantilista como en la era posterior del librecambismo manchestriano. Excepto que éste contribuyó a perfilar con pretensiones teóricas duraderas una forma de división internacional del trabajo, que algunos quisieran ver subsistir hasta hoy.

Lo único que varió desde luego con el paso del tiempo fueron los diferentes productos base de las economías de exportación, lo cual sólo interesa a la historia económica estricta y que en nada

afecta a su estructura fundamental. La configuración resultante de países dependientes del exterior en su vida económica, sujetos por tanto a los cambiantes azares de un mercado que escapaba a su dominio.

Dentro de este cuadro tuvo gran importancia sin embargo la sucesión en el centro hegemónico fundamental —Inglaterra primero, Estados Unidos después— con sus diferentes estilos de actividad económica y sobre todo financiera. Pero el bloque económico al que de modo inevitable se pertenecía —con los países mencionados los de la Europa industrial— se mantuvo casi idéntico hasta los días de hoy, como muestra el cuadro más actual que pueda tomarse de las relaciones comerciales de América Latina, apenas ampliadas con el moderno Japón y un escaso y peculiar intercambio con los países socialistas. El término tan usado para referirse a nuestros países como de semidesarrollo dependiente es naturalmente exacto, aparte de su implícito contenido crítico. Y la tesis de la dependencia no lo es menos despojada a su vez de cualquier orientación polémica. Pero toda postura crítica, para ser veraz, no puede menos de plantearse el análisis histórico-sociológico en toda su desnudez para entender lo que realmente fue y no pudo ser de otro modo. Otra cosa significa entregarse al tipo de historia ficción de lo que hubiera podido ser dadas condiciones distintas; un ejercicio intelectual sin duda interesante pero carente de todo valor interpretativo. Que los países latinoamericanos dejaran de percibir, una vez lograda una relativa madurez, todos los peligros de su estructura económica no es cosa que alguien pueda negar seriamente. Así lo muestra el hecho de que esa percepción se impusiera como imperiosa necesidad en el ensayo de nuevas políticas económicas en las dos coyunturas en que el fenóme-

no tomó forma aguda y casi compulsiva, durante el transcurso y los efectos inmediatos de las dos guerras mundiales.

Ahora bien, lo decisivo es que lo que parecía una postura obligada de supervivencia se convirtió a partir de 1945 en una aspiración consciente esforzada por encontrar sus posibilidades de acción sobre una base teórica que la justificara.

El denominado desarrollismo —término empleado hoy a veces con intención peyorativa— es la primera expresión generalizada de una voluntad de rebeldía deliberada de nuestros países con el fin de superar su condición periférica. A partir de aquí huelga asimismo una narración de sobra conocida que incluiría el papel antes aludido que desempeñaron en esos momentos las ideas de la CEPAL.

Puesta en marcha la política de sustitución de importaciones, una u otra manera de industrialización sustitutiva se inició por todas partes con éxito mayor o menor, hasta el tope del agotamiento de sus posibilidades y el tropiezo luego con la recesión mundial. Los veinte años que transcurren entre 1950 y 1970 no constituyen para América Latina una *Belle Époque* —a la sombra recuérdese de la amenaza nuclear— semejante a la que disfrutaron los grandes países industriales, pero significó un período de general progreso en más de un aspecto. En lo económico puede medirse por los conocidos índices de crecimiento de buen promedio, no obstante las excepciones que por cierto parecían insospechadas. O pueden representarse por las cifras del producto total o del aumento en la capitalización. Sea como sea, es evidente que los cambios fueron grandes, lo que algunos olvidan injustamente.

Pero no se confunda lo que precede con una expresión de triunfalismo. El innegable avance de los países latinoamericanos se pagó al precio de tener que aceptar dentro del sistema un creci-

miento concentrado, puesto de manifiesto en la visible heterogeneidad estructural de sus resultados. Hasta qué punto semejante heterogeneidad estructural no ha sido algo común en la pasada y aún presente estructura económica de otros países y en qué forma pudo ser evitada, es cosa que cae fuera tanto de nuestra competencia como de nuestro interés del momento. Por desgracia no es posible pasar indiferentes ante semejantes aspectos negativos y traducidos en marcadas diferencias en la distribución del ingreso y en la estructura ocupacional; ellas no pudieron atenuarse como se pensó con las distintas políticas sociales, como tampoco respondieron a las esperanzas ilusionadas que se pusieron en las reformas educativas realizadas de hecho por casi todas partes, pero que en virtud de su orientación produjeron efectos negativos y secundarios con los que no se había contado. El hecho deplorable de la “fuga de cerebros” pone de manifiesto al mismo tiempo el importante despliegue de energías y de capacidad intelectual de nuestros países en las décadas transcurridas, menos glorioso en esos resultados que un *boom* novelístico que fue capaz de atravesar las fronteras de su propia lengua.

Todo lo que precede en forma de puras referencias alusivas sólo buscaba desembocar en lo que ahora más nos importa dentro de nuestro tema respecto de la *détente* de las relaciones mundiales de poder. Pues al término del breve período considerado nos encontramos con que el grupo de países latinoamericanos, puestos en la misma posición de periferia en el momento de su independencia, tienden a encontrarse muy diferenciados entre sí por el hecho de que algunos de entre ellos están alcanzando hoy o han alcanzado ya respecto al mercado mundial el status de países semiperiféricos. Ahora bien, dando por

supuesto que llegue a cumplirse lo que antes se señaló respecto de la relativa posición de indiferencia de los países centrales frente al destino de los periféricos —abandonados de esta suerte a sus propias fuerzas, salvo en casos de flagrante miseria o catástrofe— se plantea ahora el problema de cuál pueda ser el futuro, en su desarrollo, de los países latinoamericanos incluidos en esta condición.

Durante el proceso de distensión, sobre todo en el período posiblemente más largo de su escenario competitivo, se ha indicado que la relación de los grandes centros con los demás países será distinta según se trate de países de alguna dimensión, en un estado avanzado de desarrollo, con recursos suficientes y cierta capacidad de organización; de países ricos, aunque sean pequeños, con un fuerte poder de negociación, o de países más pobres pequeños o medianos, obligados a continuar en una condición marcadamente periférica. Atenuado o extinguido el valor del elemento ideológico en el peso de las negociaciones de ayuda y sostén del que antes pudieron hacer uso, la situación de los países estrictamente periféricos tenderá a empeorar hasta que llegue el momento en que puedan sentirse protegidos por el sistema institucional de un nuevo orden de paz mundial.

En las circunstancias que acaban de definirse y que lejos de ser puramente imaginarias ofrecen supuestos suficientemente fundados en su objetividad, el interés prospectivo se vuelca hacia las posibles actitudes de estos nuevos países semiperiféricos, integrantes de la denominada en otros términos "periferia desarrollada" (A. Pinto), frente a los otros países más rezagados de la región. No se les podrá imputar egoísmo particularista si aprovechan las mejores oportunidades para un más intenso intercambio comercial en su beneficio con los centros de mayor poder económico y financiero, tal

como han hecho ya por vías distintas de la inicial industrialización sustitutiva. De modo que si la ventura política acompaña a su desarrollo económico-social puedan entrar en su día en relaciones semejantes, en sus proporciones de dependencia, claro es, a las que rigen actualmente las de los distintos países industrializados y los Estados Unidos, por ejemplo. En el transcurso de esa expansión podrán ir superando con mayores posibilidades la heterogeneidad estructural que aún los aqueja y reducir sus bolsones de pobreza, quizás con más ímpetu que el mostrado en su evolución por naciones más viejas. El problema no reside en que emprendan o no una marcha que ahora pareciera ofrecérseles, sino en que mantengan al mismo tiempo su interés en ayudar a los vecinos más débiles de la región, compartiendo con ellos el destino de una comunidad en la que al principio se encontraban igualados. La rotura de esa igualdad, en cada caso derivada de factores diferentes, impone sin duda a los países semiperiféricos de América Latina una grave responsabilidad que convendría examinar desde ahora.

Las diferencias estructurales dentro de un país han existido siempre, pero en la forma de un problema nacional que la política interna tenía que enfrentar por principios, tanto de justicia como de seguridad. Las diferencias estructurales entre distintos países es por el contrario una cuestión todavía internacional, aun entre países próximamente emparentados, menos clara por eso en el planteamiento de su solución. El gran desafío histórico para todos los países de América Latina y más para los semiperiféricos que para el residuo de los periféricos —peor dotados de recursos y con mercados internos de pequeñas dimensiones— es que puedan ser capaces de responder en las condiciones más complejas impli-

cadadas en la distensión entre los grandes, con una enérgica voluntad política y de creación institucional, a la situación creada para los más débiles frente a los que surgen con mayor fortaleza dentro de la misma área cultural y de intereses comunes. ¿Serán capaces los países de mayor responsabilidad de América Latina de dar una lección al resto del mundo? De manera menos petulante, ¿podrán con el ejemplo de sus propias relaciones intra-

zonales, internacionales al cabo, contribuir por fin a la gran reforma del mercado mundial y sus relaciones de poder, liberándolas de la ley de la selva a que estuvieron sometidas por centurias? ¿Existen indicios suficientes de que están dispuestos a emprender esa tarea, comenzándola por ellos mismos? ¿Sin altruismos impensables desde luego, pero con una sincera preocupación por la suerte del otro?

Difusión de las perplejidades ideológicas

Otra nota esencial de la constelación originaria de América Latina en el momento de su independencia que sigue gravitando hasta hoy y que seguramente pesará en su futuro destino —quizá con mayor agudeza en las próximas décadas— es la contradicción, apenas conciliada de una manera fugaz en algunos instantes, entre los ideales políticos proclamados y las condiciones efectivas de su posibilidad. Una falta de acuerdo continuamente renovada entre la ideología y la práctica. O dicho con mayor precisión analítica, un desajuste permanente entre la racionalidad económica y la racionalidad política. Un tema que aún aislado de todo contexto no podría agotarse en unas pocas páginas, y que ahora se ofrece en forma extrema y con cierto dramatismo frente al horizonte de una supuesta distensión que aporta, según se sostiene, tarde o temprano una crisis de las ideologías que se impusieron al mundo durante las últimas décadas. Crisis que casi ninguno de los grandes países podrá esquivar, puestos ellos en el trance en que empiezan a encontrarse de perfilar su identidad de cara al futuro. Búsqueda que arrastra asimismo a las potencias menores y entre ellas naturalmente a América Latina en su conjunto.

Esta cuestión, sobra declararlo, sólo puede ser examinada en forma esquemática. Pero aún así carecería de todo sentido si no se recuerdan —aceptándolos al menos de modo provisional— algunos de los supuestos de carácter prospectivo antes mencionados. En primer lugar, la pérdida de valor de las ideologías tradicionales como instrumentos de negociación política y económica; en segundo término la aparición como su consecuencia en la formación de otras ideologías de un ámbito autónomo, la denominada descentralización ideológica; tercero, la manifestación más directa de este proceso en las doctrinas referentes al desarrollo, es decir, el hecho de que su primera presa sea la idea misma del desarrollo hasta ahora vigente; cuarto, la significación mayor, por el contrario, de las ideologías políticas, resultado de la busca general de los nuevos rasgos de identidad, o sea, de la propia personalidad político-cultural; por último, el carácter equívoco de la presunta descentralización ideológica por no ser en sí misma pura bendición, pues junto a su oportunidad liberadora contiene asimismo la posibilidad de ser una fuente eventual de numerosos conflictos.

Retornemos sin embargo en lo que sigue a nuestro hilo histórico, sin sentir-

nos obligados a la aplicación sistemática de los supuestos señalados.

El punto de partida, repitámoslo, puede ser formulado en breve sentencia: el liberalismo constituye la ideología fundacional de América Latina y ha tenido tal fuerza que subsiste aún hasta la fecha, aunque sea en la forma de una aspiración malograda. Claro que en este caso ha de entenderse el término liberalismo no tanto como una doctrina definida en lo político o en lo económico —ambas históricamente dadas— sino como una actitud frente al hombre, como una concepción del talante personal.

En los años iniciales de nuestras nacionalidades el liberalismo, aparte de ser un primer y comprensible “anti”, constituía la concepción político-económica madurada en los vigorosos cenáculos ilustrados del dieciocho postrero latinoamericano, en que desembocaba la más vieja y perdurable tradición espiritual de occidente. Sobra reiterar lo archisabido. Sin embargo, en su calidad de arma de combate en la revolución civil insurgente requería plasmarse de inmediato en la organización institucional, empezando naturalmente por lo más importante: la constitución política como código fundamental. Pero el contenido de la constitución y de la legislación derivada de ella, encajaba difícilmente en la estructura social que pretendía regular y de la que debía recibir su continuado sostén. Una estructura que era un producto tan histórico como el de las mismas capas intelectuales urbanas ilustradas, la que manifestaba una organización agraria que había sido el resultado de una lenta penetración en el interior, de poblamiento escaso. La contradicción entre el ideario político y la realidad social tuvo que hacerse patente de inmediato; las distintas formas que tomó, según países y momentos, constituye el eje de la interpretación de nuestra historia hasta hoy. No se trata de

repetirla ahora con todos sus matices y variaciones. El impulso hacia la racionalidad política se quiebra por primera vez en su abstracción frente a la propia marcha de la racionalidad económica, única posible por largo tiempo. Se dieron instantes, sin embargo, según la distinta fortuna de los países, en que pareció alcanzarse una conciliación ante los ojos de los contrapuestos intereses protagonistas, tal como se dio con la salida política del tradicional bipartidismo de liberales y conservadores (con diversos nombres aquí y allá). Conciliación que era consecuencia por un lado de los sistemas electorales satisfactorios para la conciencia liberal y provechosa, sin embargo, para los intereses conservadores. Y a su vez era asimismo el resultado de la naturaleza de los partidos como conglomerado de notables, los cuales pertenecían a una misma clase social —por la cuna o por asimilación— con frecuencia emparentados entre sí por añadidura. Lo que en el fondo permitía esa aparente conciliación era el hecho de que el sistema político de tal forma constituido representaba, sin proponérselo claramente, la única expresión posible de una economía fundamentalmente orientada hacia afuera. Pudo así subsistir en gran número de países a pesar de sus tropiezos hasta que al terminar la prolongación del siglo XIX en el siguiente —con la primera guerra mundial— resultó cada vez más difícil la perduración de semejante sistema económico. Ahora bien, cuando se puso de manifiesto el decidido viraje en favor de una economía orientada hacia dentro, el régimen político vigente apenas se había modificado en su estructura, anquilosado en un bipartidismo por completo extraño a una realidad social y económica definitivamente alterada. Una historia detallada daría cuenta sin duda de la diversidad en los matices y de los esfuerzos excepcionales realizados

en algunos países, pero no modificaría el esquema analítico que ahora se acepta.

Cuando la idea del desarrollo se difundió como aspiración consciente y como programa, el así llamado desarrollismo se encuentra sin una estrategia política propia y adecuada. Una vez más la razón instrumental de la economía adelanta sus pasos. A decir verdad, el desarrollismo llevaba implícitas concretas orientaciones políticas —en el espíritu al menos de la primera generación— que apenas se declararon, es comprensible, de manera explícita y definida. La visión económica del desarrollismo requería en efecto ciertos supuestos muy precisos respecto del tipo de Estado en cuyo dominio territorial había de efectuarse el propuesto desarrollo. Se trataba, ya se declarase abiertamente o permaneciera como concepción implícita, de un Estado capaz de ampliar el radio de su competencia y que aceptara ser al mismo tiempo no sólo regulador de la actividad económica, sino capaz de intervenir en ella y aparecer en caso necesario como sujeto, en calidad de empresario, de esa misma actividad. En una palabra, la imagen de una economía mixta con un fuerte sector público correspondía exactamente a la visión del desarrollismo. Pero como en ningún momento fue enteramente ciego a la diversidad de los intereses sociales, aquel Estado tenía que ser asimismo, en mayor o menor medida, Estado benefactor, un *welfare state* modesto todavía en sus pretensiones iniciales. Ahora bien, el Estado con el que se podía contar en tales fechas carecía de la capacidad necesaria y de la adecuada organización institucional (con posibles excepciones, claro es).

Por otra parte, la inspiración desarrollista no podía menos de contar también con la acción específica de las llamadas clases medias, cuya existencia en la forma deseada constituye un problema aún debatido. Ciertamente es que no cabía pensar-

se que semejantes clases y sus actitudes empresariales acompañantes hubieran de ser un mero calco de lo que representó la burguesía del diecinueve en los países ya desarrollados, pero no por eso era incorrecta la preocupación por encontrar los elementos motores —clases, grupos, individuos— de un crecimiento económico basado en la industrialización. ¿Dónde se encontraban sus soportes sociales? Puede ser que estos fallaran como falló para sostener esa tarea la capacidad administrativa del Estado, pero las críticas posteriores de una supuesta “burguesía nacional”, muy fundadas desde el estereotipo forjado en el siglo anterior, no parecen convincentes ante la posibilidad —como ha ocurrido de hecho— de que se dieran tipos empresariales de otro carácter relativamente indiferente en su tecnocratismos a las preocupaciones políticas de sus predecesores en la historia económica. Pero no es cosa de reabrir aquí ese debate.

Sea de esto lo que fuere, el hecho básico es que en el momento del desarrollismo inicial hubo de tropezarse de nuevo con la contradicción inveterada entre constitución política y estructura socioeconómica.

Nada más convincente a este respecto que el papel que había de jugar la idea de la planeación cuando pudo al fin desembozarse de su primera envoltura como programación. En efecto, los organismos planificadores, cualquiera que fuese su nombre, aparecieron por todas partes como ruedas sueltas de aspecto tecnocrático sin engranaje alguno en el sistema institucional vigente. Lo cual no significa la menor crítica a su labor. Pero en ese su carácter casi fantasmal no sólo no se conectaron de manera segura y eficiente en la organización administrativa vigente, sino que menos pudieron hacerlo con el sistema político en su conjunto. Allí donde subsistía el régimen representativo

no hubo manera de lograr un enlace claro ni con el sistema de partidos ni con los mecanismos del Parlamento. Los partidos no ofrecían claras posiciones en materia de desarrollo económico, ni tampoco programas definidos entre las distintas opciones. En consecuencia, la actividad parlamentaria apenas giró con debates bien perfilados —rigurosos y científicamente fundados— sobre cuestiones de política económica. Dos sistemas de opciones, el de la representación política y el de la planeación económica, marcharon cada uno por su lado. La excusa o consuelo de que un engranaje institucional como el indicado entre el sistema representativo y el planificador apenas se diera en los países democráticos e industriales que sirvieron de modelo —exceptuando los conatos franceses— no puede salvar sin embargo a nuestra región de su falla en intentar resolver con alguna originalidad la persistente contradicción entre la *ratio* instrumental o técnica y las exigencias más extensas de la razón política. No puede extrañar por eso que las primeras emprendieran sus propios caminos, con sus inesperadas sorpresas.

Como sucedió respecto a las capas o clases medias, se ha discutido por bastantes años una supuesta vinculación entre el “desarrollismo científico” y el populismo político. La conexión se manifiesta sin duda aparente. Pero es objetable como algunos han sostenido que desarrollismo y populismo hayan sido las dos caras de una misma moneda. Contemplados más a fondo ambos se presentan como orientaciones adversas y mutuamente incompatibles; en este punto un caso más de la perdurable contradicción tantas veces enunciada.

Es evidente que el populismo es un residuo de la originaria aspiración liberal, expresada esta vez con nuevos y viejos “antis”; pero en su aspecto económico

nunca pasó de ser una protoforma —entre otras más— de una ideología del desarrollo sin contornos claros y precisos.

La característica esencial del populismo para el análisis sociológico, no es tanto su doctrina como el hecho de haber encarnado por todas partes un régimen de clientelas, sin que pueda afirmarse de este clientelismo que fuera debilidad política exclusiva de América Latina, pues no dejaba de tener una larga y previa trayectoria en la Europa mediterránea. (Casos rigurosamente estudiados con tal nomenclatura en Grecia y en el sur de Italia, pero no menos ampliables a otros países de la zona). Ahora bien, el régimen de clientelas es la expresión política típica de situaciones de desarrollo limitado, ofrecida en ropajes democráticos. Pero por lo mismo siempre constituyó en su funcionamiento, y encubriendo sus éxitos políticos, un obstáculo decisivo para la instauración de una democracia auténtica y de un eficiente proceso de expansión económica. Porque el régimen de clientelas, aunque no lo pretendiera, fue en todo momento un fuerte impedimento en la marcha normal, tanto de un Estado racional —de derecho y de burocracia impersonal— como de una empresa económica del mismo carácter. Basta recordar en el campo económico su propensión en general a anteponer los aspectos del consumo a las exigencias productivas. En este sentido, el pretendido emparejamiento del populismo con el desarrollismo fue en todo caso una contingencia infeliz.

Dada la contraposición de intereses necesariamente producida por la acción del desarrollo y que el desarrollo mismo no podía resolver por sí en la cortedad de sus plazos sin la ayuda de una actividad política adecuada, capaz de continuos compromisos sólo provisionalmente aceptables de etapa en etapa, pero que la

persistente inestabilidad institucional impedía, el último recurso ante las dificultades fue una y otra vez la salida autoritaria, quizás inevitable. Un recurso que no establece aún, en caso de éxito, un acuerdo duradero entre la racionalidad política y la económica y que más bien muestra en sí mismo, en la variedad de sus manifestaciones, la continuidad de la contradicción, más allá de todo juicio histórico concreto.

Conocemos el pronóstico futuroológico relativo a la atenuación del influjo de las ideologías dominantes a consecuencia de la *détente*, que sin necesidad de esperar su logro final se presume que comenzará a darse en la fase intermedia y oscilante de su escenario competitivo. Pero esa atenuación o aflojamiento no significa en modo alguno la extinción de toda rivalidad ideológica. Por el contrario, la difusión de un estado de perplejidad en ese campo se presenta como la circunstancia por la que tendrán que pasar posiblemente por algún tiempo buen número de sociedades. Un estado de perplejidad que América Latina ya conoció por cierto en los últimos años, al vivir sus círculos de intelectuales y dirigentes con acentuada diferenciación de sus generaciones. El fenómeno ha sido general y lo recogerá la historia de las ideas en su momento oportuno; pero ofrece además el hecho fascinante de que apareciera exacerbado precisamente en lugares cuya lejanía y aislamiento permitía sospecharlos cerrados a los ventarrones del exterior. No es necesario por eso esperar el momento de la supuesta "descentralización ideológica" para conocer esa experiencia como una novedad.

El desarrollo económico de América Latina se dio dentro de un sistema que, como es natural, impuso por todas partes su propio estilo, y frente a él las pretensiones del estilo opuesto hubieran debido ser, en la estructura lógica de la guerra

fría, la opción dominante. Lo fue en efecto en buena medida, sin que por eso dejara de estar acompañada de sus propias heterodoxias, así como de los residuos de otras ideologías viejas en la región, como la del anarco-sindicalismo. Algo semejante se daba por el lado de la derecha aunque en forma más soterrada. Pero en los comienzos del supuesto proceso de distensión comenzó a ganar influjos al lado del modelo soviético y en un doble aspecto la experiencia económica y social de la revolución china. Estos serán en principio los estímulos de ideas que seguirán actuando en el avizorado momento de la "descentralización" o autonomía ideológica, una vez rota la contraposición polar de los sistemas ideológicos hasta ahora decisivos. Los interesados en la prospección tienen desde luego que partir de esas bases.

En relación al concepto mismo del desarrollo tampoco es una novedad la crisis por que atraviesa, si se le entiende como un puro mecanismo de crecimiento económico incesante medido por las tasas alcanzadas año tras año. A decir verdad, no se le puede imputar al denostado "desarrollismo" inicial ceguera o miopía a este respecto; desde el comienzo se estuvo consciente de que el desarrollo es además otra cosa, aunque la elaboración de este aspecto se mostrara con frecuencia con carácter de apéndice y a veces de mero ritual decorativo. En todo caso nunca dejó de encontrarse presente. En los años transcurridos el acoso intelectual a una visión economicista demasiado estrecha se ha dado por los lados más diversos, sea como crítica realista inmanente o en la forma de proposiciones más o menos utópicas. Pero no está dicho que el crecimiento económico en sí sea un puro error y que los cálculos de su posibilidad puedan arrojarse alegremente por la borda; como asimismo todo otro conato de rebeldía contra los princi-

pios de racionalidad formal de la ciencia económica. En este sentido es poco probable que las sugerencias del "otro desarrollo" —cualesquiera que sean las motivaciones de su impulso moral— produzcan de inmediato cambios bruscos de orientación, en América Latina al menos. Aunque exista pleno acuerdo sobre los deplorables efectos de una "sociedad de consumo", es inverosímil que puedan cortarse de un solo tajo las expectativas que ella suscita aún en muchos países que por su desnivel se encuentran ansiosos de poseer bienes por completo usuales en otras partes, deseo estimulado por los "efectos de demostración" de una cultura a la que se pertenece sin remedio por tradición histórica y contigüidad geográfica. Claro está que parece segura la comprensión día a día mayor de que a la satisfacción de semejantes aspiraciones debería anteponerse en la mayor medida posible el cumplimiento de las necesidades primarias y elementales de los sectores más desposeídos de la población. Tarea en modo alguno imposible aunque sí difícil dentro del sistema actual; excepto en el caso de que con su reforma desde dentro sea posible encontrar los necesarios mecanismos compensatorios. Se trata de buscarlos seriamente.

El momento de la "descentralización ideológica" supone aquella posible circunstancia de la distensión en que los dos pilares de las doctrinas antagónicas pierdan su rigidez dogmática, no sólo por obra de sus respectivas tendencias internas de transformación, sino por el hecho de que en las nuevas perspectivas de las relaciones de poder dejen de ser el instrumento de negociación y compromiso, de sostén y ayuda, que se veían forzadas a aceptar las potencias menores, estuvieran o no en la órbita de las grandes como satélites o aliados. No puede dudarse que algunos considerarán inverosímil tal condición; sin embargo, en todo intento de

prospección no tanto interesan los meros pareceres cuanto lo que pueda contener el análisis empírico de las tendencias efectivas en posible curso, a pesar de sus oscilaciones y tardanzas. Lo que importa en tal caso es prever asimismo con algún fundamento de posibilidad objetiva la que pueda ser la respuesta predominante en América Latina. Pudiera ocurrir que en esa oportunidad de liberación se fomentara en la región el retorno a un aquellarre ideológico o que se estimule por el contrario como más probable, con la "rotura de la camisa de fuerza de todas las ideologías", el comienzo de una época de políticas ágiles dominadas por una voluntad de permanente ajuste a las expectativas ofrecidas por una cambiante realidad.

Mientras dure el horizonte de una distensión competitiva el juego de las influencias externas será aproximadamente el de la actualidad. Pero no puede olvidarse la previsión de que en un grado de relativa madurez de la *détente* todas las potencias interesadas se afanarán en la busca de su nueva identidad o fisonomía —ya comenzada en forma visible— y que América Latina, lanzada necesariamente al mismo proceso, habrá de mostrarse singularmente sensible a lo que ocurra en los países de su misma veta histórica, sin que por eso dejen de pesar otras influencias más difíciles de captar, sin embargo, por las razones internas de su formación en los países o culturas de que procedan.

En tal situación la interrogante decisiva alude de nuevo a la persistencia de la contradicción originaria entre la razón política y la razón económica e instrumental. ¿Será capaz América Latina de poner término a esa antigua contradicción en el momento del hallazgo de su nueva identidad, de poner por fin de

acuerdo, en la afirmación de su personalidad, sus exigencias económicas y la

estabilización de sus instituciones políticas?

Sobre la supuesta existencia de la comunidad latinoamericana

El último punto de las consideraciones hilvanadas por estas páginas se refiere también al significado histórico del momento de la independencia. Pero ahora no se trata de un nuevo y distinto atributo o nota esencial, sino de su substancia misma. La independencia supone naturalmente en su superficie política el corte definitivo de una relación colonial de tres siglos de duración, pero implica al mismo tiempo en su sentido sociológico más profundo la ruptura de un cuerpo histórico que, a pesar de su extensión geográfica, mantenía integradas —mejor o peor— sus distintas partes. Lo que ahora importa es el resultado inmediato de esa escisión y las consecuencias de su manera de producirse. En la parte norte del hemisferio la separación deja intacta su área americana, en la parte sur esa separación la fragmenta en cambio en numerosos trozos. Por eso tenemos de un lado, en términos primero literarios y hoy populares, los Estados Unidos de Norteamérica y por otro los Estados desunidos de América del Sur. En consecuencia, el trauma que conlleva la ruptura de un cuerpo histórico es más grave entre nosotros y subsiste hasta hoy tanto en las penosas relaciones de ambivalencia de las distintas partes con el viejo centro como en la nostalgia insatisfecha de la reunificación de ellas entre sí. Nostalgia que desde el comienzo toma la forma de declaraciones doctrinales que nadie niega pero que también ninguno se esfuerza por cumplir. Persiste, pues, como ideal y como solemne retórica.

Ahora bien, tanto el que escribe como el lector no dejan de darse cuenta enseguida del equívoco de la descripción.

Pues lo que en sus grandes trazos aparece es propiamente la descomposición del gran cuerpo histórico hispánico —no hay otros términos posibles—, pero en modo alguno la ruptura de una totalidad más amplia de igual carácter, que por razón de sus distintos orígenes no se ofrecía por la historia. Brasil se separa asimismo de Portugal, pero manteniéndose como otra área geográfica y políticamente intacta, que no procede de la fragmentación del cuerpo histórico de lengua castellana. Por eso los Estados desunidos de Sudamérica se hubieran dado como tales aunque no se hubiera producido la fragmentación del cuerpo hispánico en la forma en que se hizo. En este sentido, puede sostenerse que nos encontramos de nuevo con una nota esencial y decisiva de la constitución originaria del momento de la independencia que sigue gravitando hasta la actualidad. Nota que no puede ser olvidada o puesta de lado cuando nos enfrentamos con un aspecto del tema peculiar de estas páginas: el del papel de la pretendida comunidad latinoamericana en la coyuntura de una supuesta distensión mundial. ¿En qué medida puede afirmarse la real existencia de semejante comunidad?

El tema llega por fin a plantearse de esa manera en virtud de complicados azares históricos. Pero lo más importante a este respecto es que el nuevo planteamiento se hace ahora por el camino de la incitación económica, cuando a partir de 1945 los objetivos del desarrollo se convierten en el problema dominante de toda la región. Una cuestión que toma en efecto ese carácter no sólo en virtud de su propia importancia, sino por el hecho

de que su consideración y estudio engloba, concentrándolas, otras muchas cuestiones que parecerían hasta ese instante encontrarse lejanas y por tanto autónomas frente a la preocupación de políticos e intelectuales. El tema de la integración —el de la reunificación de la totalidad perdida— es uno de los que se cobijan bajo la nueva concepción del desarrollo económico. Pudo por eso decirse en el momento de semejante alumbramiento que el problema de la busca de una organización supranacional de América Latina consistía cabalmente en que se planteaba en instantes en que por muchos lados estaban todavía sin terminar las sobreentendidas integraciones nacionales.

Hoy, al cabo de bastantes años de avances, el problema ya no se ofrece en la misma forma. Frente al futuro próximo consiste en determinar con el mayor acierto posible el repertorio de facilidades y dificultades que en el horizonte de la distensión se presentan en la busca de una regionalización de América Latina —amplia o recortada— que le permita actuar como una entidad frente al mundo, económica por lo pronto y eventualmente política. ¿Cuáles son los aspectos favorables o adversos en la tarea de poner en marcha una comunidad latinoamericana? ¿Constituye la regionalización su mejor salida frente a los problemas económicos con que se enfrenta? ¿En qué sentido es la regionalización asimismo una exigencia política? Unas y otras interrogantes dentro del marco mucho más amplio de la supuesta distensión y su consecuencia: un nuevo sistema de paz y de orden económico mundiales.

Cabe comparar en rápida abreviatura las condiciones en que se efectuó la Comunidad Económica Europea con las que pueden hacer posible un intento semejante en América Latina. En su conjunto no parecerían ser inferiores; en su

concreción, sin embargo, unas son aparentemente más favorables y otras notoriamente adversas, en la actualidad o en una situación que prolongue la contemporánea sin modificaciones importantes. (Un proceso de distensión excesivamente lento y oscilante, por no hablar de su fracaso.) He aquí su cuadro esquemático.

No puede dejarse de mencionar lo que en esa comparación se presenta por nuestro lado como ventaja: la unidad lingüística —o su gran aproximación en el caso del portugués— y el apoyo de muchas tradiciones culturales comunes o muy semejantes. Un tópico desde luego al que recurren todos los discursos en las ocasiones solemnes y que valdría la pena examinar, de ser ésta la oportunidad. Pues todos los tópicos se yerguen como un desafío en lo que puedan tener o carecer de razonable. En este instante podemos escapar con dos mínimas observaciones. Una que se limita a recordar que el problema de que se trata es meramente de organización en su primer plano, donde en caso necesario puede servir de instrumento cualquiera "lingua franca" y que no necesita basarse —como en el tipo de una integración nacional— en supuestas identidades culturales. Todo esto aceptado con un poco de sal, puestos a esquivar digresiones ilimitadas. La otra observación es más decisiva y no conlleva el peligro de nuevas tentaciones. El más modesto aprendiz de teoría sociológica sabe o debiera saber que una comunidad de lenguaje e incluso de cultura no encierra en sí misma ni las tendencias ni tampoco las fuerzas operantes capaces de desembocar sin otras ayudas en un tipo distinto de "comunicación". Eso sí, contiene sin duda alguna condiciones favorables de posibilidad, es decir, facilidades ostensibles siempre que se las aproveche con otros medios: voluntad política o una eficiente capacidad de creación institucional. Dejemos

pues intacto al viejo tópicos que no carece de potencia mítica y emocional.

La Comunidad Económica Europea se intenta y se consigue a la salida de una guerra que representa el segundo conato de suicidio del antiguo continente. Y los antagonismos que repetían entre Estados nacionales el episodio trágico de las querellas no menos aniquiladoras entre los Estados-ciudades del mundo griego, no eran en modo alguno las tensiones de un ayer reciente. Habría que remontarse a la herencia del Imperio Carolíngico para seguir paso a paso la serie de pugnas sucesivas entre las grandes naciones europeas que habían de desembocar en dos repetidos conflictos universales. Y sin embargo llega un momento —entre los dos más encarnizados oponentes de esa penosa historia— en que pudo efectuarse un lúcido viraje de ciento ochenta grados. El que quizás se diera gracias al instinto de supervivencia ante graves amenazas más que a un acto sincero de contrición no disminuye en lo más mínimo lo que fue un triunfo de la inteligencia responsable sobre la pasión. Tampoco se aminora ese triunfo por el hecho de que fuera sostenido desde el exterior. La capacidad de invención y el coraje de los hombres que pusieron en pie la idea de la comunidad, es algo que no pueden anular sus posteriores avatares.

Nadie podrá pretender que la historia latinoamericana valga como modelo intachable frente a la europea, ni describirla en consecuencia como si hubiera sido un paraíso de convivencia pacífica entre sus diversos Estados. Se han dado entre ellos conflictos y oposiciones en toda la escala de su gravedad, hasta la guerra misma. Consignarlos ahora sería tan impertinente como innecesario. De ellos quedan algunas cicatrices que perduran en los manuales de historia y en las tácitas orientaciones de las cancillerías.

Pero ni el más pesimista será capaz de convencernos de que semejantes tensiones se dieron en el mismo nivel de intensidad y reiteración de las europeas. Son excepcionales o muy difíciles de señalar la existencia de casos de “revanchismo” o de “irredentismos” inconciliables. Las querellas que todavía subsisten son susceptibles de solución con buena voluntad por los medios diplomáticos usuales, tal como ha ocurrido en diversas ocasiones. Y aunque el paso del tiempo ha estimulado la acentuación deliberada de efectivas modalidades nacionales, así como una curiosa alternancia, por eso mismo inestable, en los conatos de liderazgo de algunos Estados, ninguna de ambas constituyen impedimentos definitivos a una voluntad de acuerdo sobre muchas cuestiones. En una palabra, en el aspecto político las posibilidades de una comunidad latinoamericana —total o parcial— del tipo europeo encuentra de hecho más facilidades que obstáculos.

Es por el contrario en el estricto campo económico donde las desventajas pesan en contra y en relación inversa con el caso europeo. La Comunidad Económica Europea —hasta ahora no ha pasado de ahí— se hizo entre países de avanzado desarrollo industrial, en niveles relativamente próximos. Dicho de otra forma, se dio entre sociedades de una marcada homogeneidad estructural, puestas entre paréntesis las diferencias agrícolas, origen por eso de laboriosos compromisos de continuo renovados por su carácter precario y circunstancial. Lo decisivo estuvo siempre en el terreno industrial y en el de sus vigorosos intercambios. En América Latina, por el contrario —basta su enunciación— no sólo no es equivalente el progreso industrial, sino que a la homogeneidad estructural europea opone su conocida heterogeneidad, no sólo entre las distintas naciones sino en el ámbito interno de cada una de ellas.

Recordemos de paso que la comunidad europea tuvo su núcleo en la comunidad, aparentemente más modesta, del carbón y del acero. Y aunque la historia no requiere ni permite literales repeticiones, ofrece en el acontecimiento citado el ejemplo palpable de lo que exige a la capacidad de inventiva institucional.

Por último, es bien sabido que la idea de la Comunidad Económica Europea contó desde el principio con el estímulo y decidido apoyo de los Estados Unidos, que en ese instante se hallaba en el punto más alto de su poderío hegemónico en Occidente.

En resumen, en este breve cuadro comparativo de los elementos favorables y desfavorables en las distintas situaciones de Europa y América Latina, no parecería presentarse a esta última ningún obstáculo verdaderamente insuperable y definitivo. Las condiciones en que se encuentra son más difíciles sin duda alguna, pero puede aprovechar de inmediato las notoriamente favorables, mientras aprende de su propia experiencia —nada insignificante— y de los resultados de la ajena, lo que necesita para poder vencer en esfuerzo inevitablemente laborioso las que parecen adversas o menos favorables. Ahora bien, este mínimo ejercicio comparativo deja intacta, ni que decir tiene, la perseverancia en las decisiones que ya se tomaron, cuya ampliación es una clara exigencia histórica.

Porque la regionalización parece en efecto, en su contenido económico por lo pronto, la salida más indicada para resolver muchos de los problemas de América Latina en su conjunto. La única cuestión que plantea de inmediato reside en determinar la forma en que se realice, sus dimensiones y los instrumentos utilizables. Exige naturalmente poder precisar asimismo las condiciones de su posibilidad, no sólo en los actuales momen-

tos sino frente a los distintos horizontes y escenarios de la supuesta distensión, en sus presentes vaivenes, en su estabilización o en su temeroso naufragio. Caso este último en que toda prospección habría de ser necesariamente sombría.

A partir de aquí se impone apresurar la andadura de estas páginas cercanas al límite de lo que les es permitido. Pues buena parte de lo que nos queda, se refiere a cuestiones técnicas fuera de nuestra competencia o implica una particularización de las ideas generales antes expuestas cuya reiteración conviene evitar por enojosa. No se olvide, por último, que con este escrito no se pretendía otra cosa que formular, en calidad de programa, un apretado esquema del objeto y cuadro de referencia de un ensayo de sociología proyectiva.

Sin pretender que valga como unánime, pareciera al menos una opinión mayoritaria entre los economistas la de que América Latina en la actualidad ofrece una serie de problemas económicos comunes y fundamentales —aparte de los particulares de cada uno de sus países— que sugieren la conveniencia, o mejor, el imperativo de encontrar respecto a ellos soluciones de naturaleza colectiva. Por un lado la necesidad de superar la fase ya cumplida en conjunto de la industrialización sustitutiva y de avanzar más allá de los límites con que ha tropezado, y el “gran retraso de algunos sectores dinámicos” que requieren una ampliación de su mercado por diferentes caminos en modo alguno incompatibles entre sí. Por otro, la persistencia del viejo problema del estrangulamiento externo, causa de endeudamientos intolerables en los más de los países, que continúa como desafío tenaz a la capacidad de invención o hallazgo de los instrumentos financieros —a más de los existentes— que favorezcan la satisfacción más adecuada de las necesidades de inversión y de los agudos

problemas de las balanzas de pagos, con respecto de los cuales se habla con acierto de la urgencia de establecer una oportuna "red de seguridad" capaz de hacer frente a sus crisis eventuales. Por último, el persistente desfase de la instrumentalidad tecnológica, dada la dificultad, aun en los países de mayor avance económico, de poner por sí mismos en forma autónoma y separada las bases requeridas en la investigación científica y su utilización técnica. El tremendo gasto que implican las actividades de investigación pura y aplicada —las conocidas iniciales R y D— excede por hoy la posibilidad financiera de cualquiera de los países.

Es justo reconocer por otra parte el notable progreso de la región no obstante esos problemas, en su capacidad productiva y en su "creciente significación como importadora frente a los países centrales". En uno y otro caso —el de los problemas y el de los avances— parecería inescapable emprender la vía de la regionalización, mejor dicho, la de los distintos posibles caminos de una acción conjunta. Ahora bien, ¿en qué medida se dan los supuestos reales para la misma? A las reflexiones anteriores es inevitable añadir ahora unas pocas más.

Nadie interesado en estas cuestiones puede dejar de tener hoy presente en su amplia perspectiva político-económica, el planteamiento agudo de H. Jaguaribe, sin verse obligado claro es a seguirle por completo en sus conclusiones.³ Veamos los puntos de coincidencia de ese planteamiento con algunos de los conceptos deslizados en este escrito que por seguir rumbos diferentes de pensamiento fueron saliendo aquí o allá en forma suelta.

La distinción entre países económicamente periféricos y otros semiperiféricos

de cara al mercado mundial y frente a los grandes centros industriales —como complemento exigido por el paso del tiempo de la clásica dicotomía cepalina— no cubre por entero, al ser puramente económica la división, quizás implacable en su tenor literal, entre países viables y otros no viables. Bien entendida esta distinción y limada de sus cortantes aristas, significa evidentemente que algunos países, dada su estructura económica y el tamaño de su mercado, difícilmente podrán escapar por sí mismos de su condición periférica, cualesquiera sean el grado de su consenso político y la capacidad de sus dirigentes y élites intelectuales; mientras que otros en situación semiperiférica, con más amplios mercados, mejores recursos y un relativo desarrollo industrial, podrán continuar su propio camino independiente si así lo quieren, por el que más tarde o más temprano, soplando vientos favorables, podrán alcanzar una posición equivalente a la de otros Estados que nadie estima como subdesarrollados. El problema inesquivable reside en saber si todo sería ganancias en esta ruta —no incompatible con la de acción conjunta— y si tales países podrán eximirse de las repercusiones que el destino de sus vecinos periféricos tendría sobre ellos mismos. Esto aparte de la conciencia de responsabilidad moral y política que suscita su propia condición privilegiada respecto a los fragmentos menos afortunados del cuerpo histórico de que formaron parte y que quizás quepa reconstruir en el futuro.

En el examen anterior de ese cuerpo histórico en su consistencia pasada y actual y el proceso de su fragmentación no pudo menos de señalarse como de paso y sin propósito deliberado lo que fue la posición singular del Brasil en el momento de la constelación originaria de la Independencia. Esa singularidad persiste en el día de hoy e impide por tanto

³ H. Jaguaribe, "El Brasil y la América Latina", *Estudios Internacionales*, Año VIII, Nº 29.

echar en saco roto las razones de su ambigüedad frente al resto de América Latina tal como verazmente se analizan por un ciudadano de ese país. Pudiera parecer en tal caso y en virtud de esas razones que la recuperación del gran cuerpo histórico fragmentado en la Independencia no podría hacerse sino en la forma todavía escindida que resulta de gravitaciones históricas y diferencias idiomáticas. Cabe imaginar sin embargo que los supuestos de causalidad objetiva en la vía de la regionalización no sean en principio diferentes para Brasil de los de otros países en posición asimismo semi-periférica o muy próximos a ella.

Como señala el planteamiento ahora glosado, la cuestión decisiva sería en consecuencia la de determinar claramente los límites actuales y los instrumentos más adecuados para conseguir una u otra forma de regionalización. De no lograrse, cualesquiera que sean las condiciones del futuro próximo en el hemisferio y en el mundo, los países latinoamericanos serán blanco fácil del antiquísimo juego del *divide et impera*, sobre todo si sus cancillerías siguen apegadas a la tradicional inclinación por la política de seguridad y no son capaces de completarla —imposible todavía eliminarla del todo— con el paradigma emergente de una política internacional de bienestar. Sólo al amparo de ésta cabe iniciar la sugerida sustitución paulatina de las transnacionales extranjeras por otras propiamente latinoamericanas, o al menos el ponderado acompañamiento de unas por otras tal como una proyección más realista parece aconsejar.

En los debates intelectuales que precedieron la organización de la paz luego de la última guerra, uno de los conceptos más útiles que por entonces se formularon fue el de las federaciones funcionales para definidos propósitos limitados frente a los ensueños de federaciones más

amplias, imposibles en aquellos y estos momentos. Semejante terminología se ha ido esfumando y apenas se la encuentra en la actualidad. Sin embargo, el concepto mismo conserva aún toda su fecundidad instrumental. Pues se refiere a convenios o pactos acerca de objetivos estrictamente demarcados, que dejan intacta la plena autonomía respecto de los demás (la soberanía se decía y puede repetirse todavía hoy). En nuestra región el más claro ejemplo de esa posibilidad se encuentra en el terreno de la investigación científico-tecnológica, aunque no por eso nos obligue a prescindir de su aplicación a otros campos. Pues el principio de federaciones funcionales para propósitos limitados puede extenderse a otros objetivos de carácter económico y social. Acuerdos gubernamentales de ese tipo puestos de nuevo sobre el tapete por la preocupación contemporánea ante las denominadas relaciones transnacionales, ofrecen la gran ventaja de ser susceptibles de variados solapamientos e interconexiones. Es decir, los acuerdos de esta clase no son en principio incompatibles entre sí. En consecuencia, su entramado final, por laborioso que sea, puede cubrir áreas muy extensas en su contenido y con distintos partícipes.

No es necesario suponer que los inspiradores intelectuales del Pacto Andino tuvieran presente aquel lejano concepto de las federaciones limitadas para propósitos limitados, pero de hecho hay que reconocer que en él se encarna de la manera más afortunada. En este sentido el referido Pacto —cualquiera que sean sus inmediatos avatares— es una muestra ostensible de lo que puede lograr una inventiva institucional eficaz ceñida en lo fundamental a tres propósitos claramente delimitados: la ampliación de un mercado, el estímulo a una industrialización planificada y la ayuda

imprescindible a los países comparativamente menos favorecidos. Paradigma efectivo de una federación para objetivos delimitados, cuya existencia no excluye la instauración de otros semejantes ni impide cualquier forma de traslape recíproco que con igual delimitación pudiera convenir.

¿Es esta la única manera posible de la denominada acción conjunta, que no es incompatible tampoco con el ejercicio paralelo de la vía separada? Evidentemente no. Pero reconocidas las posibilidades de su ampliación —un acuerdo total sobre el conjunto de los problemas más decisivos, por ejemplo— nos encontramos todavía lejos de las perdurables “aspiraciones románticas” a una regionalización integral. Es decir, de los impulsos hacia la plena reconstrucción del viejo cuerpo histórico fragmentado fatalmente en su doble sentido, por las contingencias de acontecimientos pasados.

Ahora bien, aunque se haya discurrido con un mínimo de rodeos no es posible menos de reconocer que esas reflexiones dejan todavía sin tocar nuestro propio y específico tema. ¿Cuáles son las condiciones de posibilidad de semejante regionalización, de amplitudes distintas, en el supuesto de una *détente*, que en el más presumible de sus escenarios apenas modifica las circunstancias actuales? ¿En ese caso cabe esperarse algo del estímulo externo o sólo por el contrario frenos y dificultades?

Del bloque económico en que la región se inserta no puede aguardarse ningún interés especial en su favor más que la normal e interesada disposición a un incremento de las relaciones comerciales tradicionales, con indiferencia de quién

sea el que las realice. Pero de la potencia hegemónica, aun en el caso de una marcha sin oscilaciones de la distensión competitiva, no parece que queda esperar un interés positivo de estímulo y ayuda a una u otra forma de regionalización latinoamericana, aunque se cuente desde luego con su patrocinio verbal. En la línea de su política general y económica frente a América Latina es de presumir que prefiera el retorno a los acuerdos bilaterales, más fáciles y directos que el trato con entidades colectivas, por flexibles y ágiles que puedan ser sus mecanismos. Una cierta indiferencia distante y sin hostilidad, la cual sólo podrá manifestarse en el caso en que cupiera sospechar en las orientaciones de una acción conjunta la existencia de conatos de una ruptura radical del acostumbrado alineamiento. La regionalización en tales condiciones es una tarea que sólo incumbe a las fuerzas propias de los países latinoamericanos, encaminados por una política pragmática capaz de prever a tiempo sus necesarios tropiezos. Únicamente si se diera un grado relativamente avanzado y seguro en la distensión cabría imaginar condiciones distintas, aquéllas tantas veces indicadas, en que el centro hegemónico descargado de sus preocupaciones prioritarias pueda entregarse en un clima cooperativo a un diálogo auténtico con sus vecinos del sur, cada vez por otra parte —reunidos o separados— con mayor capacidad de negociación.

Sería el momento en la proyección futuroológica en que América Latina, actuando como una entidad, podría expresar libremente los impulsos de su personalidad, con una política puramente afirmativa de lo propio y exenta de todos los residuos negativos.